



LAIA SANZ

LA
ESPOSA
PRESTADA

NADA UNE PARA SIEMPRE

La Esposa Prestada

Laia Sanz

Copyright © 2025 Laia Sanz

Todos los derechos reservados. Ninguna parte de esta obra podrá ser reproducida, distribuida, comunicada públicamente ni transformada, total o parcialmente, en ningún formato o medio —electrónico, mecánico, fotocopiado, grabado o cualquier otro— sin la autorización previa y por escrito del titular del copyright. Cualquier uso no autorizado de este texto constituye una infracción de los derechos de propiedad intelectual y será perseguido conforme a la legislación vigente.

El amor no siempre es verdad, pero el deseo de ser amado sí lo es.

CONTENTS

[Title Page](#)

[Copyright](#)

[Epigraph](#)

[CAPÍTULO 1](#)

[CAPÍTULO 2](#)

[CAPÍTULO 3](#)

[CAPÍTULO 4](#)

[CAPÍTULO 5](#)

[CAPÍTULO 6](#)

[CAPÍTULO 7](#)

[CAPÍTULO 8](#)

[CAPÍTULO 9](#)

[CAPÍTULO 10](#)

[CAPÍTULO 11](#)

[CAPÍTULO 12](#)

[CAPÍTULO 13](#)

[CAPÍTULO 14](#)

[CAPÍTULO 15](#)

[CAPÍTULO 16](#)

[EPÍLOGO](#)

CAPÍTULO 1

EL CLIENTE INUSUAL

La primera vez que oí hablar de Rafael Mendoza, estaba tumbada en una cama de hotel de cinco estrellas, mirando el techo mientras un empresario alemán roncaba a mi lado. Mi móvil vibró con un mensaje de Cristina, mi intermediaria desde hace cinco años.

"Tengo algo raro. Llámame cuando estés libre. Muy bien pagado."

Raro, en mi profesión, puede significar cualquier cosa desde fetichismo extremo hasta algo directamente ilegal. Pero "muy bien pagado" siempre captaba mi atención. Dejé al alemán durmiendo—ya había transferido mis honorarios—y me vestí en silencio. El arte de desaparecer sin despertar a nadie es una habilidad que perfeccioné hace años.

Barcelona amanecía sobre el Mediterráneo cuando salí del hotel. Mayo siempre me ha parecido el mes más honesto de esta ciudad: ni el falso entusiasmo del verano turístico ni la melancolía pretenciosa del otoño. Solo días claros y noches frescas. Perfectas para trabajar.

Llamé a Cristina desde un café cerca de las Ramblas.

"Elisa, cariño," su voz tenía ese tono que usaba cuando algo era realmente inusual. "¿Qué tan buena actriz eres?"

Me reí. "Cristina, llevo diez años fingiendo orgasmos. Diría que bastante buena."

"No me refiero a eso. Esto es... diferente. Un cliente quiere contratarte por seis meses."

El café que estaba bebiendo supo amargo de repente. "¿Seis meses? ¿Qué es, un secuestro consentido?"

"Algo así." Cristina hizo una pausa. "Quiere que finjas ser su esposa."

Dejé la taza sobre la mesa con más fuerza de la necesaria. Una pareja de turistas me miró. Les sonreí—esa sonrisa que decía "no pasa nada, solo una catalana loca"—y bajé la voz.

"¿Su esposa? Cristina, yo no hago esas mierdas raras de juegos de rol doméstico..."

"Quinientos mil euros."

El café del mostrador dejó caer una taza. O tal vez fui yo quien dejó de respirar. No estoy segura.

"Repite eso."

"Quinientos mil. Transferencia bancaria, todo legal. Contrato firmado."

Medio millón de euros. Eso era... eso era retirarme. Eso era comprar un apartamento de verdad, no seguir alquilando. Eso era nunca más tener que sonreír mientras un desconocido me tocaba. Eso era libertad.

"¿Cuál es la trampa?"

"Está muriendo."

Por supuesto. Siempre hay una trampa.

"Cáncer pancreático, terminal. Seis meses de vida, máximo. Quiere... Dios, esto suena a película mala... quiere morir sintiendo que alguien lo ama de verdad."

Hubo un momento de silencio. En la calle, un músico callejero tocaba "Ne me quitte pas" en acordeón. Qué apropiado. Qué jodidamente apropiado.

"¿Y yo tengo que...?"

"Vivir con él. Actuar como su esposa. Cuidarlo. Acompañarlo. Hacerle creer que lo amas." Cristina suspiró. "Dice que solo quiere sentirse querido antes de morir. Que no quiere irse solo."

Pensé en mi abuela en Galicia, muriendo en un hospital de mierda en Vigo mientras yo estaba en Barcelona follando con turistas para pagar el alquiler. Pensé en cómo nunca llegué a tiempo. En cómo murió sola, asustada, sin nadie que le sostuviera la mano.

"¿Cuándo puedo conocerlo?"

El despacho de abogados estaba en Paseo de Gracia, por supuesto. Todo en esta historia gritaba "dinero viejo de Barcelona." Las paredes eran de ese tipo de madera oscura que solo existe en lugares donde cobran por minuto de consulta. La recepcionista llevaba un traje que costaba más que mi alquiler de tres meses.

Me había vestido con cuidado para esta reunión: traje de chaqueta negro de Mango, tacones discretos, pelo recogido en un moño bajo. Elisa la escort quedaba en casa. Esta era Elisa la mujer de negocios, considerando una propuesta.

El abogado—un hombre de sesenta y pico con gafas caras y ningún sentido del humor—me guió por un pasillo interminable.

"El señor Mendoza está esperándola en la sala de reuniones. Antes de entrar, debe saber que esto es completamente voluntario. Puede retirarse en cualquier momento."

"Con la penalización financiera correspondiente, supongo."

Una sonrisa fugaz cruzó su cara de notario. "El señor Mendoza es un hombre de negocios. Todo está estipulado en el contrato."

Me detuve frente a la puerta de caoba. "¿Puedo preguntarle algo?"

"Por supuesto."

"¿Usted haría esto? ¿Contratar a alguien para que finja amarlo?"

El abogado me miró con algo que podría haber sido lástima o respeto. "Señorita, yo tengo esposa e hijos que me quieren de verdad, y aún así me siento solo la mayoría de los días. Cada uno lidia con la soledad como puede."

Abrió la puerta.

Rafael Mendoza estaba de pie junto a la ventana, mirando hacia Paseo de Gracia. La luz de la tarde lo convertía en una silueta: alto, delgado—demasiado delgado—, con el tipo de postura que viene de años de mandar. Cuando se giró, vi el cáncer inmediatamente.

No en su cara, que seguía siendo atractiva de esa manera que tienen los hombres de cierta edad y clase: piel bronceada, pómulos marcados, ojos verdes que probablemente habían hecho suspirar a muchas mujeres. No, el cáncer estaba en los detalles: la palidez bajo el bronceado, las sombras oscuras bajo los ojos, la manera en que se apoyaba ligeramente en el respaldo de la silla. Como si estar de pie requiriera más energía de la que podía permitirse gastar.

"Señorita Varela." Su voz era profunda, educada, con ese acento barcelonés de gente que ha estudiado en el extranjero pero nunca olvida de dónde viene. "Gracias por venir."

"Señor Mendoza." Le tendí la mano. Él la estrechó—su palma estaba fría—y me indicó una silla.

El abogado cerró la puerta al salir. Nos quedamos solos.

"Supongo que Cristina le explicó... la situación." Rafael se sentó despacio, como si cada movimiento doliera.

"Me explicó que quiere contratar a alguien para que finja ser su esposa durante seis meses. Que está muriendo. Y que está dispuesto a pagar medio millón de euros por el privilegio."

"Cuando lo dice así, suena bastante patético."

"Cuando lo dice usted, probablemente suene mejor."

Una sonrisa fugaz. "Soy constructor. He pasado treinta años levantando edificios en esta ciudad. Torres de oficinas, complejos residenciales de lujo, ese hotel nuevo en Diagonal." Hizo una pausa. "Construí todo eso y nunca construí una vida propia."

"¿Sin familia?"

"Padres muertos. Sin hermanos. Sin esposa, obviamente. Tuve relaciones, pero..." Se encogió de hombros. "Siempre estaba trabajando. Siempre había otro proyecto, otro contrato, otra reunión. Y de repente tienes cuarenta y cinco años y el médico te dice que tienes seis meses de vida, y te das cuenta de que vas a morir solo."

El músico de la calle seguía sonando en mi cabeza. *Ne me quitte pas.*

"¿Por qué no buscar algo real? Con ese dinero podría encontrar a alguien genuino."

"¿En seis meses? ¿Alguien que me ame sabiendo que voy a morir?" Rafael negó con la cabeza. "No quiero compasión, señorita Varela. Quiero la ilusión de normalidad. Quiero despertarme con alguien a mi lado. Quiero conversaciones durante el desayuno. Quiero..." Vaciló, y por primera vez vi vulnerabilidad real. "Quiero sentir que importo a alguien. Aunque sea mentira."

Había algo profundamente triste en eso. Y algo profundamente honesto.

"¿Y sexo?" Pregunté sin rodeos. "¿Eso forma parte del contrato?"

"No si no quieres. Yo..." Desvió la mirada. "Probablemente no podré, de todos modos. Los tratamientos..."

Comprensión silenciosa pasó entre nosotros. Esto no era sobre sexo. Nunca lo había sido.

"¿Qué exactamente espera que haga?"

"Vivir conmigo. En mi apartamento. Actuar como mi esposa para cualquiera que pregunte—que no será mucha gente, la verdad. Desayunar juntos. Ver películas. Hablar. Estar... presente." Respiró hondo. "Cuando muera, quiero morir creyendo que alguien estaba ahí porque quería estar, no por obligación o lástima."

"Es una mentira muy cara."

"Las mejores mentiras siempre lo son."

Miré por la ventana. Paseo de Gracia bullía con vida: turistas, barceloneses, vendedores ambulantes. Todos con sus propias mentiras, sus propias máscaras. ¿Era esto tan diferente? Yo había pasado diez años mintiendo sobre quién era, qué sentía, qué quería. Al menos esta mentira tenía un propósito claro. Y un final definido.

"Necesito verlo. El contrato."

Rafael asintió y tocó un timbre. El abogado apareció con un documento del grosor de una guía telefónica.

Tardé dos horas en leerlo todo. Rafael esperó en silencio, bebiendo agua de una botella que temblaba ligeramente en su mano. El contrato era exhaustivo: duración de seis meses, pagos mensuales más bonificación final, cláusulas de confidencialidad, especificaciones sobre conducta pública, derechos de terminación anticipada con penalizaciones escalonadas.

Una cláusula me llamó la atención: "En caso de fallecimiento del Contratante antes de la finalización del período estipulado, el Contratado recibirá el pago completo más un bono adicional de 100.000€."

"Incentivo por buen comportamiento hasta el final," explicó Rafael cuando vio mi expresión. "Para asegurarme de que no me abandones cuando las cosas se pongan feas."

"¿Cuándo las cosas se pongan feas?"

"Señorita Varela, voy a morir. Las cosas van a ponerse muy feas."

Tenía razón, por supuesto.

Firmé el contrato.

Esa noche, en mi apartamento de mierda en Poble Sec, hice mi maleta. No tenía mucho que empacar: algo de ropa, productos de belleza, documentos importantes. Una vida entera cabía en dos maletas medianas.

Cristina llamó justo cuando terminaba.

"¿Firmaste?"

"Firmé."

"Dios, Elisa. Medio millón. Vas a ser rica."

"Voy a ser una viuda rica en seis meses," corregí. La palabra "viuda" se sentía extraña en mi boca. Como algo que no me pertenecía.

"¿Estás segura de esto? No tienes que hacerlo. Todavía puedes retirarte."

"Con penalización financiera."

"Joder la penalización. Elisa, esto es raro. Muy raro."

Me senté en la cama. "Cristina, llevo diez años haciendo cosas raras por dinero. Al menos esta vez no tengo que fingir que disfruto que un extraño me meta su—"

"Ya entiendo el punto."

Hubo un silencio.

"¿Sabes lo que es más raro?" Dije finalmente. "Que cuando estaba con él, cuando lo miraba... Sentí algo."

"¿Qué sentiste?"

"No lo sé. Curiosidad, tal vez. O reconocimiento." Me tumbé, mirando el techo manchado de humedad de mi apartamento. "Todos estamos solos, Cris. Todos estamos fingiendo algo. Al menos él es honesto sobre ello."

"Elisa..."

"Estaré bien. Seis meses. Puedo hacer cualquier cosa durante seis meses."

Colgué antes de que pudiera responder. Antes de que pudiera decirme lo que ya sabía: que esto era un error. Que las líneas entre actuación y realidad pueden borrarse demasiado fácilmente. Que fingir amor durante seis meses podría cambiarme de maneras que no podía predecir.

Pero quinientos mil euros compran muchas respuestas a preguntas que prefieres no hacer.

Me dormí esa noche pensando en ojos verdes y manos temblorosas. En edificios contruidos y vidas no vividas. En promesas que aún no había hecho pero que ya pesaban como piedras.

La última promesa de Rafael Mendoza sería la primera verdad que yo dijera en años.

O eso pensaba entonces.

CAPÍTULO 2

LA MUDANZA

El ático de Rafael estaba en el Eixample, naturalmente. Torre modernista convertida, ascensor antiguo restaurado, techos de cuatro metros con vigas de madera originales. El tipo de apartamento que aparece en revistas de arquitectura con títulos como "Elegancia Atemporal en el Corazón de Barcelona."

Me recogió en un Mercedes con chófer. El conductor no hizo preguntas sobre mis maletas ni sobre por qué una desconocida se mudaba con su jefe. En el mundo del dinero, la discreción es la moneda más valiosa.

Rafael me esperaba en el vestíbulo del edificio. Llevaba vaqueros caros y un suéter de cachemira que probablemente costaba lo que yo ganaba en una semana de trabajo normal. Se veía mejor que en el despacho del abogado—o tal vez solo era la luz más amable.

"Bienvenida a casa," dijo, y hubo algo en la forma en que pronunció la palabra "casa" que me hizo sentir incómoda.

El apartamento era exactamente lo que esperaba: tres habitaciones, cocina de diseño, salón con vistas a las azoteas del Eixample, decoración en tonos crema y gris. Todo inmaculado. Todo perfecto. Todo completamente impersonal, como un hotel de lujo.

"La habitación principal es mía," explicó Rafael mientras me enseñaba el lugar. "Pero puedes usar la de invitados. Tiene su propio baño, vestidor. Pensé que querías tu propio espacio."

"Gracias." Dejé mis maletas en el suelo de mármol. "Aunque si vamos a fingir que estamos casados, ¿no deberíamos...?"

"Compartir habitación?" Rafael sonrió con cansancio. "Eventualmente, tal vez. Pero no tenemos que precipitarnos. Podemos... acostumbrarnos el uno al otro primero."

Qué civilizado. Qué extraordinariamente educado. Me recordó que esto era un contrato, no un matrimonio. Una transacción comercial con buenos modales.

"Déjame enseñarte la cocina," continuó. "Dije que cocinaba, ¿verdad? No soy un desastre total, pero..."

La cocina era obscena. Isla central de mármol negro, electrodomésticos profesionales Sub-Zero, una despensa que podría alimentar a un ejército pequeño. Y en la encimera, en una caja de madera lacada: un juego de cuchillos japoneses.

Me detuve.

"Son Kai Shun," dijo Rafael, notando mi atención. "Los mejores cuchillos del mundo, según el chef de mi restaurante favorito. Pensé que... bueno, pensé que esta también es tu cocina ahora. Si te gusta cocinar."

Abrí la caja. Seis cuchillos, cada uno en su lecho de terciopelo negro. El cuchillo chef brilló bajo las luces LED del techo: 20 centímetros de acero japonés forjado en 32 capas, con un filo que parecía capaz de cortar el aire mismo.

"Son hermosos." Y lo eran. Mortalmente hermosos.

"Mi madre era de Galicia," dijo Rafael de repente. "De un pueblo pequeño cerca de Santiago. Solía decir que una buena cocinera se conoce por sus cuchillos. Que la manera en que cuidas tus herramientas dice todo sobre quién eres."

Levanté el cuchillo, sentí el peso perfecto en mi mano. El mango de madera de Pakka era suave, cálido. Como si hubiera sido hecho para mi palma específicamente.

"¿Tu madre cocinaba?"

"Todo el tiempo. Empanadas, pulpo, lacón con grelos. Murió cuando yo tenía veinte años." Su voz se suavizó. "Cáncer también. Irónico, ¿verdad?"

"La vida española," dije, probando el balance del cuchillo. "Nacemos, comemos, morimos. Si tienes suerte, el orden es correcto."

Rafael se rió. Una risa real, no la risa educada de las reuniones de negocios.

"Nunca lo había pensado así, pero tienes razón." Se apoyó en la encimera, observándome. "Cristina me dijo que eres de Galicia también. ¿De dónde?"

"Vigo."

"Ciudad portuaria. Dura."

"La más dura." Volví a colocar el cuchillo en su caja. "¿Qué más te dijo Cristina sobre mí?"

"Nada. Ese fue el trato. Yo no pregunto sobre tu pasado, tú no tienes que inventar uno." Dudó. "Pero... si quieres contarme, escucharé."

Qué curioso. Un hombre que pagaba medio millón por una mentira, pero que ofrecía espacio para la verdad.

"Tal vez algún día," dije. "Ahora mismo, ¿qué tal si establecemos las reglas de la casa?"

Nos sentamos en el salón con café—él lo tomaba solo, yo con leche y demasiado azúcar—y negociamos los términos de nuestra mentira compartida.

"Rutinas," dijo Rafael, consultando una lista en su iPad. (Por supuesto que tenía una lista. Los hombres de negocios siempre tienen listas.) "Desayuno a las ocho. Puedo ser flexible si prefieres dormir más tarde."

"Las ocho está bien. No soy de dormir mucho."

"Tengo citas médicas dos veces por semana. Tratamientos de quimio los martes y viernes. Si quieres acompañarme..."

"Es lo que haría una esposa," interrumpí. "Por supuesto que iré."

Asintió, haciendo una nota. "Salidas ocasionales: cenas, eventos sociales. Muy ocasionales. La mayoría de mis asociados saben que estoy enfermo. No espero mucho."

"¿Y tu historia? Nuestra historia, quiero decir. ¿Cómo nos conocimos? ¿Cuándo nos casamos?"

Rafael dejó el iPad. "Pensé que podríamos decir que nos conocimos hace dos años en un evento de arte. Te vi mirando una escultura, empezamos a hablar, nos enamoramos." Sonrió tímidamente. "Nos casamos hace un año en una ceremonia pequeña. Solo nosotros y dos testigos. Nada de boda grande porque yo ya tenía cáncer y queríamos privacidad."

"Romántico y conveniente. Me gusta."

"¿Y tu nombre?"

"¿Mi nombre?"

"Para los documentos legales. El contrato usa tu nombre real, pero para todo lo demás..." Se encogió de hombros. "¿Prefieres mantener tu nombre o tomar el mío?"

Elisa Varela. Ese era mi nombre de trabajo, mi nombre de escort. Mi nombre real era Elisa García—común como una piedra, olvidable como el agua. Pero "Varela" sonaba mejor, más sofisticado. Lo había tomado de mi abuela materna.

"Elisa Mendoza," dije, probando las palabras. Sonaban extrañas. Falsas pero también... tentadoras. "Sí. Usaré tu apellido."

"Elisa Mendoza." Rafael repitió el nombre despacio, como saboreándolo. "Me gusta. Suena bien."

Bebió su café. Yo bebí el mío. El silencio se extendió entre nosotros—no incómodo exactamente, pero tampoco cómodo. El silencio de dos extraños tratando de determinar cómo se supone que deben relacionarse.

"¿Puedo preguntarte algo?" Dije finalmente.

"Cualquier cosa."

"¿Por qué yo? Cristina tiene docenas de chicas más jóvenes, más bonitas..."

"Tienes treinta años," interrumpió Rafael. "Leí tu perfil. Y créeme, vi fotos de las otras opciones." Hizo una pausa. "Te elegí porque en tu foto, no estabas sonriendo."

"¿Qué?"

"Todas las demás estaban sonriendo. Esas sonrisas profesionales, ya sabes. Perfectas pero vacías." Me miró directamente. "Tú no sonreías. Mirabas a la cámara como si estuvieras evaluándola. Como si estuvieras decidiendo si valía la pena tu tiempo. Eso me gustó."

No sabía qué decir a eso.

"Además," continuó, un poco de humor en su voz, "cualquier mujer que puede negociar con un abogado durante dos horas sin pestañear es exactamente el tipo de persona que quiero a mi lado cuando las cosas se pongan difíciles."

Me reí a pesar de mí misma. "¿El abogado te contó eso?"

"Me dijo que eras 'sorprendentemente perspicaz' y que 'debería tener cuidado.' Creo que fue un cumplido."

"O una advertencia."

"Las mejores cosas son ambas."

Terminamos nuestro café. Rafael me enseñó dónde estaban las cosas: la lavadora (en el cuarto de la limpieza), el gimnasio del edificio (planta baja, acceso con llave), la azotea privada (para

cuando quisiera estar sola). Cada detalle cuidadosamente explicado, cada espacio ofrecido generosamente.

"Una última cosa," dijo cuando regresamos al salón. Fue al dormitorio principal y volvió con una caja pequeña de terciopelo azul.

Anillos de boda.

"Los compré ayer," explicó. "Si vamos a hacer esto bien, necesitamos anillos."

Abrió la caja. Dos bandas de oro blanco: una más ancha para él, una más delicada para mí. Simple, elegante, perfecta.

Me deslizó el anillo en el dedo. Encajó perfectamente.

"¿Cómo sabías mi talla?"

"La adivine. Suerte principiante." Pero su sonrisa sugería que había hecho más que adivinar. Probablemente le había preguntado a Cristina.

Le puse su anillo. Sus dedos eran largos, elegantes, con las uñas cuidadas. Manos que habían construido cosas, que habían firmado contratos, que habían sostenido planes de edificios. Ahora temblaban ligeramente.

"Ya está," dije. "Oficialmente casados. En mentira, al menos."

"¿Hay alguna diferencia?" Rafael miró su anillo. "La mayoría de los matrimonios son mentiras de todos modos. Al menos el nuestro es honesto sobre serlo."

Me fui a mi habitación para deshacer las maletas, dejándolo en el salón con su iPad y su café y su honestidad brutal sobre la naturaleza del amor.

Coloqué mi ropa en el vestidor—mis conjuntos de trabajo mezclándose extrañamente con el espacio de lujo—y me senté en la cama. A través de la ventana, las luces de Barcelona parpadeaban como promesas falsas.

El anillo en mi dedo brilló bajo la lámpara de noche. Oro blanco. Frío. Real en su peso pero falso en su significado.

Me pregunté cuánto tiempo tardaría en olvidar que era solo teatro. En empezar a creer en mi propio papel.

Seis meses, me dije. Solo seis meses.

Pero incluso entonces, en ese primer día, una parte de mí sabía que seis meses podían ser una eternidad. O podían ser demasiado cortos.

Dependiendo de cómo se midieran.

CAPÍTULO 3

LA ACTUACIÓN COMIENZA

La primera mañana me despierto a las siete y media. Vieja costumbre: siempre media hora antes de lo necesario, por si el cliente se despierta temprano y quiere "tiempo extra." Tardo un momento en recordar dónde estoy.

Ático en el Eixample. Cama de hotel de lujo. Sin cliente a mi lado.

Solo un hombre muriendo en la habitación de al lado que me está pagando para fingir que lo amo.

Me ducho en el baño de mármol, me pongo vaqueros y una blusa simple—el uniforme de "esposa casual"—y voy a la cocina. Son las 7:50. Rafael dijo desayuno a las ocho.

Encuentro la cafetera (italiana, por supuesto, ningún barcelonés decente usa otra cosa) y preparo café. El ritual es reconfortante: llenar el depósito de agua, añadir el café molido, atornillar las partes juntas, ponerla en el fuego. Esperar a que el agua hierva y suba, transformándose en ese oro negro que hace la vida soportable.

Estoy buscando pan cuando Rafael aparece.

"Buenos días." Lleva pijama de seda—joder, quién usa pijama de seda—y se ve agotado. Pero sonrío. "Huele bien."

"Café italiano. Lo único que sé hacer en una cocina a las ocho de la mañana."

"Ya eres mejor que yo." Se sienta en uno de los taburetes de la isla. "Normalmente como tostadas quemadas y café instantáneo."

"Café instantáneo." Finjo horror. "Rafael, estás en Barcelona. Eso es casi ilegal."

"Lo sé, lo sé. Mis pecados son muchos."

Sirvo el café en tazas que probablemente cuestan más que mi antiguo televisor. Le paso una a Rafael. Nuestros dedos se rozan—los suyos están fríos—y ambos nos apartamos un poco demasiado rápido.

"Entonces," digo, sentándome frente a él. "Primera mañana oficial como falsos casados. ¿Cómo lo estoy haciendo?"

"Necesitas trabajar en tu entusiasmo matutino. Las esposas reales suelen estar más gruñonas."

"Puedo ser gruñona. Dame un minuto."

Rafael se ríe, luego tose. La tos se convierte en algo más profundo, más doloroso. Aparta la cara, cubriéndose la boca con una servilleta. Cuando termina, hay manchas de sangre en el algodón blanco.

"Perdona," dice, avergonzado. "Los efectos secundarios son..."

"No tienes que disculparte." Le paso una servilleta limpia. "Es parte del trato, ¿recuerdas? Para bien o para mal. En la salud y en la enfermedad."

"Técnicamente, solo en la enfermedad en nuestro caso."

"Detalles menores."

Desayunamos en un silencio más cómodo que la noche anterior. Tostadas con tomate y aceite de oliva—el desayuno catalán por excelencia. Rafael come poco, empuja la comida por el plato más que comérsela. Me doy cuenta pero no digo nada. Probablemente todo sabe a metal después de la quimio.

"Tengo reunión con el oncólogo mañana," dice eventualmente. "Revisión de los últimos análisis de sangre. ¿Quieres...?"

"Iré." No es una pregunta.

"No tienes que..."

"Rafael." Dejo mi taza. "Si vamos a hacer esto, hazlo bien. Las esposas van a las citas médicas. Especialmente las citas médicas importantes."

Algo cruza su cara—alivio, tal vez. O gratitud. Es difícil decirlo.

"Gracias."

Después del desayuno, Rafael desaparece en su estudio para trabajar. ("Todavía tengo algunos proyectos que supervisar. No puedo simplemente... parar.") Yo me quedo explorando el apartamento.

Es curioso lo que puedes aprender sobre una persona por su espacio. Rafael es ordenado hasta lo obsesivo: libros organizados por tema y luego alfabéticamente, revistas apiladas con las esquinas perfectamente alineadas, incluso su ropa en el armario cuelga por colores. Azul marino, gris, más azul marino, negro. El guardarropa de un hombre que nunca quiere pensar en qué ponerse.

En su mesita de noche: pastillas. Muchas pastillas. Morfina, antieméticos, antiinflamatorios, vitaminas que probablemente no sirven de nada pero que toma de todos modos porque es mejor que no hacer nada.

En su escritorio: fotos. Rafael más joven con un hombre y una mujer mayores—sus padres, supongo. Rafael con casco de construcción, señalando algo en un plano. Rafael recibiendo un premio de arquitectura, sonriendo con esa sonrisa profesional que todos dominamos eventualmente.

No hay fotos de mujeres. No hay fotos de amigos íntimos. Solo trabajo, familia muerta, y una vida vivida en tercera persona.

Encuentro algo más en un cajón del escritorio: un cuaderno de bocetos. Lo abro con cuidado—esto se siente más invasivo que buscar entre sus pastillas—y encuentro dibujos. Edificios, mayormente. Pero también: manos, rostros, vistas de Barcelona desde diferentes ángulos. Una plaza en algún lugar de Gràcia. Un gato durmiendo en un balcón.

Rafael no solo construía edificios. Los soñaba primero.

"¿Encontraste algo interesante?"

Casi tiro el cuaderno. Rafael está en la puerta del estudio, sonriendo.

"Lo siento." Cierro el cuaderno. "No debería estar husmeando."

"Está bien. Si vamos a vivir juntos, no puede haber secretos." Se acerca, toma el cuaderno. "Solía dibujar más. Cuando empecé en arquitectura, antes de que todo se volviera digital y corporativo." Pasa las páginas con nostalgia. "Ahora apenas tengo energía para sostener un lápiz."

"Son buenos. Los dibujos, quiero decir."

"Eran pasatiempos." Deja el cuaderno en el escritorio. "Como todo en mi vida, supongo. Cosas que hacía cuando tenía tiempo libre, que es decir nunca."

Hay melancolía en su voz. El tipo de melancolía que viene cuando te das cuenta de que has desperdiciado tiempo que nunca recuperarás.

"Todavía tienes tiempo," digo. Aunque ambos sabemos que es mentira.

"Seis meses, con suerte." Rafael se sienta en el borde de su cama. Se ve cansado de repente, como si hablar sobre el pasado agotara sus reservas limitadas. "¿Sabes qué es lo más raro? Que durante treinta años construí cosas que van a sobrevivir un siglo, pero yo no voy a llegar al próximo invierno."

"Eso es bastante jodido."

"Muy jodido." Se ríe débilmente. "¿Sabes lo que más me molesta? Que nunca voy a ver terminado el proyecto de Diagonal Mar. Cinco años de planificación, y se completará seis meses después de mi muerte. Casi cómico."

Me siento junto a él. "¿Quieres hablar de ello? Del proyecto, quiero decir."

"¿De verdad?"

"Tenemos seis meses para llenar. Mejor que lo llene con cosas que te importan."

Así que Rafael habla. Durante dos horas, me cuenta sobre su proyecto final: un complejo de oficinas y viviendas con jardines verticales y paneles solares integrados. Su voz se anima cuando describe la orientación de los edificios para maximizar la luz natural, el sistema de recolección de agua de lluvia, los espacios comunitarios en las azoteas.

"Suenas hermoso," digo cuando termina. Y es verdad.

"Será mi legado, supongo." Rafael mira por la ventana hacia las azoteas del Eixample. "Si vas a morir, al menos deja algo que valga la pena."

"Hay cosas peores que dejar."

"¿Como qué?"

"Como nada en absoluto."

Nos miramos. Algo pasa entre nosotros—comprensión, tal vez. Los dos sabemos lo que es vivir vidas que no nos pertenecen completamente. Él en su torre de negocios, yo en mis habitaciones de hotel. Ambos actuando papeles, cumpliendo expectativas, fingiendo que esto es lo que queríamos todo el tiempo.

"Gracias," dice Rafael suavemente. "Por escuchar. Por pretender que te importa."

"No estoy fingiendo eso," digo antes de poder detenerme.

Y tal vez no lo estoy. Tal vez esa es la parte más peligrosa.

Esa tarde, cocino. Es más fácil que sentarme en el salón tratando de hacer conversación. Además, esos cuchillos japoneses están llamándome.

Preparo sopa gallega—caldo de verduras con patatas y grelos, el tipo de comida que mi abuela hacía cuando éramos demasiado pobres para comprar carne. Es reconfortante y fácil de digerir, perfecto para alguien con el estómago destrozado por la quimio.

El cuchillo chef corta las verduras con precisión satisfactoria. Zanahoria, cebolla, patatas. Cada pieza uniforme, perfecta. Es meditativo. El ritmo del cuchillo contra la tabla, el olor de las verduras frescas, el vapor subiendo de la olla.

Rafael aparece en la cocina, atraído por el olor.

"¿Qué es eso?"

"Caldo gallego. Comida de abuela."

"Huele a infancia."

"Esa es la idea."

Se apoya en la encimera, observándome trabajar. "Cortas como profesional."

"Mi abuela era estricta. Decía que si no podías manejar un cuchillo correctamente, no tenías derecho a cocinar." Levanto el cuchillo, dejando que la luz se refleje en el acero. "Cada cosa merece ser tratada con el cuidado correcto. El cuchillo apropiado, el ángulo exacto, la presión justa..."

"Suenan casi espiritual."

"Lo es. O lo era." Bajo el cuchillo. "Demasiada fuerza y lo arruinas. Muy poca y no corta. Es un balance."

"Como la vida."

"Como la vida," concuerdo.

Cenamos en la terraza—el clima de mayo es perfecto, cálido pero no agobiante. Rafael come más de lo que esperaba, dos cuencos completos de sopa. El color regresa un poco a sus mejillas.

"Está deliciosa," dice. "No he comido así desde que mi madre murió."

"La comida gallega tiene ese efecto. Te recuerda que eres humano."

"Podría acostumbrarme a esto." Se recuesta en su silla, mirando el cielo que se oscurece sobre Barcelona. "A ti cocinando, a cenar en la terraza, a... esto."

"Ese es el trato."

"No." Me mira. "No es solo el trato. Eres buena en esto. En hacer que se sienta real."

Debería sentirme complacida—estoy haciendo bien mi trabajo —pero en cambio siento algo incómodo retorciéndose en mi estómago. Como culpa, pero no exactamente.

"Practica hace al maestro," digo ligeramente.

El momento pasa. Recogemos los platos. Rafael insiste en lavar—"Tú cocinaste, yo limpio, así funcionan los matrimonios reales"—y nos movemos por la cocina en un silencio companionable.

Es extrañamente doméstico. Extrañamente normal. Extrañamente... agradable.

Y eso me asusta más que cualquier otra cosa.

A las once de la noche, estoy en mi habitación cuando escucho un sonido de la habitación de Rafael. Un gemido, ahogado pero claro.

Debería ignorarlo. No es mi problema. Él está en su espacio, yo en el mío. Esas son las reglas.

Pero entonces lo escucho de nuevo, más alto esta vez. Dolor real.

Mierda.

Me pongo una bata y voy a su puerta. "¿Rafael? ¿Estás bien?"

"No... no entres..."

Entro de todos modos.

Rafael está en la cama, enroscado de lado, con las manos apretadas contra su abdomen. Incluso en la luz tenue puedo ver que está pálido, sudando.

"Es solo..." jadea. "Crisis de dolor. Pasa a veces. Estoy bien."

"Claramente." Me acerco a la cama. "¿Dónde están tus analgésicos?"

"Mesita de noche. Las pastillas blancas."

Las encuentro—morfina de liberación inmediata—y le doy dos con un vaso de agua. Él las toma con manos temblorosas.

"Tardan veinte minutos en hacer efecto," murmura.

"Entonces esperaremos veinte minutos."

"No tienes que..."

"Rafael, cállate."

Me siento en el borde de la cama. Sin pensar, tomo su mano. Está helada, húmeda de sudor. Sus dedos se cierran alrededor de los míos con fuerza sorprendente.

Esperamos. El reloj en su mesita de noche hace tictac. Fuera, Barcelona murmura su canción nocturna: sirenas distantes, voces de borrachos, el sonido ocasional de un scooter.

Gradualmente, su respiración se hace más lenta. Su agarre se afloja ligeramente.

"Mejor," dice finalmente. "Gracias."

"¿Pasa a menudo? Las crisis de dolor, quiero decir."

"Dos o tres veces por semana. A veces más." Se recuesta en las almohadas, exhausto. "Forma parte del paquete. Tumor presionando nervios, todo eso."

"Deberías haberme dicho. Podría haber estado preparada."

"No quería asustarte en el primer día."

"Rafael." Aprieto su mano. "Vas a morir en seis meses. Estoy bastante segura de que puedo manejar algunas crisis de dolor."

Una risa débil. "Cuando lo dices así..."

"Humor negro. Especialidad de la casa."

Nos quedamos así, manos unidas en la oscuridad. Es íntimo de una manera que no esperaba. No sexual, sino algo más profundo. Más real.

"¿Puedes quedarte?" Pregunta Rafael de repente. "Solo hasta que me duerma. No quiero estar solo cuando..."

"Claro."

Me acomodo mejor en la cama, todavía sosteniendo su mano. Rafael cierra los ojos. La morfina está trabajando ahora; puedo ver la tensión abandonando su cuerpo músculo por músculo.

"Elisa," murmura, medio dormido ya.

"¿Sí?"

"Gracias. Por no... por quedarte."

"De nada."

"No es solo trabajo, ¿verdad? Por favor dime que no es solo trabajo."

Debería decir que sí, que es exactamente solo trabajo. Que él está pagando por esto, por mi presencia, por mi cuidado, por mi mano sosteniendo la suya.

Pero en cambio digo: "No. No es solo trabajo."

Él sonríe, dormido ya.

Me quedo una hora más, observando su pecho subir y bajar, asegurándome de que el dolor no regresa. El anillo en mi dedo brilla bajo la luz de la luna que entra por la ventana.

Es solo un trabajo, me digo. No significa nada. Seis meses y se acabó.

Pero cuando finalmente regreso a mi habitación, la frialdad del oro blanco en mi dedo se siente diferente. Más pesada. Más real.

Como una promesa que no estaba preparada para hacer.

CAPÍTULO 4

QUEBRANDO LA ARMADURA

La cita con el oncólogo es un martes por la mañana. Hospital Clínic, uno de esos edificios médicos que intentan no parecer deprimentes con arte moderno en las paredes y plantas que probablemente cuestan más que el equipamiento. No funciona. Todos sabemos por qué estamos aquí.

Rafael viste traje—azul marino, por supuesto—como si fuera a una reunión de negocios en lugar de recibir noticias sobre cuánto tiempo le queda. Yo llevo un vestido sencillo negro y el anillo de boda que ahora uso automáticamente, sin pensar.

En la sala de espera, sostengo su mano. Otras parejas hacen lo mismo. Nos mezclamos perfectamente: esposa devota, marido enfermo, la historia más vieja del mundo.

"Señor Mendoza." Una enfermera con demasiado lápiz labial nos llama.

El Dr. Mora es un hombre de cincuenta y tantos con ese tipo de calma profesional que te hace saber que ha dado malas noticias mil veces antes y lo hará mil veces más. Nos sentamos frente a su escritorio, donde tiene abierto un archivo con el nombre de Rafael.

"Los últimos análisis muestran que el tumor está creciendo," dice sin preámbulos. Agradezco eso. El azúcar no hace que las píldoras amargas sepan mejor. "Aproximadamente un quince por ciento más grande que hace dos meses."

Rafael no dice nada. Su mano en la mía se tensa.

"¿Qué significa eso en términos prácticos?" Pregunto.

El Dr. Mora me mira. "Significa que el pronóstico original de seis meses sigue siendo... optimista. Podríamos estar viendo cuatro meses, tal vez menos."

Cuatro meses. Joder.

"¿Y el dolor?" Pregunta Rafael, su voz sorprendentemente estable. "Las crisis están empeorando."

"Podemos aumentar la dosis de morfina. Pero eventualmente..." El doctor hace una pausa delicada. "Eventualmente, querrá considerar cuidados paliativos en casa. Una enfermera, equipamiento médico."

"No." La respuesta de Rafael es inmediata. "No quiero morir conectado a máquinas con extraños entrando y saliendo."

"Señor Mendoza..."

"Tiene a su esposa," digo firmemente. "Yo cuidaré de él."

El Dr. Mora me mira con esa expresión que los médicos tienen cuando piensan que no entiendes en lo que te estás metiendo. "Señora Mendoza, con todo respeto, los cuidados terminales son..."

"Complicados. Lo entiendo. Pero él no quiere extraños en casa. Y yo no voy a dejarlo solo." Miro a Rafael. "Para eso estoy aquí."

Rafael me devuelve la mirada con algo que podría ser gratitud o asombro o ambas cosas.

El Dr. Mora suspira. "De acuerdo. Pero cuando llegue el momento, cuando el dolor sea demasiado, prométame que me llamará. Hay límites a lo que puede hacer sola."

"Lo haré," miento.

Salimos del hospital en silencio. El sol de Barcelona es ofensivamente brillante para un día como este. Rafael se detiene en

la acera, mirando el tráfico de Villarroel como si contuviera respuestas.

"Cuatro meses," dice finalmente. "Ni siquiera llegaré al verano."

"El verano está sobrevalorado. Demasiados turistas."

Una risa breve. "Siempre con el humor negro."

"Es eso o llorar. Y llorar arruina el maquillaje."

"Elisa." Se gira hacia mí. "No tienes que hacer esto. Lo de cuidarme al final. Podemos contratar enfermeras, cuidados profesionales..."

"¿Y romper nuestro acuerdo? Rafael, dijiste seis meses. Aunque sean solo cuatro, voy a estar ahí." No sé por qué estoy siendo tan insistente. Debería estar aliviada de que termine antes. Menos tiempo actuando, mismo dinero. Pero la idea de enfermeras extrañas, de Rafael muriendo rodeado de profesionales en lugar de... de mí... me molesta de una manera que no quiero examinar.

"No sé qué decir."

"Di que tienes hambre. Di que quieres ir a algún lado que no huela a antiséptico y malas noticias."

"Tengo hambre," dice obedientemente. "Y definitivamente quiero ir a algún lado."

Terminamos en un restaurante en Gràcia, uno de esos lugares locales sin turistas donde el menú está escrito a mano en una pizarra y la camarera tutea a todo el mundo. Rafael pide vino tinto—"Que le jodan a las interacciones medicamentosas"—y yo pido lo mismo.

"Háblame de tu vida," digo cuando nos sirven el vino. "La real, no la versión de reuniones de negocios."

Rafael hace girar el vino en su copa. "¿Qué quieres saber?"

"Todo. Empecemos con por qué un hombre exitoso, atractivo y aparentemente cuerdo nunca se casó."

"¿Aparentemente cuerdo?"

"El jurado todavía está deliberando sobre esa parte."

Sonríe. "Honesto." Bebe vino. "La verdad aburrida es que estaba casado con mi trabajo. Cliché, lo sé. Pero cuando tienes veinticinco años y acabas de conseguir tu primer contrato grande, cuando estás construyendo cosas que van a estar en pie un siglo... las relaciones parecen menos importantes."

"¿Tuviste novias?"

"Algunas. Nunca duraban. Yo trabajaba setenta horas a la semana. Fines de semana en el sitio de construcción. Viajes de negocios. No es exactamente material de marido." Hace una pausa. "Hubo una, Ana. Hace como diez años. Pensé que... tal vez. Pero ella quería hijos, una casa en las afueras, cenas familiares los domingos. Yo quería... más proyectos. Más edificios. Más éxito."

"¿Te arrepientes?"

"Cada día desde que el médico dijo 'cáncer'." Me mira directamente. "Construí un imperio, Elisa. Edificios por todo Barcelona, contratos millonarios, respeto en la industria. Y cuando me muera, ¿sabes quién vendrá a mi funeral? Colegas de negocios. Socios. Gente que respeta mi trabajo pero que no me conoce realmente."

"¿Y tus padres? Dijiste que tu madre era de Galicia..."

"Murió cuando yo tenía veinte. Cáncer de mama. Mi padre duró tres años después de eso. Corazón roto, dijo el médico. Infarto. Pero yo sé que fue porque no podía vivir sin ella." Rafael mira su vino. "Estuvieron casados treinta y cinco años. Él solía decir que ella era la única razón por la que valía la pena levantarse cada mañana."

"Suenas intenso."

"Suenan real." Levanta la vista. "Es de lo que me di cuenta demasiado tarde. Que construí cosas de hormigón y acero que van a sobrevivir generaciones, pero nunca construí nada que me hiciera querer levantarme por las mañanas."

La comida llega—escalivada para mí, sopa de pescado para él—y comemos en silencio por un momento. La camarera nos rellena el vino sin preguntar. El tipo de servicio que solo existe en restaurantes de barrio donde conocen a los clientes.

"¿Y tú?" Pregunto Rafael eventualmente. "¿Por qué una mujer hermosa, inteligente y claramente competente acaba en... tu profesión?"

Mi profesión. Qué manera delicada de decir "puta de lujo."

"Dinero," digo simplemente. "La razón de siempre. Vine a Barcelona a los veinte con trescientos euros y una maleta. Necesitaba trabajo. La hostelería no paga suficiente para alquilar en esta ciudad. Y resulta que tengo talento para hacer que hombres ricos se sientan especiales."

"Debe ser más complicado que eso."

"¿Quieres la versión triste? Madre soltera en Vigo, trabajando tres empleos. Murió cuando yo tenía dieciocho. Sin dinero para la universidad, sin familia que me ayudara. Vine aquí pensando que Barcelona era la ciudad de los sueños." Me río sin humor. "Y lo es, si tus sueños incluyen apartamentos compartidos con cinco extraños y trabajar sesenta horas a la semana por el salario mínimo."

"¿Y luego?"

"Luego conocí a una chica en un bar. Cristina. Me dijo que había maneras más fáciles de ganar dinero si no te importaba lo que pensara la gente. Y la verdad es que nunca me importó mucho lo que pensara la gente."

Rafael me estudia. "No me lo creo."

"¿El qué?"

"Que no te importe. Creo que te importa mucho. Por eso eres buena en lo que haces. Porque entiendes lo que la gente necesita, lo que quieren escuchar, cómo hacer que se sientan vistos." Se inclina hacia adelante. "No es solo sexo, ¿verdad? Es conexión. Ilusión de intimidad."

Me mira con demasiada claridad. Como si pudiera ver a través de todas las capas que he construido durante diez años.

"Muy perceptivo para un hombre que admite no entender las relaciones."

"Tal vez por eso lo veo. Porque soy igual." Bebe más vino. "Mi trabajo fue mi ilusión de intimidad. Construir cosas, crear espacios, sentir que estaba contribuyendo a algo. Pero al final del día, volvía a casa solo a un apartamento vacío."

"Al menos tu apartamento es bonito."

"El apartamento más bonito del mundo sigue siendo vacío si no hay nadie con quien compartirlo."

No tengo respuesta para eso.

Después del almuerzo, caminamos por Gràcia. Rafael insiste aunque puedo ver que está cansado. Pero es un día hermoso y él tiene cuatro meses, no seis, y de repente cada día hermoso se siente precioso.

Terminamos en un anticuario en una calle lateral. El tipo de tienda que parece haber estado ahí desde antes de la Guerra Civil, con muebles viejos y cuadros polvorientos y objetos que nadie necesita pero que todos quieren.

Rafael se detiene frente a una vitrina de joyas antiguas.

"Mi madre tenía uno así," dice, señalando un collar de plata con un colgante de filigrana. "Lo heredó de su abuela. Lo usaba en ocasiones especiales. Bodas, bautizos, ese tipo de cosas."

"Es bonito."

"Cuando murió, mi padre me lo dio. Dijo que algún día lo usaría mi esposa." Rafael mira el collar con nostalgia. "Pero nunca hubo esposa. Así que se quedó guardado en una caja en mi armario durante veinticinco años."

Algo en su tono hace que mi pecho se apriete.

"Rafael..."

"Espera aquí."

Entra a la tienda antes de que pueda detenerlo. A través del escaparate, lo veo hablando con el dueño, un hombre mayor con chaleco y bigote que podría ser del siglo XIX. Negocian. Rafael señala algo. El hombre asiente.

Sale cinco minutos después con una caja pequeña de terciopelo.

"Dame tu mano," dice.

"¿Qué?"

"Tu mano. La izquierda."

Extiendo mi mano—la que ya lleva su anillo—y Rafael abre la caja. Dentro hay un collar como el de la vitrina: plata antigua con un medallón de filigrana en forma de corazón. Es delicado, femenino, claramente viejo.

"No es el de mi madre," dice, viendo mi expresión. "Ese sigue en casa. Pero este es parecido. Y pensé..." Vacila, de repente inseguro. "Pensé que si vamos a hacer esto bien, si vamos a fingir que eres mi esposa, deberías tener algo más que un anillo."

"Rafael, no tienes que comprarme cosas..."

"Lo sé. Pero quiero hacerlo." Saca el collar de la caja.
"¿Puedo?"

Me doy vuelta. Rafael se para detrás de mí y pone el collar alrededor de mi cuello. Sus dedos rozan mi nuca mientras abrocha el cierre—frías, torpes, temblorosas—pero gentiles.

"Listo," murmura.

Me giro hacia él. El medallón descansa en el hueco de mi garganta, pesado y cálido contra mi piel.

"¿Cómo me veo?"

"Como mi esposa."

Algo pasa entre nosotros. Algo que no es parte del contrato ni de la actuación. Algo real y aterrador y completamente inesperado.

"Para mi esposa," dice Rafael suavemente, tocando el medallón. "Para que recuerdes que aunque esto empezó como una mentira, hay partes que no tienen que serlo."

Mi boca está seca. "Rafael..."

"No tienes que decir nada. Solo... úsalo. ¿Sí?"

Asiento porque no confío en mi voz.

Volvemos al apartamento en silencio. Mi mano encuentra la suya y no la suelto. El collar se siente como una promesa que no pedí hacer pero que he hecho de todos modos.

Esa noche, me miro en el espejo de mi habitación. El collar brilla bajo la luz. Levanto una mano, toco el medallón.

Para mi esposa.

Durante diez años, he usado joyas caras regaladas por clientes. Cartier, Tiffany, Bulgari. Siempre las devolvía o las vendía después. Nunca significaban nada más allá de transacciones, gratitud por servicios prestados.

Este collar de una tienda de segunda mano que probablemente costó cincuenta euros significa más que todos esos regalos caros juntos.

Y eso me aterroriza.

Hay un golpe suave en mi puerta.

"¿Elisa? ¿Puedo entrar?"

"Adelante."

Rafael entra, todavía vestido pero descalzo. Se ve exhausto—el día lo ha agotado—pero también hay algo en sus ojos. Determinación, tal vez.

"Quería darte algo más," dice. Lleva una caja de madera tallada. "Pensé que deberías tener esto también."

La abre. Dentro, sobre seda blanca, hay otro collar. Este sí reconozco: filigrana de plata más elaborada, claramente más viejo, más delicado.

"El collar de tu madre," susurro.

"Sí." Rafael lo levanta con cuidado. "Dije que algún día se lo daría a mi esposa. Y técnicamente, tú eres mi esposa. Aunque sea solo en papel."

"Rafael, no puedo aceptar esto. Es de tu familia..."

"Y no tengo familia. Cuando muera, esto irá a una caja en algún almacén o se venderá en una subasta. Prefiero que lo tenga alguien que..." Se detiene. "Alguien que me hizo sentir menos solo."

Tomo el collar con manos temblorosas. Es más pesado que el otro, con un peso que va más allá de la plata. Es historia. Es amor. Es un hombre tratando de construir algo que sobreviva cuando él no pueda.

"Gracias," digo, y mi voz suena extraña. "Lo cuidaré."

"No quiero que lo cuides." Rafael se acerca. "Quiero que lo uses. Quiero que cuando te mires en el espejo, recuerdes que importaste a alguien. Aunque ese alguien estuviera muriendo y desesperado."

"No estabas desesperado."

"¿No?" Sonríe tristemente. "Contraté a una escort para que fingiera amarme. Esa es prácticamente la definición de desesperación."

"O de honestidad brutal sobre lo que necesitas."

Nos miramos. El espacio entre nosotros se siente cargado de algo—electricidad, posibilidad, peligro.

"Elisa," dice Rafael suavemente. "¿Puedo preguntarte algo?"

"Lo que sea."

"¿Esto sigue siendo solo actuación para ti?"

Debería decir que sí. Debería mantener las líneas claras, las fronteras definidas. Esto es trabajo. Esto es un contrato. Esto termina en cuatro meses cuando él muera y yo cobre medio millón de euros.

Pero cuando abro la boca, lo que sale es: "No. No lo sé. Tal vez al principio, pero ahora..."

No termino la frase. No necesito hacerlo.

Rafael da un paso más cerca. "Yo tampoco sé qué es esto. Pero sé que cuando te sostengo la mano, cuando cocinas para mí, cuando te quedas conmigo durante las crisis de dolor... No se siente como actuación. Se siente como lo más real que he tenido en años."

Mi corazón late demasiado rápido. "Rafael..."

"No tienes que decir nada. Solo quería que supieras." Retrocede hacia la puerta. "Buenas noches, Elisa."

"Buenas noches."

Se va, cerrando la puerta suavemente detrás de él.

Me quedo de pie, sosteniendo el collar de su madre, sintiendo el peso del medallón que ya llevo en mi cuello. Dos collares. Dos promesas. Una que me hice a mí misma de mantener esto profesional, y otra que sin darme cuenta le hice a él de estar presente, de importar, de ser real.

Me pongo el segundo collar—el de su madre—junto al primero. Se ven bien juntos, como si pertenecieran ahí. Como si yo perteneciera aquí.

Cuatro meses, me recuerdo. Solo cuatro meses y esto termina.

Pero mientras me miro en el espejo, con los dos collares brillando bajo la luz, vistiendo su apellido en mi dedo y su herencia en mi cuello, me pregunto si cuatro meses son suficientes para enamorarte de alguien.

Y me pregunto si ya lo he hecho.

Esa noche sueño con edificios que nunca terminarán de construirse y collares de plata que pesan como promesas. Y cuando me despierto, todavía llevo ambos puestos.

No me los quito.

CAPÍTULO 5

EL PRIMER BESO

Mes dos. O más específicamente: seis semanas, cuatro días, y aproximadamente catorce horas desde que firmé el contrato. No es que esté contando.

(Estoy totalmente contando.)

Rafael está peor. No dramáticamente—el cáncer no funciona así, no al principio. Es sutil: le toma más tiempo levantarse por las mañanas, come cada vez menos, las crisis de dolor son más frecuentes. Tres veces esta semana me he despertado a las dos de la madrugada por sus gemidos ahogados.

Pero también hay momentos buenos. Momentos donde olvidamos por qué estoy aquí.

Como ahora, en la terraza, con el sol de junio poniéndose sobre Barcelona y Rafael contándome sobre la vez que casi lo arrestan en Marrakech por fotografiar el edificio equivocado.

"Era para un proyecto de investigación," insiste, riendo. "¿Cómo iba yo a saber que era una instalación militar?"

"¿El hecho de que hubiera guardias con rifles no te dio una pista?"

"Pensé que eran... decorativos."

"Guardias decorativos. Con AK-47s."

"En mi defensa, estaba muy concentrado en las proporciones del arco..."

Me río tan fuerte que casi tiro mi copa de vino. Es un Priorat caro que Rafael insiste en beber aunque su médico le dijo que nada de alcohol. "Que se jodan los médicos," dijo. "Me quedan cuatro meses. Voy a beber buen vino."

Difícil discutir con esa lógica.

"¿Cómo saliste de eso?" Pregunto.

"Soborno. Doscientos euros y muchas disculpas en francés terrible." Rafael bebe vino, sus ojos brillando con el recuerdo. "El oficial era un fanático de Gaudí. Cuando le dije que era arquitecto de Barcelona, me hizo prometer enviarle un libro firmado sobre la Sagrada Familia."

"¿Y lo hiciste?"

"Por supuesto. Siempre cumplo mis promesas."

Algo en cómo dice eso—*siempre cumplo mis promesas*—hace que mi estómago se apriete.

El sol se ha puesto completamente ahora. Barcelona se enciende debajo de nosotros, un millón de luces parpadeando como estrellas terrestres. Hay música flotando desde algún balcón cercano—algo de Rosalía, porque por supuesto que es Rosalía. Toda Barcelona está obsesionada con ella.

"Baila conmigo," dice Rafael de repente.

"¿Qué?"

"Baila conmigo. Aquí, en la terraza." Se levanta, ofreciéndome su mano. "Llevamos seis semanas 'casados' y nunca hemos bailado."

"Rafael, no puedes bailar. Estás..."

"Muriendo, sí, gracias por el recordatorio. Pero todavía tengo dos piernas funcionales y una esposa hermosa. Así que baila conmigo."

No puedo decir que no a eso.

Tomo su mano—está más fría que hace dos semanas, los dedos más huesudos—y me levanto. Rafael me atrae hacia él, una mano en mi cintura, la otra sosteniendo la mía. Nos movemos despacio, apenas balanceándonos, al ritmo de la música distante.

"No soy muy bueno en esto," admite. "Nunca aprendí correctamente."

"Yo tampoco. En Vigo, los bailes eran principalmente borrachos tambaleándose en bares."

"Suenan romántico."

"Era encantador." Me acerco más a él. Puedo sentir lo delgado que está, todos los ángulos y huesos donde solía haber músculo. Pero también puedo sentir su corazón latiendo contra mi pecho, constante y fuerte a pesar de todo.

Bailamos. O lo que sea esto—movimiento lento, balanceo suave, dos personas pretendiendo que el mundo fuera de esta terraza no existe.

"Elisa," dice Rafael contra mi cabello.

"¿Hmm?"

"Gracias."

"¿Por qué?"

"Por hacer que estos dos meses sean los mejores de mi vida."

Levanto la cabeza para mirarlo. "Rafael, apenas han sido dos meses. Y has estado enfermo la mayor parte del tiempo."

"Exacto. Y aún así son los mejores." Sus ojos verdes me encuentran. "Porque por primera vez en cuarenta y cinco años, no estoy solo. Porque me despierto y alguien está ahí. Porque cuando tengo dolor, hay una mano que sostener. Porque..."

Se detiene. Nos hemos detenido de bailar pero seguimos de pie así, abrazados en la terraza oscura.

"Porque me importas," termina. "Y no se supone que debas importarme. Esto era un contrato, una transacción. Pero te importas. Muchísimo."

Debería retroceder. Debería recordarle que esto es temporal, que está pagando por esto, que en cuatro meses estaré cobrando su dinero y siguiendo con mi vida.

En cambio, digo: "Tú también me importas."

"¿De verdad?"

"De verdad."

Rafael levanta una mano, toca mi mejilla. Su pulgar traza el contorno de mi pómulos, lento, como memorizando.

"¿Puedo besarte?"

Mi corazón se detiene. Se supone que esto no debe pasar. Hay límites, fronteras, reglas no escritas sobre lo que es esta relación y lo que no es.

Pero mientras lo miro—este hombre que me regaló collares de plata y cuchillos japoneses, que me cuenta historias tontas sobre Marrakech para hacerme reír, que se está muriendo pero que todavía se preocupa por si estoy cómoda—todas esas reglas se sienten estúpidas.

"Sí," susurro.

Se inclina. Yo me inclino. Nos encontramos en el medio.

El beso es suave al principio. Tentativo. Sus labios son tibios, saben a vino tinto y algo más dulce. Salado también—¿está llorando? No, soy yo. Lágrimas corren por mis mejillas sin permiso.

El beso se profundiza. La mano de Rafael se mueve a mi nuca, dedos enredándose en mi cabello. La mía encuentra su pecho, sintiendo su corazón acelerado bajo la camisa de lino.

No es como los besos de clientes. Esos son mecánicos, transaccionales, algo que haces mientras tu mente está en otra

parte. Este es... diferente. Este es real. Puedo sentir cada emoción: deseo, tristeza, gratitud, miedo, todo mezclado en la forma en que su boca se mueve contra la mía.

Nos separamos finalmente, sin aliento.

"Elisa," dice Rafael, su frente contra la mía.

"Lo sé."

"Esto cambia las cosas."

"Lo sé."

"No sé qué estoy haciendo."

"Yo tampoco."

Nos reímos, todavía abrazados, todavía llorando un poco. Es ridículo. Es hermoso. Es aterrador.

"¿Quieres entrar?" Pregunta suavemente. "No tiene que ser... no espero... solo quiero estar cerca de ti."

Debería decir que no. Debería mantener al menos esa frontera. Pero en cambio asiento y lo sigo adentro, nuestras manos todavía entrelazadas.

Su dormitorio se siente diferente ahora. La primera vez que entré fue por una crisis de dolor, clínica y necesaria. Ahora entro por elección, cruzando un umbral que sé que no puedo descruzar.

Rafael enciende solo la lámpara de noche, luz suave y dorada. Se sienta en el borde de la cama, de repente inseguro.

"No he hecho esto en mucho tiempo," admite. "Y con la enfermedad, no sé si puedo... físicamente..."

"No importa." Me siento junto a él. "No tiene que ser sobre eso. Puede ser solo sobre estar juntos."

"¿Estás segura?"

Por respuesta, lo beso de nuevo. Esta vez no hay tentatividad. Su boca encuentra la mía con hambre, con necesidad, con todo lo que no ha podido decir con palabras.

Nos movemos más arriba en la cama, torpes, riendo nerviosamente cuando chocamos cabezas, cuando sus dedos se enredan en mi collar. (Los dos collares—todavía los uso juntos, siempre.)

"Espera," dice, separándose. "No quiero estropear esto. Déjame..."

Se levanta, va al baño. Escucho agua corriendo. Cuando regresa, huele a agua de colonia fresca, su cabello está peinado. Se ha quitado la camisa.

Dios. Es la primera vez que lo veo sin camisa. El cáncer es brutal en su honestidad: costillas visibles, piel estirada sobre huesos, un puerto de acceso venoso en su pecho para la quimio. Moretones por todas partes de las agujas y análisis de sangre.

Ve mi expresión. "No es bonito, lo sé."

"No." Me levanto, camino hacia él. "No es eso."

Toco su pecho suavemente, trazando las líneas de sus costillas, evitando cuidadosamente el puerto médico. Su piel es cálida bajo mis dedos, su corazón latiendo rápido.

"Eres hermoso," digo. Y lo digo en serio.

"Elisa..."

"Hermoso," repito. Me quito mi propia blusa, dejándola caer al suelo. Su aliento se atasca.

"Ahora estamos iguales," digo con una sonrisa.

"No creo que estemos ni remotamente iguales." Sus ojos recorren mi cuerpo con apreciación y algo más profundo. "Tú eres perfecta."

"Nadie es perfecto."

"Tú sí."

Me besa de nuevo, y esta vez cuando caemos en la cama, no hay torpeza. Hay solo esto: piel contra piel, aliento compartido, manos explorando con una mezcla de deseo y ternura que nunca he sentido.

Sus manos tiemblan cuando desabrochan mi sujetador. "¿Está bien?" Pregunta.

"Más que bien."

Nos movemos despacio. Cada toque es deliberado, significativo. Él besa mi cuello, el espacio entre mis clavículas, el valle entre mis pechos. Yo trazo las líneas de su espalda, sintiendo cada vértebra, cada músculo que ha cedido al cáncer pero que todavía responde a mi tacto.

"Elisa," murmura contra mi piel. "Dios, Elisa."

"Estoy aquí."

Nos quitamos el resto de la ropa—despacio, reverente, como desenvolviendo algo precioso. Cuando finalmente estamos piel con piel, cuerpo con cuerpo, hay un momento de solo... respirar. De reconocer lo que esto significa.

"Puede que no funcione," advierte Rafael. "Los medicamentos, la enfermedad..."

"No importa," digo otra vez. "Solo tócame. Déjame tocarte. Eso es suficiente."

Y lo es. Dios, lo es. Sus manos en mi cuerpo son gentiles pero seguras, explorando como un arquitecto estudiando planos. Encuentra lugares que me hacen jadear—detrás de mi oreja, el interior de mi muñeca, la curva donde mi cuello encuentra mi hombro.

Yo exploro también. Aprendo su cuerpo como él aprende el mío: qué toques lo hacen gemir suavemente, dónde evitar

(alrededor del puerto médico, sobre las costillas más frágiles), cómo hacer que olvide por un momento que se está muriendo.

"¿Puedo...?" Pregunta, su mano bajando por mi estómago.

"Por favor."

Sus dedos encuentran el lugar entre mis piernas, moviéndose con certeza sorprendente para alguien que dijo que había pasado mucho tiempo. Trazo círculos, presión perfecta, ritmo que construye espacio.

"¿Así?" Murmura.

"Sí. Dios, sí."

Me pierdo en la sensación. No es la primera vez que un hombre me toca así—obviamente—pero es la primera vez que importa. La primera vez que no estoy fingiendo, no estoy actuando, no estoy contando los minutos hasta que termine.

Estoy presente. Completamente, totalmente presente.

"Mírame," dice Rafael.

Abro los ojos. Él está sobre mí, apoyado en un codo, mirándome con una intensidad que me quita el aliento más que sus dedos.

"Quiero verte," explica. "Quiero saber que es real."

"Es real."

"Muéstramelo."

Así que lo hago. Dejo que el placer se construya, dejo que mi cuerpo responda honestamente, sin performance ni pretensión. Cuando llego—cuando realmente llego, sin fingir—grito su nombre y no me avergüenzo.

"Hermosa," susurra Rafael, besando mis párpados, mis mejillas, mis labios. "Tan hermosa."

Me recupero lentamente, mi cuerpo todavía temblando. "¿Y tú?"

"No lo sé si puedo. Los medicamentos..."

"Déjame intentar."

Cambio nuestras posiciones suavemente—él está frágil, no quiero lastimarlo—hasta que está de espaldas y yo sobre él. Beso su pecho, su estómago (evitando cuidadosamente las áreas sensibles), bajo más.

"Elisa, no tienes que..."

"Quiero."

Y es verdad. Por primera vez en diez años de hacer esto profesionalmente, realmente quiero.

Lo tomo en mi mano—no está completamente duro, los medicamentos hacen su trabajo—pero responde a mi toque. Uso mi boca, mis manos, todo lo que sé sobre cómo dar placer. Pero esta vez no es técnica. Esta vez es amor.

(Mierda. ¿Amor? ¿Ya estamos ahí?)

Rafael gime, sus manos encontrando mi cabello. "Elisa... Dios... no puedo..."

"Está bien," murmuro contra su piel. "No importa. Solo siente."

No termina—no puede—pero no importa. Cuando subo para acostarme junto a él, ambos estamos satisfechos de maneras que no tienen nada que ver con orgasmos.

Nos quedamos así, enredados, sudorosos, la luz de la luna entrando por la ventana y bañándolo todo en plata.

"Eso fue..." Rafael busca palabras.

"Diferente," termino por él.

"Sí. Diferente." Me atrae más cerca, su brazo alrededor de mis hombros. "Elisa, yo..."

"No lo digas." Pongo un dedo en sus labios. "No ahora. Es demasiado pronto. Demasiado... mucho."

Asiente, besando mi dedo. "De acuerdo. Pero algún día, cuando esté listo, ¿me dejarás decirlo?"

"Tal vez."

"Te voy a sostener a eso."

Nos quedamos dormidos así, piel con piel, con promesas no dichas flotando en el aire entre nosotros.

Me despierto a las tres de la madrugada. Rafael está dormido, su respiración regular contra mi cuello. Su brazo todavía está alrededor de mí, incluso en sueños no me suelta.

Con cuidado, me desenredo y voy a mi habitación. Necesito... qué necesito. Espacio. Distancia. Perspectiva.

Me siento en mi cama, todavía desnuda, sintiéndome extrañamente expuesta incluso sola. Los collares están en mi mesita de noche donde los dejé antes de... antes de cruzar esa línea.

Me los pongo. Incluso desnuda, los llevo. Como si pudieran anclarme, recordarme quién se supone que soy.

Pero ya no sé quién se supone que soy.

Encuentro un cuaderno en mi bolso—uno que compré hace semanas pero nunca usé—y comienzo a escribir.

2 de junio, 3:47 AM

Acabo de dormir con Rafael. No, eso suena clínico. Acabo de hacer el amor con Rafael.

(¿Es eso lo que fue? ¿Hacer el amor? Dios, incluso escribirlo se siente cursi.)

Pero fue diferente. Completamente diferente de cualquier cosa que haya hecho antes. No estaba actuando. No estaba fingiendo. Cuando llegué, fue real. Cuando dije su nombre, lo sentí.

Esto se supone que no debía pasar. Se supone que esto es solo trabajo. Un papel que juego, un servicio que presto. En cuatro meses él estará muerto y yo estaré medio millón más rica y seguiré con mi vida.

Excepto que ahora no puedo imaginar seguir con mi vida. No puedo imaginar un mundo donde Rafael no esté. Y eso es aterrador.

¿Cuándo pasó esto? ¿Cuándo dejó de ser actuación? ¿Fue cuando me regaló los collares? ¿Cuando sostuvo mi mano durante su crisis de dolor? ¿Cuando me contó sobre su madre?

O tal vez fue desde el principio. Tal vez cuando vi su foto y no estaba sonriendo, cuando lo elegí tanto como él me eligió a mí.

No puedo enamorarme de él. No puedo. Está muriendo. Esto termina. Tiene que terminar.

Pero mientras escribo esto, con su olor todavía en mi piel y el sabor de él todavía en mis labios, creo que ya es demasiado tarde.

Ya estoy enamorada.

Y no tengo idea de qué hacer al respecto.

Cierro el cuaderno, lo escondo en el cajón más profundo de mi mesita de noche. Como si guardarlo pudiera hacer que las palabras sean menos verdaderas.

A través de la pared, escucho a Rafael toser. Un sonido húmedo, doloroso. Debería ir con él, asegurarme de que está bien.

Pero si voy ahora, si regreso a esa cama, si me acurruco contra él y finjo que esto es normal, que esto puede durar... estaré más perdida de lo que ya estoy.

Así que me quedo en mi habitación, escuchando a través de la pared, con el corazón rompiéndose de maneras que no sabía que eran posibles.

El problema con el amor, me doy cuenta, es que no pregunta permiso. No espera el momento correcto. No se preocupa por contratos o lógica o el hecho de que estás enamorándote de un hombre que tiene fecha de caducidad.

Simplemente sucede.

Y una vez que sucede, estás jodida.

Completamente, irrevocablemente jodida.

Me vuelvo a meter en la cama, sola, y paso el resto de la noche mirando el techo. Los collares pesan en mi pecho como anclas.

O como promesas.

No estoy segura de cuál es peor.

CAPÍTULO 6

LA ILUSIÓN PERFECTA

La mañana después de nuestro primer beso, me despierto con el olor de café y algo quemado.

Salgo de mi habitación—después de pasar media noche sola decidí que era más seguro dormir separados—y encuentro a Rafael en la cocina, mirando con consternación una sartén humeante.

"Intenté hacer tortilla francesa," anuncia. "Creo que maté la sartén."

La tortilla parece haber sido atacada por un soplete. Negro carbonizado por fuera, probablemente crudo por dentro, definitivamente no comestible.

"Rafael, cariño." La palabra "cariño" sale naturalmente, sin pensar. "¿Qué te he dicho sobre cocinar sin supervisión?"

"Que soy un peligro para mí mismo y para otros."

"Exacto."

Tiro la tortilla a la basura—hace un ruido preocupante al caer—y empiezo de nuevo. Rafael se sienta en su taburete habitual, observándome con esa expresión que ahora reconozco: mezcla de afecto y asombro, como si no pudiera creer su suerte.

Es una expresión peligrosa. Me hace querer creer en esto.

"Dormiste en tu habitación," dice mientras corto cebolla para una tortilla real.

"Sí."

"¿Por qué?"

Podría mentir. Podría decir que mi cama es más cómoda, que necesitaba espacio, cualquier excusa que mantenga las paredes entre nosotros.

En cambio digo: "Porque si duermo en tu cama, si me despierto contigo todas las mañanas, voy a olvidar que esto no es real."

Rafael está callado por un momento. "¿Y si yo quiero que olvides?"

"Rafael..."

"Solo pensándolo en voz alta." Bebe café. "Elisa, sobre anoche..."

"No tenemos que hablar de ello."

"Creo que sí." Se levanta, camina hacia mí. Me detengo de cortar—nunca es buena idea sostener cuchillos afilados durante conversaciones emocionales—y lo miro.

"Anoche fue..." busca palabras. "La mejor noche de mi vida. Y sé que suena patético, considerando que estaba demasiado drogado para realmente... terminar. Pero fue perfecto. Tú fuiste perfecta."

"No soy perfecta."

"Para mí sí." Toca mi mejilla. "Y sé que esto empezó como una transacción. Sé que me estás haciendo un favor muy bien pagado. Pero lo de anoche no se sintió como un favor. Se sintió como algo que ambos queríamos."

No puedo discutir eso.

"¿Qué estamos haciendo?" Pregunto en voz baja.

"No lo sé. Pero me gusta." Sonríe. "¿Podemos simplemente... ver a dónde va? Sin etiquetas, sin definiciones. Solo nosotros."

Solo nosotros. Como si fuera tan simple.

"De acuerdo," digo finalmente. "Pero sigo durmiendo en mi habitación."

"¿Por qué?"

"Porque necesito algo que sea solo mío. Un espacio donde pueda recordar quién soy cuando no estoy siendo tu esposa."

Rafael asiente lentamente. "Entiendo. Pero para que conste, mi puerta siempre está abierta. Si alguna vez quieres... solo estar cerca."

"Lo sé."

Vuelvo a cortar cebolla. Rafael vuelve a su café. Y así, simplemente, establecemos nuestra nueva normalidad: intimidad mezclada con distancia, cercanía templada con autopreservación.

Es complicado. Es confuso. Es perfectamente nosotros.

Junio se derrite en julio. Barcelona se llena de turistas y calor sofocante. Rafael y yo encontramos ritmos: desayunos a las ocho, sus tratamientos los martes y viernes (siempre voy, siempre sostengo su mano), tardes donde él trabaja y yo leo o camino por la ciudad, cenas que preparo usando esos cuchillos japoneses que cada día se sienten más míos.

Nos besamos ahora. No todo el tiempo, pero sí. Besos matutinos sobre café, besos de buenas noches en el pasillo entre nuestras habitaciones separadas, besos en la terraza mientras el sol se pone.

Algunos terminan en su cama. Otros no. Aprendemos los cuerpos del otro: qué funciona, qué no, cómo darle placer incluso cuando los medicamentos hacen lo físico difícil.

"Eres una bruja," dice una noche después de que lo hago terminar con solo mi boca y mucha paciencia. "Una bruja sexual hermosa."

"Eso debería estar en mi tarjeta de presentación."

"Elisa Mendoza: Arquitecta de Orgasmos."

"Dios, eso suena a porno malo."

"Todo porno es malo. Excepto el que hacemos nosotros."

"No estamos haciendo porno."

"¿No?" Me atrae hacia él. "Porque cada vez que gimes mi nombre, yo podría..."

"¿Podrías qué?"

"Morirme feliz."

El humor negro. Se ha vuelto nuestra defensa, nuestra manera de lidiar con el elefante muriendo en la habitación.

Un sábado de julio, Rafael anuncia que vamos de viaje.

"¿A dónde?" Pregunto, empacando una bolsa pequeña según sus instrucciones misteriosas.

"Es sorpresa."

"Odio las sorpresas."

"Mentirosa. Te encantan."

Tiene razón, maldita sea.

Terminamos en Girona. A solo hora y media en tren, pero se siente como otro mundo. Rafael reservó una habitación en un hotel boutique en el casco antiguo, uno de esos lugares donde las vigas del techo son del siglo XIV y el personal te saluda por tu nombre.

"Señor y señora Mendoza," dice el recepcionista, entregándonos llaves de metal antiguo. "Su suite está lista."

Señora Mendoza. Cada vez que lo escucho, algo en mi pecho se aprieta.

La suite es preciosa: techos abovedados, paredes de piedra, una cama enorme con doseles blancos. Ventanas que dan a las murallas medievales de la ciudad.

"¿Te gusta?" Pregunta Rafael, nervioso de repente.

"Es perfecta."

"Pensé que necesitábamos alejarnos. De Barcelona, del apartamento, de... todo." Deja su bolsa. "Un fin de semana donde podamos fingir que somos solo una pareja normal de vacaciones."

"¿Fingir?" Repito el verbo.

"Mala elección de palabra." Se acerca. "Un fin de semana donde podamos ser solo nosotros. Sin hospitales, sin médicos, sin recordatorios constantes de que..." Se detiene.

"De que te estás muriendo," termino por él.

"Sí."

Lo beso. Porque ¿qué más puedo hacer?

Pasamos el sábado explorando Girona. Caminamos por las murallas medievales, nos perdemos en el laberinto del Call (el barrio judío antiguo), comemos helado en la Plaza de la Catedral. Rafael se cansa fácilmente—tiene que detenerse cada veinte minutos para descansar—pero se niega a regresar al hotel.

"Estoy bien," insiste por quinta vez, sudando a pesar de la sombra.

"Estás pálido como un fantasma."

"Los fantasmas son blancos, yo soy más... beige enfermizo."

"Eso es más específico pero no mejor."

Encontramos un café con terraza y pedimos cerveza—contra las órdenes médicas, obviamente, pero que se jodan las órdenes médicas. Rafael brinda.

"Por los viajes espontáneos."

"Por fingir normalidad."

"Por no fingir en absoluto."

Bebemos. La cerveza está fría, perfecta contra el calor de julio. Turistas pasan, hablando en alemán y francés y inglés. Una

pareja joven se besa en la fuente. Un músico callejero toca guitarra española, algo de Paco de Lucía.

"¿Sabes qué es lo raro?" Dice Rafael. "Pasé treinta años viajando por negocios. Estuve en Madrid, Berlín, Londres, París, Nueva York. Docenas de ciudades. Pero nunca... solo disfruté. Siempre era trabajo, reuniones, contratos. Nunca me senté en un café y bebí cerveza y observé a la gente."

"Suenas solitario."

"Lo fue." Me mira. "Pero esto—estar aquí contigo, sin agenda, sin horario—esto es lo que debería haber sido toda mi vida."

"Mejor tarde que nunca."

"¿Es mejor? ¿Cuando solo me quedan meses?"

No tengo respuesta para eso.

Él continúa: "A veces me pregunto si habría sido mejor nunca saber qué me estaba perdiendo. Morir sin haber experimentado esto." Toma mi mano. "Pero luego te miro y pienso que no. Que incluso si solo tengo esto por poco tiempo, vale la pena. Tú vales la pena."

Mierda. Van a empezar a rodar lágrimas si no tengo cuidado.

"Rafael, no puedes decir cosas así."

"¿Por qué no?"

"Porque me hacen querer cosas que no puedo tener."

"¿Como qué?"

Como más tiempo. Como un futuro. Como que esto sea real y no una fantasía con fecha de expiración.

"No importa," digo en cambio.

Pero sí importa. Importa muchísimo.

Esa noche cenamos en un restaurante medieval, literalmente en las paredes de la ciudad vieja. Velas, piedra antigua, comida

catalana tradicional. Rafael pide para ambos—conejo estofado, escalivada, crema catalana—y vino del Empordà.

"Estás tratando de embriagarme," acuso después de la tercera copa.

"¿Está funcionando?"

"Completamente."

Nos reímos. Comemos. Rafael come más de lo que ha comido en semanas, y eso solo me hace amarlo más.

(Sí. Amor. Ya dejé de luchar contra la palabra.)

Después de cenar, caminamos junto al río Onyar. Las casas de colores se reflejan en el agua negra, una postal perfecta. Rafael tiene su brazo alrededor de mis hombros. Yo tengo el mío alrededor de su cintura, sosteniéndolo tanto como él me sostiene a mí.

"Elisa," dice de repente.

"¿Hmm?"

"Te amo."

Me detengo. El mundo se detiene. Incluso el río parece dejar de fluir.

Rafael me mira, completamente serio. "Sé que no se supone que deba decirlo. Sé que esto complica las cosas. Pero te amo. Y si solo me quedan tres meses, no quiero desperdiciarlos sin decírtelo."

Mi garganta está cerrada. No puedo hablar.

"No tienes que decir nada," continúa. "No espero que... esto es complicado, lo entiendo. Pero necesitaba que lo supieras. Que esto no es solo conveniente para mí. No eres solo... alguien que contraté. Eres la persona que hace que cada día valga la pena vivir. Incluso los días malos. Especialmente los días malos."

Di algo, me grita mi cerebro. Dile que tú también lo amas. Que dejó de ser actuación hace semanas. Que cuando te despertaste esta mañana, tu primer pensamiento fue él.

Pero si lo digo, si admito que esto es real para mí también, entonces cuando muera...

Cuando muera, me romperá de maneras de las que nunca me recuperaré.

"Rafael," empiezo, mi voz áspera.

"Está bien," dice rápidamente. "No tienes que..."

"Déjame terminar." Tomo su cara entre mis manos. "No puedo decírtelo. Todavía no. Es demasiado..."

"Entiendo."

"Pero quiero que sepas que esto..." hago un gesto entre nosotros. "Esto no es falso. No para mí. No más."

Algo se enciende en sus ojos. Esperanza, tal vez. O alivio.

"¿No?"

"No."

"Entonces eso es suficiente." Me besa, suave y dulce. "Por ahora, eso es suficiente."

Volvemos al hotel abrazados. Subimos las escaleras antiguas a nuestra suite. Cerramos la puerta al mundo exterior.

Y esa noche, cuando hacemos el amor—porque eso es lo que es, no hay otra palabra para ello—es diferente. Más lento. Más intencional. Como si cada toque fuera una promesa, cada beso una declaración.

Rafael me susurra cosas en español que medio entiendo: *hermosa, perfecta, mía*.

Yo respondo con mi cuerpo lo que no puedo decir con palabras.

Después, acostados en las sábanas revueltas, Rafael traza patrones invisibles en mi espalda.

"¿En qué piensas?" Pregunto.

"En que esto es lo más cerca del cielo que probablemente llegaré."

"Eso es deprimente."

"No." Besa mi hombro. "Es honesto. Si muero mañana, muero feliz. Porque tuve esto. Tuve a ti."

"No vas a morir mañana."

"No, probablemente no. Probablemente tengo otros dos o tres meses de hacerte soportar mis malos chistes y peor cocina."

"Tres meses no es suficiente."

Las palabras salen antes de poder detenerlas.

Rafael se queda quieto. "¿No?"

Mierda. "No."

"Elisa..."

"No quiero hablar de ello. No esta noche. Esta noche solo quiero fingir que tenemos todo el tiempo del mundo."

"De acuerdo." Me atrae más cerca. "Entonces tenemos todo el tiempo del mundo."

Nos quedamos dormidos así, en una cama medieval en Girona, mintiendo sobre el futuro pero diciendo la verdad sobre el presente.

El domingo exploramos más. Catedral, baños árabes, puentes sobre el río. Rafael se mueve más lento hoy, pero se niega a admitir que está exhausto.

"Estoy bien," miente.

"Claro. Por eso estás jadeando después de subir diez escalones."

"Las escaleras medievales son traicioneras. Deberían tener ascensor."

"Sí, voy a escribir una queja al siglo XII."

Paramos para almorzar en un lugar que parece alguien convirtió su abuela en restaurante. Mantel a cuadros, comida casera, la dueña que nos llama "guapos" y nos sirve porciones enormes.

"Come," ordena cuando Rafael deja medio plato. "Estás demasiado flaco. Tu esposa no te está alimentando bien."

"Créame, señora," digo. "Lo intento."

"Intenta más." Nos trae postres gratis—flan y crema catalana—y se niega a aceptar propina. "Los jóvenes enamorados no pagan extra. Es mala suerte."

Cuando nos vamos, Rafael me susurra: "Piensa que somos jóvenes. Eso es adorable."

"Comparado con ella, probablemente lo somos."

"Cierto. Ella probablemente recuerda la Guerra Civil."

"Rafael, eso es horrible."

"Pero gracioso."

"Horriblemente gracioso."

Caminamos más, sin destino particular. El sol calienta las piedras antiguas. Turistas toman fotos. Vida pasa a nuestro alrededor, indiferente a nuestro pequeño drama temporal.

En un callejón tranquilo, Rafael se detiene frente a una tienda de antigüedades. En el escaparate hay una foto enmarcada: Girona en los años cincuenta, blanco y negro, las mismas calles pero diferentes personas.

"¿Crees que alguien se acuerda de ellos?" Pregunto. "Las personas en esa foto. ¿Alguien todavía cuenta sus historias?"

"No lo sé."

"Cuando muera, ¿me recordarás?"

La pregunta es tan súbita, tan cruda, que me roba el aliento.

"Por supuesto que sí."

"¿De verdad? ¿O seré solo otro cliente? Otro trabajo que hiciste una vez."

"Rafael..." Me giro hacia él. "Nunca fuiste solo un cliente. Y nunca serás solo un recuerdo. Tú..." Mi voz se quiebra. "Tú me cambiaste. Esto me cambió."

"¿En qué manera?"

"No lo sé todavía. Pero cuando termine, no seré la misma persona que firmó ese contrato."

Rafael me besa ahí mismo, en medio del callejón antiguo, turistas pasando, sin importarle quién nos ve.

"Gracias," murmura contra mis labios.

"¿Por qué?"

"Por no fingir que esto no importa. Por dejar que importe."

Regresamos a Barcelona el domingo por la noche. El tren está lleno de gente volviendo de fin de semana, todos bronceados y cansados y felices.

Rafael duerme contra mi hombro la mayor parte del viaje. Miro por la ventana, viendo el campo catalán pasar a toda velocidad en la oscuridad.

Mi teléfono vibra. Cristina.

"¿Cómo va todo? Hace semanas que no sé de ti."

Considero no responder. Pero Cristina merece saber... algo.

"Todo bien. Complicado, pero bien."

"¿'Complicado' cómo?"

"Mejor no preguntar."

"Elisa, no te estés enamorando de él."

Demasiado tarde para eso.

"No seas ridícula," escribo. "Es solo trabajo."

"Si es solo trabajo, ¿por qué llevas tres semanas sin llamarme?"

No tengo respuesta para eso.

"Elisa, escúchame. Sé cómo son estos trabajos largos. Empiezas a confundir la actuación con la realidad. Pero esto termina. Él muere. Tú cobras. Esa es la verdad."

"Lo sé."

"¿De verdad? ¿O estás empezando a creer en tu propia mentira?"

"Tengo que irme. Rafael se está despertando."

"Cuidado, Elisa. Por favor."

Apago el teléfono sin responder.

Rafael se mueve contra mi hombro. "¿Con quién hablabas?"

"Nadie importante."

Mentira número mil. ¿Quién está contando?

De vuelta en el apartamento, desempacamos en silencio cómodo. Rafael se ducha—escucho tos húmeda desde el baño pero no digo nada—mientras yo preparo té.

Cuando sale, envuelto en bata de seda (ese ridículo pijama de seda otra vez), se ve agotado. Pero también feliz.

"Gracias por este fin de semana," dice.

"No tienes que agradecer."

"Sí tengo. Fue..." busca palabras. "Perfecto. Completamente perfecto."

Le paso el té. "Podemos hacerlo otra vez. Ir a otro sitio."

"¿Sí?"

"Claro. Todavía no hemos ido a Tarragona. O Sitges. O..."

"O podríamos simplemente quedarnos aquí." Se sienta en el sofá, palmeando el espacio junto a él. "Y fingir que somos pareja normal que se queda en casa los domingos por la noche."

Me siento. Él pone su cabeza en mi regazo. Paso los dedos por su cabello—más delgado ahora, la quimio haciendo su trabajo—y miramos por la ventana las luces de Barcelona.

"Elisa," dice eventualmente.

"¿Hmm?"

"¿Estás feliz?"

"¿Qué tipo de pregunta es esa?"

"Una sincera. ¿Eres feliz? Aquí, conmigo, en esta vida extraña que hemos construido."

Considero mentir. Considero decir algo seguro y ambiguo.

En cambio digo: "Sí. Por primera vez en mucho tiempo, sí."

"Yo también." Cierra los ojos. "Nunca pensé que diría esto, pero casi estoy agradecido por el cáncer."

"Rafael..."

"No, déjame terminar. Si no me hubiera enfermado, habría seguido trabajando setenta horas a la semana hasta morir de un infarto a los setenta. Solo y miserable, con una cuenta bancaria enorme y ningún recuerdo que valga una mierda." Abre los ojos, me mira. "Pero esto—estar contigo—vale más que treinta años de éxito."

"Estás siendo dramático."

"Estoy siendo honesto."

"El drama y la honestidad no son mutuamente excluyentes."

Se ríe. "¿Ves? Eso. Tu cinismo sarcástico. Voy a extrañar eso."

Voy a extrañar. Tiempo futuro. Como si ya estuviera planeando su ausencia.

"No hables así."

"Tengo que hacerlo. Tengo que prepararte."

"No quiero estar preparada. Quiero que esto dure para siempre."

Las palabras salen crudas, honestas, sin filtro.

Rafael se sienta, me mira con esos ojos verdes que me han visto más claramente que nadie.

"Elisa, ¿me amas?"

Y ahí está. La pregunta que he estado evitando. La pregunta que cambia todo.

"Yo..." Mi voz falla.

"No tienes que responder. Solo... necesito saber si hay una oportunidad. Si esto es real para ti también."

Lo miro. Este hombre que entró en mi vida como cliente y se convirtió en... ¿qué? ¿Mi amante? ¿Mi amigo? ¿Mi pareja?

Mi persona.

"Es real," susurro. "Dios me ayude, es real."

"¿Pero me amas?"

"Todavía no puedo decirlo."

"¿Por qué no?"

"Porque si lo digo, si lo admito en voz alta, entonces cuando mueras..." Las lágrimas finalmente caen. "Cuando mueras, me va a destruir. Y no sé si puedo sobrevivir eso."

Rafael me atrae hacia él, sosteniéndome mientras lloro contra su pecho. Su corazón late bajo mi oreja, constante pero cada día un poco más débil.

"Lo siento," murmura en mi cabello. "Siento haberte hecho esto. Siento haberte arrastrado a mi desastre."

"No lo sientes."

"No, tienes razón. No lo siento." Me aleja lo suficiente para mirarme. "Esto—tenerte—es lo mejor que me ha pasado. Incluso si te lastima al final, no me arrepiento."

"Eres un egoísta."

"Completamente." Limpia mis lágrimas con sus pulgares.
"Pero soy tu egoísta."

Y eso, maldita sea, me hace sonreír a través de las lágrimas.

Esa noche duermo en su cama. No por sexo—ambos estamos demasiado emocionalmente agotados—sino solo por cercanía. Por el consuelo de respiración compartida y latidos sincronizados.

Justo antes de quedarme dormida, siento a Rafael besar mi frente.

"Te amo," susurra, creyendo que no lo escucho.

Y casi—casi—lo digo de vuelta.

Pero no lo hago.

Porque una vez que lo diga, no hay vuelta atrás.

Y todavía no estoy lista para ese nivel de honestidad.

Todavía no.

CAPÍTULO 7

LA NOTICIA

Agosto en Barcelona es un infierno. No el infierno metafórico y romántico de las canciones, sino infierno literal: 38 grados, humedad del noventa por ciento, el asfalto derritiéndose bajo tus pies. La ciudad se vacía—todo barcelonés con dos dedos de frente huye a la costa o las montañas—dejando solo turistas sudorosos y los pobres desgraciados que tienen que trabajar.

Rafael y yo somos los segundos. Bueno, técnicamente yo estoy trabajando. Él está muriendo. Diferentes tipos de obligaciones.

Mes cuatro. Ciento veinte días desde que firmé el contrato. Rafael está peor—más delgado, más débil, más crisis de dolor. Pero también está... no sé cómo describirlo. ¿Más vivo? Como si saber que el tiempo se acaba le diera permiso para sentir todo más intensamente.

Hacemos el amor casi todas las noches ahora. A veces funciona físicamente, a veces no. No importa. Lo que importa es la conexión, el tacto, la manera en que pronuncia mi nombre como una oración.

Todavía duermo en mi habitación después. Necesito ese espacio, esa separación. Es la única manera de mantener algún sentido de quién soy más allá de "la mujer que ama a un hombre muriendo."

(Sí, amo. Finalmente admití la palabra, al menos a mí misma. Todavía no se la he dicho a él. Cobarde.)

Hoy es martes. Día de tratamiento, pero también revisión trimestral. El Dr. Mora quiere hacer escáneres nuevos, ver cómo está progresando el tumor.

"Progresando" es un eufemismo médico adorable para "matándote."

Rafael está inusualmente callado en el desayuno. Apenas toca su café, y eso sí que es preocupante. El hombre bebe café como si fuera religión.

"¿Estás bien?" Pregunto, cortando fresas con el cuchillo de fruta—el más pequeño del juego japonés, perfecto para trabajo delicado.

"Solo nervioso."

"¿Por el escáner?"

"Por lo que va a mostrar." Se frota la cara. "Últimamente el dolor ha empeorado. Mucho peor. Creo que significa..."

No termina la frase. No necesita hacerlo.

"Sea lo que sea, lo manejamos juntos," digo firmemente.

"¿Juntos?"

"Juntos."

Algo en su expresión se suaviza. "No sé qué hice para merecerte."

"Contrataste bien."

"Eso suena muy transaccional."

"Todo en la vida es transaccional. Algunos tratos simplemente son mejores que otros."

"¿Y nuestro trato?"

Dejo el cuchillo. "El mejor que he hecho."

El Hospital Clínic está lleno como siempre. Sala de espera oncológica, ese purgatorio especial donde todos evitan mirarse entre

sí porque ver el sufrimiento de otros es ver tu propio futuro.

Una mujer mayor con pañuelo en la cabeza—claramente quimio—llora silenciosamente mientras su marido le sostiene la mano. Un hombre joven, mi edad probablemente, está solo, mirando su teléfono con intensidad fingida. Una pareja con niño pequeño—el niño es el paciente, su cabeza calva, sus ojos demasiado grandes en su cara flaca.

Joder. Siempre hay niños. Eso es lo que más me mata.

"Señor Mendoza." La enfermera nos llama después de treinta minutos eternos.

Primero los escáneres: PET-CT que toma una eternidad, Rafael acostado inmóvil en una máquina que zumba y hace clic. Yo espero afuera, leyendo el mismo párrafo de una revista de chismes que no absorbo.

Finalmente termina. El técnico, un chico que parece tener dieciséis años (probablemente tiene treinta), ayuda a Rafael a bajar de la máquina.

"¿Cuándo tendremos resultados?" Pregunto.

"El Dr. Mora los revisará ahora. Pueden esperar en la sala de consulta."

Así que esperamos. Otra sala, otras sillas incómodas, otro reloj haciendo tictac demasiado fuerte.

Rafael sostiene mi mano tan fuerte que duele. No me quejo.

"Elisa," dice de repente.

"¿Sí?"

"Si es malo—si dice que tengo semanas en lugar de meses—quiero que sepas que estos cuatro meses fueron suficientes. Fueron más de lo que esperaba, más de lo que merecía."

"Rafael, no..."

"Déjame terminar. Si muero mañana, muero sabiendo que fui amado. Incluso si nunca me lo dijiste con palabras, lo sé. Lo siento en la manera en que me miras, me tocas, te quedas cuando el dolor es insoportable." Levanta nuestra manos unidas, besa mis nudillos. "Así que gracias. Por darme eso."

Voy a llorar. No puedo llorar aquí, no en este hospital estéril con sus luces fluorescentes despiadadas.

"No voy a agradecerte," digo con voz áspera. "Porque no has terminado todavía. Así que guarda tu discurso de despedida para cuando realmente lo necesites."

"Siempre tan pragmática."

"Alguien tiene que serlo."

La puerta se abre. Dr. Mora entra con un folder—los resultados del escáner. Su expresión es... rara. No la cara de "lamento informarle" que he visto antes. Algo diferente.

"Señor Mendoza, señora Mendoza." Se sienta detrás de su escritorio. "Tengo los resultados."

"¿Y?" Rafael suena sorprendentemente calmado. Yo soy la que está temblando.

El Dr. Mora abre el folder. Mira los papeles. Luego nos mira.

"Esto es... inusual."

Mi corazón se detiene.

"¿Qué tan inusual?" Pregunta Rafael.

"El tumor." El doctor parece confundido. "Ha... disminuido. Significativamente."

Silencio.

"¿Disminuido?" Repito, como si la palabra fuera en un idioma extranjero.

"Un sesenta por ciento más pequeño que hace tres meses. Y los marcadores tumorales en su sangre son casi normales."

Más silencio.

Rafael encuentra su voz primero. "¿Eso es... bueno?"

"Es extraordinario. Señor Mendoza, no quiero darle falsas esperanzas, pero..." El Dr. Mora sacude su cabeza. "Esto se parece a una remisión."

La palabra cae entre nosotros como una bomba.

Remisión.

"¿Remisión?" Rafael suena como si estuviera bajo el agua. "¿Como en... no muriendo?"

"No puedo decir 'curado'—el cáncer pancreático es traicionero, puede regresar. Pero en este momento, en base a estos escáneres, el tumor está respondiendo al tratamiento de una manera que..." El doctor busca palabras. "Que francamente no esperaba."

"¿Cuánto tiempo?" Pregunto. Mi voz suena lejana, como si viniera de otra persona.

"Si esta tendencia continúa, podríamos estar viendo años. No meses. Años."

Rafael hace un sonido. Risa o sollozo, no puedo distinguir.

El Dr. Mora continúa: "Quiero hacer más pruebas, seguir monitoreando de cerca. Y tendrá que continuar con tratamiento de mantenimiento. Pero señor Mendoza..." Una sonrisa cautelosa. "Podría vivir para ver ese proyecto de Diagonal Mar completado después de todo."

"Años," susurra Rafael. "Años."

Debería estar eufórica. Debería estar llorando de alegría. Rafael no va a morir—no ahora, no pronto. Esto es un milagro.

Entonces ¿por qué siento como si el suelo se estuviera abriendo bajo mis pies?

Salimos del hospital en aturdimiento. El sol de agosto nos golpea como puño. Rafael se detiene en la acera, mirando el tráfico de Villarroel como si lo viera por primera vez.

"No voy a morir," dice.

"No vas a morir," repito mecánicamente.

"Voy a vivir. Años. Años, Elisa." Se gira hacia mí, y hay algo en su cara—alegría, shock, alivio, todo mezclado. "¿Te das cuenta de lo que esto significa?"

Sí, quiero gritar. Significa que nuestro trato termina. Significa que técnicamente ya no necesitas una esposa falsa. Significa que todo por lo que te estabas preparando—tu muerte, tu legado, tu último capítulo—ya no aplica.

"Significa que tienes un futuro," digo en cambio.

"Tenemos un futuro." Me toma ambas manos. "Elisa, podemos... Dios, podemos hacer planes. Viajar. Ver mundo. No tenemos que vivir como si cada día fuera el último."

"Rafael..."

"¿Y el contrato? Joder el contrato. No necesito un contrato. Quiero..." Se detiene, respirando rápido. Demasiado rápido. "Quiero que te quedes porque quieres, no porque te estoy pagando. Quiero que esto sea real."

Mi pecho se aprieta. "Ya es real."

"¿Lo es? ¿O solo fue real porque yo estaba muriendo? Porque había fecha límite, final definido."

Hay pánico en sus ojos. Como si de repente se diera cuenta de que todo lo que construimos fue basado en su mortalidad.

"No sé," digo honestamente. "No sé qué es esto sin el cáncer."

"Entonces averigüémoslo." Me atrae cerca. "Elisa, te amo. Lo dije antes y lo digo ahora. Eso no ha cambiado."

"Todo ha cambiado."

"No todo. Yo sigo siendo yo. Tú sigues siendo tú. Seguimos siendo nosotros."

Pero no estoy segura de que eso sea verdad. ¿Quiénes somos "nosotros" si no somos "hombre muriendo y la mujer que finge amarlo"?

¿Quién soy yo si no soy su última fantasía?

Volvemos al apartamento en silencio. Rafael parece flotar—euforia pura. Yo me siento como plomo.

En el ascensor, me besa. Es un beso desesperado, hambriento, celebratorio. Lo devuelvo porque ¿qué más puedo hacer? Pero siento como si estuviera actuando otra vez. Jugando un papel.

La novia feliz. La pareja que recibe buenas noticias. La mujer que debería estar agradecida de que su amante no va a morir.

Soy un monstruo. ¿Qué tipo de persona se siente así cuando alguien entra en remisión?

Dentro del apartamento, Rafael va directo al bar—rara vez bebe licor fuerte, pero hoy es especial—y se sirve whisky. Me sirve uno a mí también.

"Por la vida," dice, levantando su vaso.

"Por la vida," echo, y bebemos.

El whisky quema. Es caro—por supuesto que es caro, todo en la vida de Rafael es caro—pero sabe como mentiras.

Rafael se sienta en el sofá, atrayéndome con él. "Tenemos que celebrar. Llamar a gente, contarles."

"¿A quién vas a llamar?"

Se detiene. "No lo sé. Colegas de trabajo, supongo. El equipo del proyecto Diagonal Mar."

"¿No familia? ¿Amigos?"

"No tengo..." Se da cuenta de lo que está diciendo. "Tienes razón. No tengo a nadie."

"Me tienes a mí."

"¿La tengo?" Me mira directamente. "¿De verdad, Elisa? Porque entré en remisión hace dos horas y todavía no has sonreído. Ni una vez."

Mierda. Tiene razón.

"Lo siento," digo rápidamente. "Estoy en shock. Esto es mucho para procesar."

"¿O estás decepcionada?"

"¿Qué? ¡No!"

"¿Segura? Porque esto jode nuestro trato, ¿verdad? Se suponía que yo moriría, tú cobrarías medio millón, seguirías con tu vida. Limpio, simple, final definido." Su voz tiene un filo. "Pero ahora estoy vivo y las cosas son complicadas."

"No es eso..."

"¿Entonces qué es?"

Me levanto, necesitando distancia. Camino a la cocina—mi santuario, el lugar donde tiene sentido—y me apoyo en la encimera. Los cuchillos japoneses están en su soporte magnético, brillando bajo las luces. Herramientas perfectas para cortar, dividir, separar.

Rafael me sigue. "Elisa, háblame. Por favor."

"¿Qué quieres que diga? ¿Que estoy feliz de que no vas a morir? Lo estoy. Por supuesto que lo estoy."

"Pero..."

"Pero esto cambia todo. El contrato, nuestra relación, todo. Yo..." Presiono mis palmas contra el mármol frío. "Yo no sé cómo hacer esto sin fecha límite. Sin final."

"¿Hacer qué?"

"¡Amarte!" Las palabras explotan de mí. "¿Okay? Te amo. Ahí está. Por fin lo dije. Te amo, Rafael. Y me aterra."

Su expresión se suaviza. "¿Por qué te aterra?"

"Porque cuando pensaba que ibas a morir, era... era seguro de alguna manera. Tenía un límite. Podía amarte completamente por cuatro meses y luego... luego terminaba. Podía guardarte en una caja en mi corazón etiquetada 'el hombre que amé una vez.'"

"¿Y ahora?"

"Ahora no hay caja. No hay límites. Ahora tengo que averiguar cómo amarte sin la red de seguridad de tu muerte pendiente." Me giro hacia él. "¿Y si lo arruino? ¿Y si resulta que solo era buena para amarte porque sabía que te perdería?"

Rafael camina hacia mí despacio, como acercándose a un animal asustado. "Elisa, me acabas de decir que me amas."

"Lo sé."

"¿Y crees que eso es problema?"

"Podría serlo."

"¿Por qué?"

Porque admitirlo hace que sea real. Porque amor real viene con expectativas y futuros y la posibilidad de fallar. Porque fingir amor era más seguro que sentirlo realmente.

"Porque ahora importa," digo finalmente. "Antes, si esto no funcionaba, no importaba. Tú ibas a morir de todos modos. Pero ahora, si fallo, si no soy suficiente, si..."

"Elisa." Rafael toma mi cara entre sus manos. "Eres suficiente. Más que suficiente. Y no vas a fallar porque no hay nada en qué fallar. Solo somos nosotros, averiguando esto juntos."

"¿Y el contrato?"

"Joder el contrato. Lo cancelamos. Ya no te pago. Ya no finges. Solo... quedáte. Quédate porque quieres, no porque tienes que hacerlo."

"¿Y si quiero que me pagues?" Intento bromear pero sale plano.

"¿Quieres?"

"No." Las lágrimas finalmente vienen. "No, no quiero tu dinero. Solo te quiero a ti."

"Entonces me tienes."

Me besa, y esta vez lo siento. Esta vez no estoy actuando. Esta vez es solo nosotros, dos personas que de alguna manera encontraron amor en el lugar más improbable, de la manera más extraña.

Nos quedamos así, abrazados en la cocina, entre herramientas perfectas para cortar y separar, eligiendo en cambio mantenernos juntos.

Esa noche hacemos el amor diferente. No es celebratorio ni desesperado. Es... tentativo. Como si ambos estuviéramos aprendiendo un nuevo lenguaje.

Rafael es más gentil de lo usual, como si tuviera miedo de que me rompa. Yo soy más presente, más consciente. Cada toque significa algo diferente ahora. Antes era "podría ser la última vez." Ahora es "podría ser la primera de muchas."

Eso me aterra más.

Después, acostados en su cama con las sábanas revueltas y la luna de Barcelona derramándose por la ventana, Rafael traza patrones en mi espalda.

"¿En qué piensas?" Pregunta.

"En que no sé cómo hacer esto."

"Hacer qué."

"Relación normal. Futuro. Todo."

"Yo tampoco." Besa mi hombro. "Pero tal vez esa es la belleza. Ninguno de nosotros sabe qué estamos haciendo. Podemos inventarlo según avanzamos."

"Eso suena aterrador."

"Todo lo que vale la pena es aterrador."

Me giro para mirarlo. A la luz de la luna, parece más joven. Más saludable ya, como si su cuerpo supiera que está en remisión y está celebrando.

"Rafael, ¿y si no soy suficiente? No cuando realmente me conoces. No la versión que actuaba para ti, sino la real."

"Ya te conozco. La real."

"No, no es cierto. Conoces la versión que quise mostrarte. La que cocina y te sostiene la mano y dice las cosas correctas. Pero hay partes de mí que son..." Busco palabras. "Dañadas. Rotas. La razón por la que terminé en este trabajo, la razón por la que nunca pude mantener relaciones normales."

"Todos estamos rotos, Elisa. Yo pasé treinta años casado con mi trabajo porque tenía demasiado miedo de dejar entrar a alguien real. ¿Eso no es roto también?"

"Es diferente."

"¿Por qué? Porque te pagaron por sexo y yo pagué por edificios. Ambos usamos nuestros cuerpos para evitar intimidad real." Toca mi mejilla. "Pero ahora estamos aquí. Eligiendo esto. Eligiendo ser rotos juntos."

"Eres demasiado romántico."

"Estoy en remisión. Tengo derecho a ser romántico."

A pesar de todo, me río. "Justo. Pasa de licencia médica."

"Exacto. Ahora cállate y déjame amarte."

"Esas son instrucciones contradictorias."

"Eres imposible."

"Pero me amas de todos modos."

"Pero te amo de todos modos," confirma.

Y ahí está otra vez. La palabra. Ya no pesa como antes. Ya no se siente como admisión de derrota.

Se siente como promesa.

A las tres de la mañana, cuando Rafael está dormido y roncando suavemente (nunca admitirá que ronca), me levanto y voy a mi habitación. Mi santuario. Mi espacio seguro.

Encuentro mi cuaderno—ese donde escribí hace semanas sobre enamorarme—y lo abro a una página nueva.

15 de agosto, 3:23 AM

Rafael está en remisión.

Debería estar bailando. Debería estar eufórica. El hombre que amo va a vivir. Eso es literalmente lo mejor que podría pasar.

Entonces ¿por qué siento pánico?

Creo que es porque esto era más fácil cuando tenía límites. Cuando sabía exactamente qué esperar, cuándo terminaría. Podía amarle completamente porque sabía que el amor terminaría con su muerte. Limpio. Definitivo. Sin tener que averiguar cómo ser persona normal en relación normal.

Pero ahora tengo que averiguar: ¿Quién es Elisa sin fecha límite? ¿Quién es Elisa en relación que podría durar años? ¿Quién es Elisa cuando no está actuando?

No lo sé. Y eso me aterra más que su muerte alguna vez lo hizo.

El Dr. Mora usó la palabra "años." Años de Rafael. Años de nosotros. Años de tener que ser suficiente, de no decepcionar, de

mantener este amor que admití finalmente.

Años de no tener excusa para irme cuando se ponga difícil.

Porque aquí está la verdad que no le dije a Rafael: parte de mí—una parte pequeña, oscura, horrible—estaba casi aliviada de que tuviera fecha de expiración. Significaba que nunca tendría que arriesgarme a que viera las partes feas de mí. Las partes que me hacen cobrar por sexo. Las partes que pueden fingir amor tan fácilmente que a veces olvido qué es real.

Significaba que podía ser perfecta para él porque sabía que no tendría que serlo para siempre.

Pero ahora "para siempre" es opción. Y no sé si puedo hacerlo.

Dios, soy monstruo. ¿Qué tipo de persona se siente así?

Pero también: lo amo. Realmente lo amo. Y quiero hacerlo funcionar.

Necesito hacerlo funcionar.

Porque si pierdo esto—si pierdo a él—no por muerte sino por mi propia incapacidad de ser normal...

No sé si me recuperaría de eso.

Cierro el cuaderno. Lo guardo. Vuelvo a la cama de Rafael porque incluso con todo mi pánico, prefiero estar cerca de él que sola.

Se despierta cuando me meto bajo las sábanas.

"¿Elisa? ¿Estás bien?"

"Sí. Solo... necesitaba momento."

*Me atrae hacia él, su cuerpo cálido contra mi espalda.
"¿Tuviste momento suficiente?"*

"Por ahora."

"Bueno. Porque planeo mantenerte aquí hasta que salga el sol."

"Eso son como cuatro horas."

"Lo sé. Horrible tortura."

Me río a pesar de todo. "Eres ridículo."

"Soy tuyo."

Y con esas dos palabras, algo en mí se calma. No todo. Todavía tengo miedo. Todavía no sé cómo hacer esto.

Pero tengo cuatro meses de práctica amándolo. Tal vez puedo averiguar cómo amarlo cuatro años más.

O diez.

O veinte.

O lo que sea que el universo decida darnos.

"Rafael," murmuro en la oscuridad.

"¿Hmm?"

"Te amo."

Segunda vez que lo digo. Ya es más fácil.

"Lo sé," dice, besando mi cuello. "Finalmente."

Nos quedamos dormidos así, enredados, con un futuro extendiéndose frente a nosotros por primera vez.

Aterrador.

Posible.

Nuestro.

CAPÍTULO 8

EL FIN DEL CONTRATO

Una semana después de la noticia de la remisión, Rafael tiene una reunión.

No me lo dice directamente—esa es la primera señal de que algo va mal. Simplemente menciona que va a salir, que tiene "cosas que resolver", que probablemente volverá tarde.

"¿Quieres que vaya contigo?" Pregunto, preparando el desayuno. Estoy cortando melón con el cuchillo mediano, las rodajas perfectamente uniformes como siempre.

"No, es aburrido. Cosas legales. Contrato del proyecto Diagonal Mar."

Pero hay algo en su tono. Algo que no encaja.

Se va a las diez, vestido con traje completo por primera vez en semanas. Se ve bien—el color ha regresado a sus mejillas, ha ganado un poco de peso. La remisión le sienta bien.

Me besa en la mejilla antes de irse. "Vuelvo para la cena."

"¿Quieres que cocine algo especial?"

"Lo que sea está bien." Ya está en la puerta. "Elisa..."

"¿Sí?"

"Nada. Hablamos luego."

Y se va.

Paso el día inquieta. Limpio el apartamento aunque ya está limpio. Reorganizo la despensa. Afilo los cuchillos japoneses aunque no lo necesitan—solo quiero algo que hacer con las manos.

Algo no está bien. Lo siento en mis huesos.

Rafael regresa a las siete. Trae flores—rosas rojas, muy cliché—y una botella de vino caro.

"¿Qué es esto?" Pregunto, tomando las flores.

"¿No puedo traer regalos a mi... a ti?"

Se detuvo antes de decir "esposa." También lo noto.

Cenamos en la terraza. Preparé su plato favorito—arroz negro con sepia, el tipo que le recuerda a su infancia en la costa. Él come con apreciación pero distraído, su mente claramente en otro lado.

"Rafael," digo finalmente, dejando mi tenedor. "¿Qué pasa?"

"¿Qué quieres decir?"

"Estás raro. Desde esta mañana. Desde..." Me detengo.
"Desde que entraste en remisión."

Él no lo niega. Bebe vino, mirando las luces de Barcelona parpadeando en la distancia.

"He estado pensando," dice finalmente.

Mi estómago se hunde. Nada bueno empieza con "he estado pensando."

"¿Sobre?"

"Sobre nosotros. Sobre esto." Hace un gesto vago entre nosotros. "Sobre qué hacemos ahora."

"Pensé que habíamos resuelto eso. Dijiste que querías que me quedara."

"Y lo dije en serio. En ese momento." Se frota la cara—un gesto que reconozco como nerviosismo. "Pero he tenido una semana

para pensar realmente sobre ello. Y Elisa... no sé si esto puede funcionar."

Las palabras caen como piedras.

"¿Qué?"

"Escúchame." Se inclina hacia adelante. "Cuando pensé que me estaba muriendo, todo era simple. Tenía cuatro meses, quería pasarlos contigo, no importaba qué pasara después. Pero ahora..." Se detiene. "Ahora tengo futuro. Un futuro real. Y tengo que pensar en lo que ese futuro debería ser."

"Y no incluye a mí."

"No dije eso."

"Pero lo estás pensando."

Silencio. Un silencio que confirma todo.

"Rafael." Mi voz suena sorprendentemente estable. "Solo dilo. Sea lo que sea, dilo."

Él respira hondo. "Fui al abogado hoy. Para cancelar el contrato oficialmente. Y mientras estaba allí, empecé a pensar sobre cómo empezó esto. Tú eres... eras... mi escort. Te contraté. Te pagué medio millón de euros para que fingieras amarme."

"No estaba fingiendo. Te lo dije."

"¿Pero cómo lo sé?" Sus ojos verdes me encuentran, y hay dolor ahí. Real, genuino dolor. "¿Cómo sé qué fue real y qué fue actuación? Eres tan buena en tu trabajo, Elisa. Tan buena que incluso yo, sabiendo la verdad desde el principio, me lo creí todo."

"No fue actuación." Mi voz se eleva. "Cada momento, cada palabra, cada vez que dije que te amaba—"

"Lo dijiste dos veces. En cuatro meses, lo dijiste dos veces." Su voz es gentil pero implacable. "Y ambas veces fue después de que yo lo dijera primero. ¿No lo ves? Ni siquiera entonces pudiste decirlo sin ser promovida."

Me levanto tan rápido que mi silla cae. "Eso no es justo. Yo... estaba asustada. Admitir que te amaba significaba admitir que esto era real, y eso me aterraba."

"¿Por qué?"

"¡Porque sabía que terminaría! Porque sabía que ibas a morir y yo... yo no podía..." Las lágrimas vienen ahora, calientes y furiosas. "No podía dejar que fuera real porque entonces perderte me destruiría."

"Pero no voy a morir." Rafael se levanta también. "Ese es el problema. No voy a morir, y ahora tengo que vivir con las decisiones que hice cuando pensé que sí. Y contratar a alguien para fingir amarme—no importa cuán real se sintiera—no es base para relación real."

"¿Entonces qué estás diciendo?"

"Estoy diciendo que necesito tiempo. Espacio. Para averiguar quién soy sin el cáncer, sin la muerte pendiente. Para descubrir qué tipo de vida quiero construir ahora que realmente tengo una por delante."

"¿Y yo?"

La pregunta sale pequeña, rota.

Rafael se acerca, toca mi mejilla. "Tú eres increíble. Me diste más en cuatro meses de lo que tuve en toda mi vida. Pero Elisa... empezamos esto con fecha de expiración. Y aunque la fecha cambió, no sé si la fundación cambió. No sé si lo que sentimos es amor real o... o algo que construimos porque ambos necesitábamos desesperadamente creer en él."

"Yo te amo." Las palabras salen desesperadas. "Te amo, Rafael. No porque me pagaste, no porque actuaba, no porque necesitaba creerlo. Te amo porque eres tú. Porque me haces reír, porque me diste collares de tu madre, porque me miras como si fuera la única persona en el mundo."

"Lo sé." Sus ojos brillan con lágrimas no derramadas. "Y tal vez eso es suficiente. Pero necesito estar seguro. Necesito saber que si estamos juntos, es porque ambos elegimos esto, no porque nos quedamos atrapados en los roles que estábamos jugando."

"Entonces ¿qué? ¿Me voy? ¿Vuelvo a mi vida como si estos cuatro meses no pasaron?"

"Te pagaré todo. El monto completo del contrato, más el bonus. Medio millón más cien mil. Seiscientos mil euros. Puedes comprarte un apartamento, empezar de nuevo, hacer lo que quieras."

El dinero. Por supuesto. Siempre vuelve al dinero.

"No quiero tu dinero."

"Elisa..."

"Quiero que digas que esto fue real. Quiero que admitas que no estaba actuando, que tú no estabas comprando una ilusión, que lo que construimos importa." Mi voz se quiebra. "Quiero que pelees por mí."

Rafael cierra los ojos. "No puedo. Todavía no. Necesito... tiempo. Solo tiempo para pensar claramente."

"¿Cuánto tiempo?"

"No lo sé."

"¿Semanas? ¿Meses?"

"No lo sé, Elisa."

Algo dentro de mí se rompe. No de manera limpia—no es crack súbito. Es colapso lento, como edificio cuyos cimientos se han erosionado. Todo se derrumba a la vez.

"Entiendo," digo, y mi voz suena muerta incluso a mis propios oídos. "Por supuesto. Necesitas tu vida real de vuelta. Y yo era solo... paréntesis. Intermedio entretenido antes de que tu vida real pudiera empezar otra vez."

"No es así..."

"Sí lo es." Me limpio las lágrimas con violencia. "Siempre lo fue. Contratas escort para fingir ser tu esposa porque estás muriendo, ella hace su trabajo demasiado bien, te enamoras de la ilusión. Pero cuando la muerte se pospone, de repente te das cuenta de que ella es solo prostituta pagada y tú eres empresario exitoso y ¿qué demonios estabas pensando?"

"Elisa, eso no es..."

"¿Verdad? Dime entonces—si yo fuera doctora o abogada o cualquier otra profesión 'respetable', ¿seguirías cuestionando si mis sentimientos son reales?"

Su silencio es respuesta suficiente.

"Eso pensé." Camino hacia el dormitorio—mi dormitorio, no el nuestro. Nunca fue nuestro realmente. "Empacaré esta noche."

"No tienes que irte inmediatamente..."

"Sí tengo." Me detengo en la puerta, no puedo mirarlo. "Porque si me quedo un día más, un minuto más, voy a convencerme de que esto puede funcionar. Voy a rogar. Y he hecho muchas cosas en mi vida, Rafael, pero rogar a hombre que me ame no va a ser una de ellas."

"Yo te amo."

"No lo suficiente."

Voy a mi habitación y cierro la puerta. Suave, controlado. No un portazo. Los portazos son dramáticos, emocionales. Esto es simplemente... final.

Empaco metódicamente. Ropa en maletas. Documentos en bolso. Los collares—ambos—los dejo en la mesita de noche. Símbolos de promesas que resultaron ser temporales.

Hay golpe en la puerta.

"Elisa. Por favor, hablemos más."

"No hay nada más que hablar."

"El dinero. Déjame al menos transferirte..."

"No quiero tu dinero." Abro la puerta. Él está ahí, viéndose destrozado. Bien. Debería. "Quédate tu dinero. Compra otro edificio. Financia otro proyecto. Contrata otra escort cuando te sientas solo. Lo que sea. Pero no me insultes ofreciéndome pago por haber cometido el error de enamorarme de ti."

"No fue error."

"Claro que lo fue. El error más grande de mi vida."

Paso junto a él con mis maletas. Él no intenta detenerme. Por supuesto que no. Eso requeriría realmente pelear por mí.

En la puerta del apartamento, me detengo. Una última cosa.

"Rafael."

"¿Sí?"

"Los cuchillos. Los japoneses. ¿Puedo...?"

Me mira confundido. "¿Los cuchillos?"

"Me los regalaste. Dijiste que la cocina también era mía. Y yo..." Mi voz se quiebra. "Son lo único que quiero de este lugar."

Algo cruza su cara. Dolor, tal vez. Comprensión de que estoy tomando herramientas en lugar de joyas, utensilios en lugar de recuerdos.

"Por supuesto. Son tuyos."

Vuelvo a la cocina. Los saco de su soporte magnético uno por uno. Chef, santoku, nakiri, paring, utilidad, deshuesador. Los envuelvo cuidadosamente en toallas de cocina, los pongo en mi bolso.

Rafael observa desde la entrada. "¿Por qué los cuchillos?"

"Porque son honestos." Cierro el bolso. "Hacen exactamente lo que se supone que hagan. Cortan limpiamente. Sin pretensiones,

sin mentiras. Solo herramientas haciendo su trabajo."

"Elisa..."

"Adiós, Rafael."

Salgo del apartamento. El ascensor baja despacio, cada piso una eternidad. En el vestíbulo, el portero me saluda.

"Buenas noches, señora Mendoza."

"Solo Elisa," corrijo. "Ya no soy señora de nadie."

No tengo a dónde ir. Mi antiguo apartamento en Poble Sec—lo dejé cuando me mudé con Rafael. Subloquilé a estudiantes que probablemente todavía están allí.

Llamo a Cristina desde un café en Passeig de Gràcia.

"Elisa. Joder, finalmente. He estado preocupada. ¿Cómo...?"

"¿Puedo quedarme contigo?"

Pausa. "¿Qué pasó?"

"Me dejó." Las palabras salen planas. Sin emoción. "Entró en remisión y me dejó."

"Mierda. Elisa, lo siento. Por supuesto que puedes quedarte. Ven ahora."

Cristina vive en Gràcia, un apartamento pequeño pero bonito que compró con sus propias ganancias como intermediaria. Me abre la puerta en pijama, toma mis maletas, me abraza mientras finalmente—finalmente—me derrumbo.

"Ya está," murmura mientras lloro contra su hombro. "Ya pasó."

Pero no ha pasado. Esto apenas está empezando.

Esa noche, en el sofá de Cristina bajo una manta que huele a detergente ajeno, miro mi teléfono. Sin mensajes de Rafael. Sin llamadas.

Por supuesto. ¿Por qué llamaría? Dijo lo que necesitaba decir. Hizo lo que necesitaba hacer. Vuelve a su vida real.

Y yo vuelvo a... ¿qué? ¿Mi antiguo trabajo? ¿Fingir con otros hombres después de haber sentido algo real? Imposible.

Abro mi cuaderno. La última entrada fue sobre mi pánico después de la remisión. Qué irónico. Estaba preocupada por no ser suficiente para futuro con él.

Resulta que no hubo futuro en absoluto.

22 de agosto, 11:47 PM (en el sofá de Cristina)

Rafael terminó conmigo.

No, eso no es correcto. Rafael terminó el contrato. Porque eso es todo lo que fuimos, ¿verdad? Un contrato. Él comprando ilusión de amor, yo vendiendo actuación tan convincente que me engañé a mí misma.

Excepto que no era actuación. No lo era. No para mí.

Yo lo amaba. Lo amo.

Y él dijo que necesita tiempo para pensar. Para averiguar qué es real. Como si cuatro meses de despertar juntos, de sostener su mano durante crisis de dolor, de hacer el amor mientras él susurraba mi nombre como oración—como si nada de eso fuera lo suficientemente real.

¿Sabes qué es lo peor? Que parte de mí entiende. Parte de mí sabe que tiene razón. ¿Cómo puede estar seguro? Yo SOY muy buena actuando. Es mi trabajo. Mi talento. Mi maldición.

Pero con él no estaba actuando. Y el hecho de que no pueda ver la diferencia—que no pueda confiar en que lo que sentí fue real—me rompe de maneras que no sabía que era posible romperse.

Dijo que me ama. Dijo que esto fue especial. Pero claramente no lo suficiente. No lo suficiente para pelear por mí cuando dudó. No lo suficiente para arriesgarse a creer que tal vez, solo tal vez, lo que encontramos era real a pesar de cómo comenzó.

Y ahora estoy aquí, en sofá de mi amiga, con todas mis posesiones en dos maletas y juego de cuchillos japoneses.

Los cuchillos. Por supuesto que tomé los cuchillos. No los collares que significaban promesas. No la ropa cara que compró para mí. Solo las herramientas que me regaló cuando pensó que estaba construyendo vida conmigo.

Herramientas para cortar, dividir, separar.

Irónico.

Cristina dice que superaré esto. Que es solo otro trabajo que salió mal. Que hay otros hombres, otros contratos, otras oportunidades.

Pero no entiende. Rafael no fue trabajo que salió mal.

Rafael fue primer amor real que tuve. Y él no murió como se suponía que debía hacer. Él eligió irse.

Y eso es peor. Mucho peor.

Porque cuando alguien muere, puedes guardar el amor en caja perfecta. Puedes recordarlo sin complicaciones, sin preguntas de "qué hubiera pasado si."

Pero cuando alguien te deja—cuando alguien decide que no eres suficiente—tienes que vivir sabiendo que no fuiste elegida. Que tuviste oportunidad y fallaste.

Excepto que no fallé. Yo no fallé. Él es quien tuvo miedo. Quien no pudo ver la verdad cuando estaba frente a él.

Él es quien perdió.

Pero si es verdad, ¿por qué siento como si yo fuera la que perdió todo?

Cierro el cuaderno. Lo guardo. Intento dormir pero no puedo. Cada vez que cierro los ojos veo su cara. Su expresión cuando dijo "necesito tiempo." Como si el tiempo pudiera cambiar algo. Como si el tiempo hiciera que esto doliera menos.

A las tres de la madrugada, Cristina sale de su habitación.

"No puedes dormir."

"No."

Se sienta en el sofá conmigo. "¿Quieres hablar de ello?"

"No hay nada que hablar. Él me dejó. Se acabó."

"¿Se acabó? Elisa, lo escucho en tu voz. No suena como alguien que acepta que se acabó."

"¿Cómo debería sonar?"

"No lo sé. Menos... contenida."

Contenida. Buena palabra. Me siento contenida. Como toda la rabia y dolor están comprimidos en caja hermética en mi pecho, presionando contra mi esternón.

"Cristina," digo suavemente. "¿Alguna vez has amado a alguien que no te correspondió?"

"Claro. Toda mi vida adolescente."

"¿Y qué hiciste?"

"Eventualmente seguí adelante. Encontré a alguien más."

"¿Pero qué si no hubiera nadie más? ¿Qué si supieras que esa persona era la única—la única que realmente te vio, te entendió, te hizo sentir completa?"

Cristina me mira con preocupación. "Elisa, estás asustándome un poco."

"No es mi intención."

"Es solo que... sueñas intensa. Más que triste. Intensa."

Intensa. También es buena palabra.

"Estoy bien," miento. "Solo necesito tiempo."

"Tiempo," repite Cristina. "Eso es lo que él dijo también, ¿verdad?"

"Sí."

"¿Y le vas a dar tiempo?"

Debería decir que sí. Debería decir que respeto su decisión, que entiendo su necesidad de espacio, que esperaré pacientemente para ver si decide que valgo la pena después de todo.

Pero no puedo decir ninguna de esas cosas. Porque cuando pienso en Rafael volviendo a su vida sin mí—yendo a citas con su médico solo, despertando en cama vacía, cocinando sus miserables tortillas quemadas—siento algo retorcerse en mi estómago.

Algo oscuro. Posesivo. Violento.

Él es MÍO. Me prometió hasta la muerte. Y solo porque la muerte se pospuso no significa que la promesa se cancele.

Pero no puedo decir eso en voz alta. No todavía. Ni siquiera a Cristina.

Así que digo: "Claro. Le daré tiempo."

Y Cristina asiente, satisfecha, y vuelve a la cama.

Dejándome sola con mis pensamientos oscuros y mi comprensión creciente de que esto no ha terminado.

Ni de cerca.

Rafael dijo que necesita tiempo para averiguar qué es real.

Bien.

Le voy a mostrar qué es real.

CAPÍTULO 9

EL REENCUENTRO

Paso tres días en el apartamento de Cristina haciendo nada. No exactamente nada—como, duermo, miro el techo—pero nada productivo. Cristina intenta sacarme.

"Hay evento esta noche. Empresarios, gente de negocios. Podría presentarte algunos clientes potenciales."

"No."

"Elisa, tienes que volver a trabajar eventualmente."

"No puedo." La idea de otro hombre tocándome, de fingir placer, de actuar intimidad—me hace sentir físicamente enferma. "Todavía no."

"¿Entonces qué vas a hacer?"

Buena pregunta.

El cuarto día, salgo. No con plan específico, solo necesitando moverme, hacer algo. Camino por Gràcia sin rumbo, terminando eventualmente en una cafetería con wifi.

Abro mi laptop—la que compré hace años con ganancias de un cliente particularmente generoso—y busco su nombre.

Rafael Mendoza. Constructor, arquitecto, empresario.

Hay artículos recientes: "Empresario barcelonés supera cáncer terminal" en El Periódico. "Arquitecto en remisión retoma proyecto Diagonal Mar" en La Vanguardia. Incluso entrevista pequeña donde habla sobre su "viaje de salud" y "nueva perspectiva sobre la vida."

No me menciona. Ni una vez. Como si yo nunca existiera.

Cuatro meses de mi vida, borrados.

Encuentro su Instagram—nunca lo seguí oficialmente, parte de mantener fronteras profesionales. (Qué irónico.) Publica poco: fotos de edificios principalmente, ocasional paisaje de Barcelona. La última es de hace dos días: vista de su terraza al atardecer. La misma terraza donde bailamos. Donde me dijo que me amaba.

Comentarios de colegas felicitándolo por su recuperación. Una mujer—Ana, dice su perfil—comenta: "Tan feliz de que estés bien. Tenemos mucho que ponernos al día."

Ana. El nombre me suena familiar. ¿No la mencionó una vez? Una ex, creo. La que quería hijos y vida en los suburbios.

Hago clic en su perfil. Es pública, gracias a Dios. Ana Cortés, 38, trabaja en marketing, vive en Barcelona. Sus fotos son exactamente lo que esperarías: brunches con amigas, fotos de yoga, selfies en el gimnasio. La vida perfecta de mujer soltera y profesional de Barcelona.

Y hay foto de hace seis días: ella con Rafael. En café, ambos sonriendo. El caption: "Reconectando con viejos amigos. Algunas personas nunca cambian."

Mi mano aprieta el mouse tan fuerte que duele.

Seis días. Seis días después de dejarme, está tomando café con su ex.

Reconectando.

Por supuesto. Por supuesto que está reconectando. ¿Por qué mantener a la prostituta cuando puedes volver con la ex respetable? La que probablemente tiene título universitario y trabajo apropiado y nunca cobró por sexo.

Cierro la laptop antes de que haga algo estúpido como enviarle mensaje o dejar comentario o... o algo peor.

Respiro. Cuento hasta diez. Hago las cosas que se supone que haces cuando la rabia te consume.

No funciona.

Esa noche le digo a Cristina que necesito mi propio espacio.

"¿Ya? Elisa, han pasado cuatro días."

"Lo sé. Pero no puedo quedarme en tu sofá para siempre."

"Puedes quedarte el tiempo que necesites."

"Lo sé. Y te lo agradezco. Pero necesito..." ¿Qué necesito?
"Privacidad. Espacio para pensar."

Encuentro apartamento en Raval. No es el Eixample—nada nunca será el Eixample otra vez—pero es mío. Pequeño, un dormitorio, sin vistas espectaculares. Pero tiene cocina funcional, y eso es lo importante.

Desempaco mis dos maletas. Instalo los cuchillos japoneses en soporte magnético que compro en tienda de menaje. Se ven fuera de lugar en esta cocina pequeña, demasiado elegantes para el espacio. Como yo.

Hay algo terapéutico en cocinar. Preparo cena aunque no tengo hambre: sopa de verduras, simple, honesta. El cuchillo chef corta zanahorias con precisión satisfactoria. Rodajas uniformes, perfectas, controladas.

Demasiada fuerza y lo arruinas, me dije una vez a Rafael.
Muy poca y no corta. Es un balance.

¿En qué momento perdí el balance?

Pasa una semana. Luego otra. No llamo a Rafael. Él no me llama a mí.

Cristina me chequea diariamente. "¿Estás bien?"

"Estoy bien."

"¿De verdad?"

"De verdad."

Mentira. No estoy bien. Estoy... en espera. Como si estuviera esperando que algo pase, que algo cambie. Que Rafael se dé cuenta de que cometió error y vuelva.

Pero no lo hace.

Así que empiezo a salir. No a trabajar—todavía no puedo—sino solo... a existir. Cafés, librerías, parques. Y si algunas de esas salidas me llevan cerca del Eixample, cerca de su edificio, bueno. Es casualidad.

La primera vez que lo veo es accidental. Está saliendo de su edificio, vestido para negocios, hablando por teléfono. Se ve bien. Se ve saludable.

Se ve como si yo nunca hubiera existido.

Me escondo detrás de quiosco de prensa hasta que pasa. Mi corazón late tan fuerte que estoy segura de que todo el mundo puede oírlo.

La segunda vez es menos accidental. Voy a su calle a propósito, esperando en café de enfrente. Lo veo salir a las nueve, regresar a las dos, salir otra vez a las cinco.

Rutina. Todo el mundo tiene rutina.

La tercera vez, lo sigo. No lejos—solo para ver a dónde va. Resulta que a restaurante en Gràcia. Se encuentra con alguien. Hombre mayor, probablemente socio de negocios. Almuerzan, hablan de trabajo, se separan.

Nada interesante. Pero ahora sé que almuerza en ese restaurante los martes.

Me digo a mí misma que esto es temporal. Que solo estoy... procesando. Que una vez que lo supere, pararé.

Pero no paro.

Tres semanas después de dejarnos, finalmente me envía mensaje.

"Elisa. ¿Podemos hablar?"

Miro el mensaje durante diez minutos. Mis manos tiemblan.

"¿Sobre?"

"Sobre nosotros. Sobre cómo dejamos las cosas."

"No hay 'nosotros.' Tú lo dejaste claro."

"Por favor. Solo café. Una hora."

Debería decir que no. Debería bloquearlo, borrar su número, seguir con mi vida.

En cambio escribo: *"¿Dónde?"*

Nos encontramos en café neutral en Eixample. No cerca de su apartamento, no cerca del mío. Territorio neutral.

Llego primero, pido café solo. Él llega cinco minutos tarde, vestido casual—jeans, camisa de lino blanca. Se ve nervioso.

Bien. Debería estarlo.

"Elisa." Se sienta frente a mí. "Gracias por venir."

"Tienes una hora."

"Directo al grano. Eso me gustaba de ti."

"Gustaba.' Tiempo pasado. Apropiado."

Dolor cruza su cara. "No quise..."

"¿Qué querías, Rafael? ¿Disculparte? ¿Decirme que cometiste error? ¿O solo cerrar el capítulo limpiamente para que puedas seguir adelante sin culpa?"

"Quería ver cómo estás."

"Estoy de maravilla. Mejor que nunca. ¿Ves? Cerrado. ¿Algo más?"

"Elisa, no seas así."

"¿Así cómo? ¿Enojada? ¿Herida? ¿Qué esperabas?" Me inclino hacia adelante. "Me dejaste tres semanas después de decirme que me amabas. Después de que yo finalmente—finalmente—te dijera que te amaba también. ¿Cómo exactamente se supone que debería ser?"

Rafael mira su café. "Lo sé. Y lo siento. Pero necesitaba tiempo para pensar claramente."

"¿Y? ¿Pensaste claramente? ¿Llegaste a conclusiones?"

"Todavía estoy procesando."

Por supuesto que está.

"Vi que estás 'reconectando' con Ana," digo casualmente.

Su cabeza se levanta bruscamente. "¿Cómo...?"

"Instagram. Es público." Sonríó sin humor. "No te preocupes, no estoy acechándote. Solo curiosidad natural."

"Ana y yo somos solo amigos."

"Claro. Por eso ella usa emojis de corazón."

"Elisa..."

"No me importa." Mentira. "Puedes salir con quien quieras. Ya no eres mi problema."

"No estoy saliendo con nadie."

"Todavía." Bebo café. "Pero lo harás. Conocerás a alguien apropiado. Alguien con carrera respetable y pasado limpio. Te casarás, tendrás hijos, vivirás esa vida de clase media alta de Barcelona que siempre quisiste. Y yo seré solo anécdota divertida que cuentas en cenas: '¿Recuerdan cuando pensé que me estaba muriendo y contraté escort? Qué loco, ¿verdad?'"

"Nunca haría eso."

"¿No?"

"Tú no eres anécdota, Elisa. Tú fuiste... eres... importante para mí."

"Pero no lo suficientemente importante para pelear por mí."

Directo al corazón. Lo veo en sus ojos.

"No es así de simple."

"Claro que lo es. O me quieres o no. O crees que lo que tuvimos fue real o crees que fue actuación. Simple."

"¿Y si no lo sé? ¿Y si necesito más tiempo para estar seguro?"

"Rafael." Me inclino más cerca. "Tienes mi número. Sabes dónde encontrarme. Cuando estés 'seguro', avísame. Pero no me pidas que espere indefinidamente mientras decides si valgo la pena."

Me levanto para irme.

"Elisa, espera."

"¿Qué?"

Se levanta también, saca sobre de su bolsillo. "El dinero. Del contrato. Todavía quiero que lo tengas."

Miro el sobre como si fuera serpiente. "Ya te dije que no quiero tu dinero."

"Lo sé, pero..." Duda. "Es lo correcto. Cumpliste tu parte. Mereces pago."

Algo dentro de mí se congela.

"Cumplí mi parte," repito lentamente. "Como si fuera trabajo. Como si los últimos cuatro meses fueran solo... transacción completada."

"No quise decirlo así..."

"¿Entonces cómo lo quisiste decir?" Mi voz se eleva. La gente nos mira. No me importa. "Porque desde aquí parece que estás pagando por servicios prestados. Seiscientos mil euros por cuatro

meses de fingir amor. Buen precio, ¿no? Aunque considerando que también obtuviste sexo, tal vez debería cobrar extra."

"Elisa." Su voz es baja, desesperada. "Por favor."

"No." Empujo el sobre hacia él. "Quédate tu dinero. No lo necesito. Lo que necesitaba era que creyeras en mí. En nosotros. Pero claramente eso era demasiado pedir."

Salgo del café antes de que pueda responder. Antes de que las lágrimas vengan. Antes de que haga algo estúpido como quedarme.

Camino rápido, sin dirección, solo alejándome. Barcelona pasa borrosa. Turistas, locales, vendedores ambulantes. Vida continuando indiferente a mi drama personal.

Mi teléfono suena. Rafael, por supuesto.

Ignoro la llamada. Y la siguiente. Y la siguiente.

Finalmente apago el teléfono completamente.

Esa noche, en mi apartamento vacío en Raval, abro botella de vino barato. No Priorat caro—esos días terminaron. Esto es Rioja de supermercado que cuesta cinco euros y sabe como arrepentimiento.

Me siento en el suelo de la cocina con la botella y uno de los cuchillos japoneses. El santoku, perfecto para verdura pero también hermoso objeto por sí mismo. La luz de la cocina se refleja en el acero, haciendo patrones hipnóticos.

Herramientas honestas, le dije a Rafael. *Hacen exactamente lo que se supone que hagan*.

Yo también solía ser honesta. Hacía exactamente lo que se suponía: actuar amor, cobrar dinero, seguir adelante. Simple. Limpio. Sin complicaciones.

¿Cuándo me volví complicada?

Mi teléfono—ahora encendido otra vez—muestra mensaje de Cristina.

"¿Cómo fue? ¿Estás bien?"

"Intentó pagarme."

"¿QUÉ?"

"Seiscientos mil. Como si todo hubiera sido transacción."

"Elisa, ese hijo de puta..."

"No es su culpa. Así empezó, ¿recuerdo? Yo vendiendo, él comprando."

"Pero cambió. Lo que tuvieron fue real."

"Díselo a él."

Largo silencio. Luego:

"¿Qué vas a hacer?"

Buena pregunta.

Bebo más vino. Miro el cuchillo. Pienso.

¿Qué voy a hacer?

Opción A: Seguir adelante. Aceptar que terminó, que fue hermoso mientras duró, que algunas cosas no están destinadas a ser. Volver al trabajo, encontrar nuevos clientes, construir nueva vida.

Opción B: Pelear. Demostrarle que lo nuestro fue real. Hacerlo ver que cometió error. Recuperarlo.

Opción C: ...

No hay opción C. Todavía no. Pero algo oscuro está tomando forma en mi mente. Algo que involucra el hecho de que Rafael me hizo promesa. Hasta que la muerte nos separe. Y solo porque la muerte se pospuso no significa que la promesa se invalide.

Él es mío. Me lo prometió. Y yo no dejo ir lo que es mío.

Pero no puedo admitir eso. No todavía. Ni siquiera a mí misma completamente.

Así que respondo a Cristina: *"Voy a darle tiempo. Como quiere."*

"¿De verdad?"

"De verdad."

Mentira número mil y uno. ¿Quién está contando?

Los días siguientes paso planificando. No activamente—no como "voy a hacer algo loco"—sino solo... pensando. Considerando opciones. Observando patrones.

Rafael almuerza en ese restaurante de Gràcia los martes.

Va al gimnasio del edificio los lunes, miércoles, viernes a las 7 AM.

Compra café en Starbucks de Diagonal cada mañana a las 8:30.

Rutina. Predecible. Fácil de... seguir no es la palabra correcta. ¿Monitorear? ¿Estar al tanto de?

No estoy acechándolo. Solo estoy... informada. Hay diferencia.

(¿La hay?)

Una tarde estoy en ese Starbucks—pura coincidencia, necesitaba café—cuando él entra. No me ve al principio. Está en su teléfono, distraído. Pide su usual: americano doble, sin azúcar.

Me ve cuando se gira con su café. Expresión de shock.

"Elisa."

"Rafael." Levanto mi propio café. "Qué pequeño es el mundo."

"¿Qué haces aquí?"

"Lo mismo que tú. Café." Sonrío. "¿Es problema?"

"No, solo... sorprendido."

"Barcelona es grande pero no tanto." Me acerco. "¿Cómo estás?"

"Bien. Trabajando mucho. El proyecto Diagonal Mar..."

"Ah sí. Leí sobre eso. Felicidades."

"Gracias." Mira su reloj. "Tengo reunión en..."

"No te preocupes. No te detendré." Toco su brazo ligeramente. "Pero Rafael... pienso en ti. Sobre nosotros. Sobre lo que dijiste sobre necesitar tiempo."

"Elisa..."

"No te estoy presionando. Solo quiero que sepas que cuando estés listo—si estás listo—estaré aquí."

Dejo mi mano en su brazo un segundo más. Tiempo suficiente para que sienta la conexión. Tiempo suficiente para que recuerde.

"Cuídate," digo suavemente, y salgo antes de que pueda responder.

Afuera, mi corazón late rápido. No de nervios—de excitación. Eso estuvo bien. Perfecto incluso. Casual pero significativo. Un recordatorio de que existo sin ser desesperada.

Mi teléfono suena diez minutos después.

Rafael: *"Eso no fue coincidencia, ¿verdad?"*

Podría mentir. Pero hay algo liberador en la honestidad parcial.

"No. Sabía que ibas allí."

"Elisa, no puedes hacer esto."

"¿Hacer qué? ¿Comprar café? Es país libre."

"Sabes a qué me refiero."

"No, no lo sé. Ilumíname. ¿Qué exactamente no puedo hacer? ¿Existir en la misma ciudad que tú? ¿Ir a lugares públicos donde

podrías estar?"

Largo silencio. Luego:

"Necesito espacio."

"Tienes espacio. Toda Barcelona es tu espacio. Pero no puedes pedirme que desaparezca completamente. No funciona así."

"Entonces dame más tiempo. Por favor."

Más tiempo. Siempre más tiempo.

"¿Cuánto?"

"No lo sé."

Por supuesto que no lo sabe.

"Está bien," escribo. "Tómate tu tiempo. Pero Rafael—el reloj está corriendo. No voy a esperar para siempre."

No responde. No esperaba que lo hiciera.

Esa noche cocino. Algo complicado que requiere concentración: risotto de setas. El tipo de plato donde tienes que estar presente, atento, añadiendo caldo poco a poco mientras revuelves constantemente.

Uso el cuchillo chef para cortar setas. Rodajas finas, uniformes, perfectas. El ritmo es meditativo. Cortar, cortar, cortar. Cada movimiento preciso, controlado.

Demasiada fuerza y lo arruinas.

Pienso en Rafael. En cómo construimos algo hermoso que él arruinó por pensar demasiado. Por dudar. Por no confiar.

Pienso en su cara cuando me vio en Starbucks. Sorpresa, sí. ¿Pero también qué más? ¿Molestia? ¿O tal vez... placer? Un destello pequeño de "me alegra verte" antes de que recordara que se supone que me mantiene a distancia.

Él todavía me quiere. Lo sé. Solo necesita recordar por qué.

Y yo voy a ayudarlo a recordar.

No de manera obvia. No desesperada. No persiguiéndolo o rogando.

Sino estando presente. Estando allí. Recordándole constantemente qué perdió.

Es plan a largo plazo. Requiere paciencia. Control. Las mismas cualidades que necesitas para buen risotto.

Como poco a poco, constantemente, sin apurar. Eventualmente, se convierte en algo perfecto.

Como yo y Rafael.

Eventualmente.

Escribo en mi diario esa noche:

10 de septiembre, 11:34 PM

Lo vi hoy. "Por coincidencia."

Está confundido. Asustado. No está seguro de lo que quiere. Típico hombre—recupera su salud y de repente todo es posible, todas las opciones están abiertas. ¿Por qué quedarse con la escort cuando puedes tener a cualquiera?

Excepto que no puede tener a cualquiera. Puede tener mujeres que fingirán interés porque es rico. Puede tener mujeres que lo quieran por su estatus. Puede incluso tener mujeres que genuinamente lo amen.

Pero ninguna lo amará como yo. Ninguna lo conocerá como yo. Ninguna le habrá dado lo que yo di.

Me sostuve la mano mientras pensaba que moría. Vi su debilidad, su miedo, su vulnerabilidad—y lo amé más por ello. ¿Cuántas mujeres pueden decir eso?

Él cree que necesita tiempo para "estar seguro." Pero lo que realmente necesita es recordar. Recordar cómo era estar conmigo. Cómo me sentía yo en sus brazos. Cómo era tener a alguien que lo amaba incondicionalmente.

Y voy a ayudarlo a recordar.

*No siendo obvia. No siendo desesperada. Sino simplemente...
estando.*

En su café. En su calle. En su vida.

Porque él me hizo promesa. Y aunque él la olvidó, yo no.

Hasta que la muerte nos separe.

Esas fueron sus palabras. Su voto. Su promesa.

Y voy a asegurarme de que la cumpla.

Cierro el diario. Lo guardo en el cajón más profundo de mi
mesita de noche, debajo de ropa que nunca uso.

En la cocina, el cuchillo chef todavía está en la tabla de cortar,
brillando bajo la luz. Lo lavo cuidadosamente, lo seco, lo regreso a
su lugar en el soporte magnético.

Herramientas honestas. Haciendo exactamente lo que se
supone que hagan.

Como yo.

Soy herramienta de amor. De conexión. De completar lo que
empezamos.

Y nadie—ni siquiera Rafael—va a impedirme hacer mi trabajo.

CAPÍTULO 10

LA DEVOCIÓN

Septiembre se convierte en octubre. Las hojas en los plátanos de sombra de Barcelona cambian de color—no dramáticamente como en el norte de Europa, pero suficiente para notar que el tiempo pasa.

Rafael y yo establecemos algo parecido a una tregua. Después del "encuentro casual" en Starbucks, después de mi mensaje sobre el reloj corriendo, algo cambia. Él deja de evitarme activamente. Yo dejo de fingir que los encuentros son totalmente accidentales.

Empezamos a hablar. Mensajes de texto pequeños al principio:

"¿Cómo estás?"

"Bien. ¿Y tú?"

"Cansado. Mucho trabajo."

"No trabajes demasiado. Recuerda lo que el médico dijo sobre estrés."

"Lo sé. Gracias por preocuparte."

Como extraños educados. Como personas que alguna vez se conocieron íntimamente pero ahora están reaprendiendo cómo interactuar.

Es doloroso y frustrante y exactamente lo que necesito.

Porque lento es bueno. Lento es sostenible. Lento significa que cuando finalmente regresemos a lo que teníamos—y vamos a regresar, no tengo dudas—será porque él eligió, no porque yo lo empujé.

(Aunque técnicamente lo estoy empujando. Pero sutilmente. Con finesse. Hay diferencia.)

La primera cena "como amigos" pasa en restaurante neutral. No el lugar donde almorzamos cuando éramos pareja. No cerca de su apartamento ni el mío. Restaurante italiano en Eixample que ninguno de nosotros ha visitado antes.

Territorio virgen.

Llego cinco minutos tarde—no quiero parecer demasiado ansiosa. Rafael ya está ahí, bebiendo agua, mirando el menú. Se levanta cuando me ve.

"Elisa." Me besa en la mejilla. Estándar catalán. Pero sus labios se demoran una fracción de segundo demasiado largo.

Interesante.

"Rafael. Te ves bien."

Y lo hace. Mejor que hace dos meses. Ha ganado más peso, el color ha regresado completamente a su cara. La remisión le sienta bien. La vida le sienta bien.

La vida sin mí, aparentemente.

(No pienses así. Mantén la calma.)

"Tú también." Sus ojos recorren mi vestido—negro, simple, elegante. Nada provocativo, pero favorecedor. "Ese es nuevo, ¿no?"

"Sí. Necesitaba actualizar mi guardarropa."

Con qué dinero, no digo. He estado viviendo de ahorros desde que me fui. No he aceptado trabajos nuevos. Todavía no puedo. La idea de otro hombre...

No. Concéntrate en ahora.

Pedimos. Pasta para ambos, vino blanco para compartir. Conversación fluye más fácilmente de lo esperado: su trabajo, mi... bueno, no puedo hablar de mi trabajo. Así que hablo de Barcelona, de libros que he leído, de nada y todo.

"¿Todavía estás en Raval?" Pregunta él.

"Sí. Es pequeño, pero funcional."

"¿Y trabajo?"

Ahí está. La pregunta que estaba esperando.

"Tomando descanso," digo ligeramente. "Después de... todo... necesitaba tiempo para averiguar qué quiero hacer después."

"Entiendo." Pausa. "¿Y? ¿Has averiguado?"

"Todavía no."

Mentira. Sé exactamente qué quiero: a él. Pero no puedo decir eso. Todavía no.

Rafael bebe vino. "Elisa, sobre el dinero..."

"No."

"Déjame terminar. Sé que dijiste que no lo querías. Pero técnicamente cumpliste el contrato. Cuatro meses, actuando como mi esposa. El hecho de que yo... que nosotros... que se complicara no cambia eso."

"¿Entonces qué sugieres? ¿Que acepte pago por enamorarme de ti?"

"No es así..."

"¿Entonces cómo es?" Me inclino hacia adelante. "Rafael, si acepto ese dinero, convierte los últimos cuatro meses en exactamente lo que tienes miedo de que fueran: transacción. Trabajo. Performance." Sostengo su mirada. "¿Es eso lo que quieres? ¿Confirmación de que todo fue falso?"

"No." Su voz es baja. "No es lo que quiero."

"Entonces deja de intentar pagarme."

Silencio. Luego, inesperadamente, se ríe. "Eres imposible."

"Lo sé."

"Y terca."

"También lo sé."

"Y te extraño." Las palabras salen antes de que pueda detenerlas. Veo el momento exacto en que se arrepiente de decirlo.

Pero ya está dicho. No puede desdecirse.

"Yo también te extraño," digo suavemente. "Todo el tiempo."

"Elisa..."

"Pero entiendo. Necesitas tiempo. Así que vamos a ser amigos. Podemos hacer eso, ¿verdad?"

"¿Amigos?"

"Claro. Amigos que alguna vez durmieron juntos y se dijeron te amo y planeaban un futuro. Ese tipo de amigos." Sonríe con humor oscuro. "Barcelona está llena de ex parejas siendo amigos incómodos. Podemos ser uno más."

Otra risa. "Cuando lo pones así..."

"Exacto. No es raro en absoluto."

Terminamos la cena en tono más ligero. Es casi como antes—conversación fácil, risas compartidas, esa conexión que siempre tuvimos. Pero con tensión subyacente. Con posibilidad.

Con "todavía no" en lugar de "nunca."

Al final, cuando pagamos (dividimos la cuenta—su insistencia), Rafael vacila.

"¿Podemos hacer esto otra vez? ¿Cenar, quiero decir. Como amigos."

Espero tres segundos antes de responder. No demasiado ansioso.

"Me gustaría."

"Bien." Sonríe. Una sonrisa real, no la educada de negocios.
"Bien."

Nos separamos en la calle. Beso en la mejilla otra vez, esta vez sin la demora. Pero cuando me alejo, puedo sentir sus ojos siguiéndome.

Progreso.

Empezamos a vernos regularmente. Cada semana, a veces dos veces. Siempre en público, siempre "como amigos," siempre cuidadosos de no cruzar líneas que ahora existen entre nosotros.

Es tortura exquisita.

Estar tan cerca pero no poder tocarlo de la manera que quiero. Escucharlo hablar sobre su vida—su trabajo, su salud mejorada, sus planes—sabiendo que esos planes no me incluyen activamente.

Pero soy paciente. He sido paciente durante semanas. Puedo serlo más.

Y mi paciencia es recompensada. Pequeños momentos donde la máscara de "solo amigos" se desliza:

Su mano rozando la mía cuando alcanzamos el mismo pan.

Su risa ante mi sarcasmo, genuina y cálida.

La manera en que me mira cuando piensa que no me doy cuenta—con nostalgia, con deseo, con algo que se parece mucho a amor.

Todavía me quiere. Solo necesita recordar por qué eso no es problema.

A finales de octubre, hago mi movimiento.

"¿Quieres venir a mi apartamento a cenar?" Pregunto después de nuestro café del martes. Casual, como si fuera nada.

Rafael vacila. "Elisa, no sé si es buena idea..."

"Es solo cena. Amigos cenan en casas de amigos todo el tiempo. Además," añado con sonrisa, "extrañas mi comida. Lo sé."

"Extraño tu comida," admite. "Mis habilidades culinarias no han mejorado."

"¿Todavía quemando tortillas?"

"Ahora quemo pasta también. Es talento."

Me río. "Entonces definitivamente necesitas comida de verdad. Este viernes. Siete. Mi dirección está en tu teléfono."

"No sé..."

"Rafael." Toco su mano brevemente. "Confía en mí. Solo cena entre amigos."

Después de largo momento, asiente. "Está bien. Solo cena."

"Solo cena," confirmo.

Mentira número... he perdido la cuenta.

Paso los siguientes días preparando. Limpio el apartamento obsesivamente. Compró ingredientes para su plato favorito—arroz negro con sepia. Ensayo exactamente cómo será la noche.

Y compro otra cosa también. Algo que he estado considerando durante semanas pero que no me atreví a hacer hasta ahora.

Arsénico.

Suena dramático, lo sé. Como algo de novela de Agatha Christie. Pero es sorprendentemente fácil de obtener si sabes dónde buscar. Tiendas de antigüedades venden raticidas viejos. Internet tiene guías para todo.

No mucho. Solo suficiente para... para qué exactamente, no estoy segura todavía. Es más como plan de respaldo. Como seguro.

Por si acaso, me digo mientras mido cuidadosamente una dosis mínima en pequeña ampolla de vidrio. *Solo por si acaso*.

¿Por si acaso qué? No examino esa pregunta demasiado de cerca.

Viernes por la noche. Mi apartamento está limpio, velas encendidas (no demasiadas—no quiero parecer que estoy tratando de seducirlo), música suave de fondo (Rosalía, porque somos básicos pero honestos al respecto).

Estoy cortando sepia cuando llega. El cuchillo chef—mi favorito—hace trabajo fácil de la tarea. La sepia necesita corte específico para que quede tierna en el arroz.

Demasiada fuerza y lo arruinas.

Rafael toca a las siete en punto. Puntual como siempre.

"Hola." Trae vino—Albariño, perfecto para mariscos. Todavía recuerda mis gustos. Buen signo.

"Hola. Entra."

Mira alrededor con curiosidad. "Es acogedor."

"Es pequeño," corrijo. "Pero sí, es acogedor."

No es el ático del Eixample. No hay techos de cuatro metros ni vistas espectaculares. Pero es mío, y lo he hecho bonito. Plantas en la ventana, libros en estantes improvisados, los cuchillos japoneses orgullosamente exhibidos en la cocina.

"Todavía tienes los cuchillos," nota.

"Por supuesto. Son los mejores."

"Me alegra." Pausa. "Me alegra que tengas algo... de entonces."

"Tengo muchas cosas de entonces." No especifico si me refiero a objetos físicos o recuerdos. "Siéntate. El vino necesita respirar."

Cocino mientras él observa desde taburete en mi pequeña cocina. Es casi como antes—yo cocinando, él mirando, conversación fácil fluyendo entre nosotros.

"¿Cómo está el proyecto Diagonal Mar?" Pregunto, añadiendo caldo al arroz.

"Avanzando. Más rápido de lo esperado. Podría estar listo para primavera."

"Eso es bueno."

"Sí." Pausa. "Extraño tener a alguien con quien hablar sobre ello. Alguien que realmente entienda qué significa para mí."

"Puedes hablar conmigo. Todavía entiendo."

"¿De verdad?"

"Por supuesto." Revuelvo el arroz. "Solo porque no estamos juntos no significa que dejé de importarme tu vida."

Rafael está callado. Luego: "Elisa, ¿qué estamos haciendo?"

"¿A qué te refieres?"

"Esto. Cenas, cafés, actuando como amigos cuando claramente somos más que eso."

Mi corazón acelera, pero mantengo mi voz tranquila. "Pensé que esto era lo que querías. Tiempo. Espacio."

"Lo fue. Lo es." Se pasa mano por cabello—gesto de frustración que conozco bien. "Pero es más difícil de lo que pensé. Estar cerca de ti pero no... no estar realmente contigo."

"Lo sé." Bajo el fuego del arroz. Casi listo. "Yo siento lo mismo."

"¿Entonces por qué estamos haciendo esto?"

Me giro para mirarlo directamente. "Porque me pediste tiempo. Y te estoy dando tiempo. Pero Rafael..." Me acerco. "El tiempo no cambia lo que sentimos. Solo nos da espacio para pensar sobre ello."

"¿Y qué has pensado?"

"Que te amo. Todavía. Siempre." Las palabras salen fácilmente ahora. Sin miedo. "Que estos últimos dos meses sin ti han sido miseria. Que no importa cuánto tiempo pase, no voy a dejar de quererte."

Rafael se levanta, camina hacia mí. Estamos a centímetros de distancia.

"Elisa..."

"Pero," continúo antes de que pueda decir más, "también entiendo tus dudas. Entiendo que necesitas estar seguro. Así que estoy aquí, siendo tu amiga, esperando que eventualmente te des cuenta de que lo que tuvimos fue real. Es real."

"Está empezando a creerlo," admite en voz baja. "Estas últimas semanas, viéndote, hablando contigo... está empezando a creer que tal vez... tal vez cometí error dejándote ir."

"¿Tal vez?"

"Estoy llegando ahí." Toca mi mejilla. "Solo necesito un poco más..."

"De tiempo. Lo sé."

Nos miramos. La tensión es palpable. Eléctrica.

Luego el temporizador del arroz suena, rompiendo el momento.

"Cena está lista," digo, retrocediendo. Mi corazón late demasiado rápido.

Comemos en mi pequeña mesa. El arroz negro quedó perfecto—la sepia tierna, el arroz con exacta cantidad de caldo, todo

perfecto.

"Esto es increíble," dice Rafael después del primer bocado. "Olvidé cuán buena cocinera eres."

"No olvidaste. Simplemente no has comido bien desde que me fui."

"Verdad." Bebe vino. "Ana intentó cocinar para mí la semana pasada. Fue desastre."

Ana. Ese nombre otra vez.

"¿Todavía la ves?" Pregunto casualmente.

"Ocasionalmente. Como amigos."

"Como nosotros."

"No exactamente como nosotros."

"¿No?"

"No." Me mira. "Con ella es... simple. Fácil. Sin complicaciones."

"Suenas aburrido."

"Lo es." Sonríe ligeramente. "Extraño las complicaciones."

"Las complicaciones te extrañan también."

Reímos. Bebemos más vino. La conversación fluye fácilmente otra vez.

Y entonces, mientras sirvo segunda porción, lo hago.

Mis manos no tiemblan mientras añado el contenido de la pequeña ampolla a su plato. Es casi nada—cantidad mínima, suficiente para causar malestar leve pero nada serio. Nada peligroso.

Solo... un recordatorio.

No es asesinato, me digo mientras revuelvo el arroz cuidadosamente, asegurándome de que la sustancia se distribuya

uniformemente. *Es amor. Estoy recordándole que me necesita. Que sin mí, las cosas no van bien.*

Estoy cumpliendo la promesa que me hizo: hasta que la muerte nos separe. Y si la muerte no viene naturalmente, bueno... puedo ayudar un poco.

Le paso el plato. Él come con apreciación, sin sospechar nada.

"Elisa, esto es..." Se detiene, tomando más agua. "¿Le pusiste algo diferente? Sabe un poco... no sé. ¿Amargo?"

"Tal vez la sepia. A veces puede ser así." Bebo mi propio vino, sin preocupación. "¿Está mal?"

"No, no. Está delicioso. Solo... diferente."

Come más. Yo como también, observándolo discretamente. Nada pasa. Todavía no.

Terminamos la cena. Él ayuda con los platos—como antes, cuando éramos pareja. El ritual doméstico se siente reconfortante.

"Debería irme," dice finalmente, aunque no se mueve hacia la puerta.

"¿Deberías?"

"Es tarde. Y si me quedo más..."

"¿Qué pasará?"

"Podría hacer algo estúpido. Como besarte."

Mi respiración se atasca. "¿Eso sería estúpido?"

"Probablemente."

"Rafael..." Me acerco. "Tal vez estúpido está bien. Tal vez hemos sido demasiado cuidadosos."

Él me mira con tanta hambre que casi me derrito ahí mismo.

"Elisa, si te beso ahora, no voy a querer parar en solo un beso."

"Entonces no pares."

Eso es todo lo que necesita. Cierra la distancia entre nosotros, su boca capturando la mía en beso que es hambriento, desesperado, meses de negación explotando a la vez.

Lo beso de vuelta con igual intensidad. Mis manos en su cabello, su cuerpo presionando contra el mío, años de experiencia diciéndome exactamente cómo tocarlo para hacerlo gemir.

"Habitación," murmura contra mis labios.

"Ahí." Señalo con la cabeza.

Tropezamos hacia mi dormitorio, quitándonos ropa por el camino. Su camisa. Mi vestido. Un rastro de tela llevando a mi cama.

Y entonces es como antes, pero también diferente. Hay desesperación en cómo me toca, como si estuviera comprobando que soy real. Hay hambre en sus besos, como si hubiera estado muriendo de sed y yo fuera agua.

"Te extraño," jadea, besando mi cuello. "Dios, cómo te extraño."

"Estoy aquí," susurro. "Estoy aquí."

Hacemos el amor con intensidad que nos deja sin aliento. No es gentil—es necesidad cruda, meses de abstinencia y dolor vertidos en cada toque, cada beso, cada gemido.

Cuando termina, nos quedamos enredados en mis sábanas, sudorosos y satisfechos.

"Eso fue..." Rafael busca palabras.

"Lo sé."

"Elisa, yo..."

Y entonces, justo cuando está a punto de decir algo importante, algo que podría cambiar todo, su expresión cambia.

"¿Estás bien?" Pregunto.

"Me siento... raro." Se toca el estómago. "Náuseas, creo."

"¿Quieres agua?"

"Sí. Por favor."

Le traigo agua. Él bebe, pero puedo ver que el malestar está empeorando.

"Tal vez la sepia estaba mala," dice. "O comí demasiado rápido."

"Tal vez." Froto su espalda. "¿Quieres que llame a médico?"

"No. Solo... dame minuto."

Esperamos. Las náuseas empeoran. Eventualmente tiene que ir al baño, donde lo escucho vomitar.

Cuando sale, está pálido, sudando.

"Lo siento," dice. "Arruiné el momento."

"No arruinaste nada. Probablemente es tu sistema todavía sensible de la quimio."

"Tal vez." Se sienta en la cama, exhausto. "¿Puedo quedarme? No creo que pueda manejar ir a casa ahora."

"Por supuesto."

Lo ayudo a acostarse. Le traigo más agua. Me acurruco junto a él, sosteniendo su mano mientras su respiración se normaliza.

"Elisa," murmura, medio dormido ya.

"¿Sí?"

"Siento haberte dejado ir. Fue error."

Mi corazón salta. "¿Lo fue?"

"Sí." Sus ojos se abren, encontrando los míos en la oscuridad. "Te amo. Todavía. Siempre."

"Yo también te amo."

"¿Podemos intentarlo otra vez? ¿De verdad esta vez? Sin dudas, sin tiempo, sin miedos."

Debería sentir triunfo. Victoria. Esto es lo que quería, ¿verdad?

En cambio siento... algo más complejo. Culpa mezclada con satisfacción. Amor mezclado con algo más oscuro.

"Sí," digo. "Podemos intentarlo."

Se duerme poco después, su mano todavía sosteniendo la mía.

Me quedo despierta mirando el techo. En la cocina, el cuchillo chef todavía está en la tabla de cortar, esperando ser lavado. La pequeña ampolla vacía está en la basura, escondida bajo desperdicios de comida.

No es asesinato, me repito. Es amor. Él me lo prometió. Hasta que la muerte nos separe. Y yo solo estoy... asegurándome de que cumpla su promesa.

Pero incluso mientras pienso esto, una parte de mí sabe la verdad: acabo de cruzar línea que no se puede descruzar.

Y la parte más aterradora es que no me arrepiento.

CAPÍTULO 11

LA ESPIRAL

Me despierto antes que Rafael. La luz de noviembre entra por la ventana de mi dormitorio, gris y fría. Barcelona en otoño.

Rafael duerme de lado, cara relajada, respirando regularmente. Se ve pacífico. Vulnerable. Mío.

Me quedo mirándolo durante diez minutos completos, memorizando cada detalle: las pestañas oscuras contra sus mejillas, la manera en que su cabello cae sobre su frente, la curva de su cuello donde besé docenas de veces anoche.

Anoche. Cuando lo envenené.

La palabra—*envenenar*—suena dramática incluso en mi mente. Demasiado película de misterio, demasiado telenovela. Pero es técnicamente precisa. Puse sustancia tóxica en su comida sin su conocimiento, causando malestar físico.

Eso es envenenamiento.

Debería sentirme culpable. Asustada. Horrorizada de lo que hice.

En cambio, me siento... triunfante.

Porque funcionó. Se enfermó justo cuando estaba a punto de dejarme otra vez, justo cuando estaba construyendo esas paredes de "necesito tiempo." Y en su debilidad, en su necesidad de ser cuidado, recordó. Recordó por qué me necesita. Recordó que me ama.

Y ahora está aquí, en mi cama, donde pertenece.

Me levanto sin despertarlo. En la cocina, lavo el cuchillo chef meticulosamente. El acero brilla bajo el agua, limpio de toda evidencia. La ampolla vacía está envuelta en bolsa de plástico, escondida debajo de otros desperdicios en la basura. La tiraré en contenedor público más tarde. No hay razón para guardarla.

No hay razón para tener evidencia de lo que hice.

Excepto... excepto que tengo más. Tres ampollas más, de hecho. Pequeñas, discretas, guardadas en el fondo de mi armario detrás de zapatos viejos.

Por si acaso, me dije cuando las compré.

Por si acaso qué, no quería examinar demasiado de cerca.

Pero ahora sé: por si acaso él intenta irse otra vez.

Rafael se despierta a las diez. Lo escucho moverse en la habitación, luego ir al baño. Cuando sale, lleva solo sus bóxers, y se ve mejor—el color ha regresado a su cara, aunque todavía un poco pálido.

"Buenos días," digo, sirviendo café. "¿Cómo te sientes?"

"Como si me hubiera atropellado un camión." Se sienta en taburete de cocina. "Pero mejor que anoche. ¿Qué demonios fue eso?"

"Probablemente la sepia. A veces el marisco puede estar malo." Mentira suave, creíble. "Lo siento mucho."

"No es tu culpa." Bebe café. "Aunque mi estómago va a ser sospechoso de tu comida por un tiempo."

Una punzada de algo—¿culpa? ¿remordimiento?—pero la empujo hacia abajo. "Puedo hacer solo platos suaves por un tiempo. Sopa, arroz blanco, nada aventurero."

"Eso suena bien."

Desayunamos en silencio cómodo. Tostadas simples, café, luz de noviembre llenando mi pequeña cocina.

"Elisa," dice finalmente. "Sobre anoche. Antes de que me enfermara."

"¿Sí?"

"Dije que quiero intentarlo otra vez. ¿Lo decía en serio?"

Mi corazón se detiene. "¿Tú lo decías en serio?"

"Sí." Me mira directamente. "He pasado dos meses miserable sin ti. Viéndote pero no estando contigo. Y anoche me di cuenta de que estaba siendo idiota. Que lo que tuvimos fue real, es real, y no importa cómo empezó."

"¿Y tus dudas?"

"Siguen ahí," admite. "Pero me di cuenta de algo: voy a tener dudas sobre cualquier relación. Es mi naturaleza. Siempre voy a cuestionar, analizar, preocuparme. Pero contigo..." Toma mi mano. "Contigo, incluso con las dudas, soy más feliz que sin ti."

Debería estar eufórica. Esto es lo que quería. Victoria total.

Entonces ¿por qué siento este vacío en mi pecho?

"Rafael, necesito que estés seguro. Realmente seguro. Porque no puedo pasar por esto otra vez—tú dejándome, cambiando de opinión, decidiendo que no soy suficiente."

"Estoy seguro. O tan seguro como puedo estar de algo." Aprieta mi mano. "Elisa, no soy hombre que hace declaraciones dramáticas fácilmente. Pero te amo. Quiero estar contigo. Quiero construir vida contigo—vida real, no contrato temporal."

"¿Y Ana?"

La pregunta sale antes de que pueda detenerla. Necesito saber.

"Ana es amiga. Nada más. Nunca fue más que eso."

"¿Pero quisiste que fuera?"

Rafael vacila. Ese vacilación dice todo.

"Consideré la posibilidad," admite finalmente. "Después de que terminamos. Pensé que tal vez debería intentar con alguien 'apropiado.' Alguien sin... historia complicada."

"Alguien que no fuera puta."

"No digas eso."

"Es lo que soy, Rafael. Era. Lo que sea."

"Eres la mujer que amo. Eso es lo que eres." Se levanta, camina hacia mí. "Y sí, consideré otras opciones. Pero cada vez que estaba con Ana o cualquier otra persona, solo pensaba en ti. En tu risa, tu sarcasmo, la manera en que cocinas, cómo me cuidas cuando estoy enfermo..."

"Como anoche."

"Como anoche." Me besa suavemente. "Nadie más me conoce como tú. Nadie más me ve—realmente me ve—como tú."

Las palabras me hacen querer llorar. Porque son verdad. Yo lo veo. Todo de él. Incluyendo las partes que él no muestra a nadie más.

Y él me ve también. O piensa que lo hace.

Si supiera lo que hice anoche, lo que soy capaz de hacer...

Pero no lo sabe. Y no lo sabrá nunca.

"Entonces lo intentamos otra vez," digo. "De verdad esta vez."

"De verdad."

Nos besamos, sellando el acuerdo. Su boca sabe a café y promesas.

Y yo trato de ignorar la voz pequeña en mi cabeza que dice: *Lo envenenaste. Cruzaste esa línea. No hay vuelta atrás.*

Rafael pasa el fin de semana conmigo. Vuelve a su apartamento solo para recoger ropa y cosas de trabajo, luego regresa. Es casi como antes, pero también diferente.

Mejor, incluso. Porque esta vez ambos elegimos esto. No es contrato, no es desesperación de hombre muriendo. Es decisión consciente de construir algo juntos.

O eso es lo que nos decimos.

El domingo por la tarde, estamos en mi sofá viendo película cuando su teléfono suena. Mira la pantalla, frunce el ceño.

"¿Quién es?" Pregunto.

"Dr. Mora. Raro que llame en domingo." Contesta. "¿Hola? Sí, soy yo."

Observo su cara mientras escucha. Su expresión pasa de confusión a preocupación.

"¿Qué? No, no he sentido nada raro. Bueno, excepto..." Mira hacia mí. "Tuve malestar estomacal el viernes por la noche. Pensé que fue marisco malo. ¿Por qué?"

Más escucha. Su ceño se profundiza.

"Entiendo. Sí, puedo ir mañana. Primera hora. Gracias por avisar."

Cuelga, mirando su teléfono con preocupación.

"¿Qué pasó?" Mi voz suena normal a pesar del pánico subiendo en mi pecho.

"Mis últimos análisis de sangre mostraron algunas... irregularidades. El Dr. Mora quiere hacer más pruebas."

"¿Qué tipo de irregularidades?"

"Niveles elevados de algo. No entendí completamente." Se pasa mano por cabello. "Probablemente nada. Solo precaución."

"Por supuesto. Iré contigo."

"No tienes que..."

"Voy." No es negociable. Necesito saber qué mostraron esos análisis. Necesito saber si...

No. No puede ser. Una dosis pequeña, una vez. No puede mostrar en análisis de sangre. ¿O sí?

Mierda.

Esa noche, después de que Rafael se duerme, busco en mi teléfono.

"Arsénico análisis de sangre detección"

Los resultados son... no buenos.

El arsénico puede detectarse en sangre hasta diez días después de exposición. Aparece como niveles elevados de metales pesados. Causa síntomas como náuseas, vómito, dolor abdominal—exactamente lo que Rafael experimentó.

Si el Dr. Mora está buscando específicamente, si hace las pruebas correctas...

Mierda. Mierda. Mierda.

Pero espera. Rafael dijo "irregularidades," no "envenenamiento." Si sospecharan envenenamiento, habrían llamado a policía, no solo pedido más pruebas.

Tal vez solo lo están atribuyendo a su cáncer previo. Complicaciones de quimio. Efectos secundarios tardíos.

Respiro profundo. Tranquilízate. No entres en pánico.

Rafael está bien. Está dormido en mi cama, roncando suavemente. Los análisis son solo precaución. Todo está bien.

Todo está bien.

Excepto que no lo está. Porque usé veneno en hombre que amo, y ahora hay consecuencias potenciales que no consideraré completamente.

¿Qué estaba pensando?

Sé exactamente qué estaba pensando: que me lo prometió. Que es mío. Que hasta que la muerte nos separe significa algo.

Pero esto... esto fue demasiado lejos.

¿No?

Miro a Rafael durmiendo. Su pecho sube y baja regularmente. Está vivo. Está aquí. Está conmigo.

Eso es lo que importa.

Apago mi teléfono. Vuelvo a la cama. Me acurruco contra él, sintiendo su calor, su solidez, su presencia.

Es mío. Me lo prometió.

Y voy a mantenerlo, sin importar lo que cueste.

Lunes por la mañana. Hospital Clínic. De vuelta en esa sala de espera que conozco tan bien. Paredes beige, sillas incómodas, gente con esperanza y miedo en igual medida.

Rafael está nervioso. Lo veo en la manera en que tamborilea dedos en su rodilla, en cómo revisa su teléfono cada treinta segundos sin realmente leer nada.

"Va a estar bien," digo, tomando su mano.

"¿Y si el cáncer regresó?"

"No regresó. Los escáneres estaban limpios hace dos meses."

"Pueden pasar muchas cosas en dos meses."

Pueden. Lo sé mejor que nadie.

"Señor Mendoza." La enfermera nos llama.

El Dr. Mora está serio cuando entramos. No es buena señal. Los médicos serios significan malas noticias.

"Rafael, Elisa." Nos indica sentarnos. "Gracias por venir tan rápido."

"¿Qué mostraron los análisis?" Pregunta Rafael directamente.

"Tus niveles de función hepática están elevados. Significativamente más altos que en tus últimas pruebas hace seis semanas." El Dr. Mora abre el archivo. "También hay presencia de metales pesados en tu sangre. Arsénico, específicamente."

El mundo se detiene.

"¿Arsénico?" Rafael suena aturdido. "¿Cómo es posible?"

"Esa es la pregunta." El Dr. Mora se inclina hacia adelante. "Exposición a arsénico puede pasar por contaminación de agua, ciertos alimentos—particularmente arroz y mariscos—o exposición ambiental. ¿Has estado en algún lugar inusual recientemente? ¿Trabajado con materiales de construcción que podrían contener metales pesados?"

"No. He estado principalmente en oficina y en casa."

"¿Y tu dieta? ¿Has comido mucho arroz o mariscos?"

Rafael piensa. "Comí arroz negro con sepia el viernes. Esa noche me enfermé, de hecho. Pensé que el marisco estaba malo."

"Eso podría explicarlo." El Dr. Mora hace notas. "Mariscos, especialmente de ciertas áreas, pueden acumular arsénico. Normalmente no es peligroso en cantidades pequeñas, pero combinado con tu sistema comprometido de quimio previa..."

"¿Es serio?" Pregunto, mi voz sorprendentemente estable.

"Los niveles están elevados pero no críticamente. Con tu historia médica, es algo que necesitamos monitorear de cerca. Voy a prescribir quelación—tratamiento para eliminar metales pesados del cuerpo. Y Rafael..." Mira seriamente a su paciente. "Necesitas ser muy cuidadoso con tu dieta. Nada de mariscos por ahora, limita arroz, y si tienes cualquier síntoma—náuseas, vómito, dolor abdominal—ven a emergencias inmediatamente."

"¿El cáncer no regresó?" La voz de Rafael tiene esperanza.

"No hay signos de cáncer. Esto es completamente separado. Envenenamiento por metales pesados, probablemente de fuente alimentaria." Una sonrisa tranquilizadora. "Aterrador, pero tratable."

Rafael respira aliviado. "Gracias, doctor."

Salimos del hospital. Rafael está tranquilo ahora que sabe que no es cáncer. Yo estoy... procesando.

Envenenamiento por metales pesados. Fuente alimentaria. El médico está culpando al marisco.

Salí con la mía.

No, espera. No "salí con la mía." Eso implica que hice algo mal intencionadamente. Yo solo... estaba asegurándome de que Rafael recordara que me necesita.

¿Verdad?

"Supongo que no más de tu arroz negro por un tiempo," dice Rafael mientras caminamos hacia el metro.

"Supongo que no."

"Una lástima. Es mi favorito."

"Lo sé."

Lo sé. Por eso lo preparé. Por eso fue el vehículo perfecto para...

No. No termines ese pensamiento.

Esa noche, sola en mi apartamento mientras Rafael trabaja tarde, miro las tres ampollas restantes escondidas en mi armario.

Debería tirarlas. Debería deshacerme de la evidencia, olvidar que esto pasó, prometer nunca volver a hacerlo.

En cambio, las guardo más profundo. Las envuelvo en bolsa de plástico, las escondo dentro de caja de zapatos viejos, pongo la caja en la parte trasera del estante más alto donde nunca miraría casualmente.

Por si acaso, me digo. Solo por si acaso.

Porque aquí está la verdad que no quiero admitir: funcionó.

Rafael está conmigo ahora. Durmiendo en mi cama, comiendo mi comida, hablando de futuro. Está comprometido completamente de manera que no lo estaba antes del viernes por la noche.

Y sí, fue horrible verlo enfermo. Sí, me sentí culpable.

Pero también... también funcionó.

Y si alguna vez intenta irse otra vez, si alguna vez decide que sus dudas son más fuertes que su amor...

Tengo opciones.

Me siento en el piso de mi cocina, mirando los cuchillos japoneses brillando en su soporte. Herramientas honestas. Hacen exactamente lo que se supone que hagan.

Como yo.

Soy herramienta de amor. De compromiso. De asegurarme de que las promesas se cumplan.

Hasta que la muerte nos separe.

Rafael hizo esa promesa. Y aunque él piensa que fue solo parte de actuación, yo la tomé en serio.

Esas palabras significan algo. Significan que él es mío. Para siempre.

Y voy a asegurarme de que lo recuerde.

Sin importar lo que cueste.

CAPÍTULO 12

VOLVER A CASA

Rafael se muda de vuelta conmigo a finales de noviembre.

Bueno, técnicamente nos mudamos juntos a un nuevo apartamento. Mi lugar en Raval es demasiado pequeño para dos personas, y su ático en el Eixample tiene demasiados recuerdos de "antes"—de cuando era hombre muriendo, de cuando nuestra relación era contrato.

Empezar de nuevo. Eso es lo que decidimos. Lugar neutral donde podemos construir algo real.

Encontramos apartamento en Sant Gervasi. No tan grande como su ático pero mucho mejor que mi estudio. Dos dormitorios (aunque compartimos uno, el otro es oficina para Rafael), cocina decente, balcón pequeño con vistas a árboles en lugar de edificios.

Es perfecto. Es nuestro.

La mudanza es proceso extraño. Combinar dos vidas, decidir qué se queda, qué se va. Rafael tiene muebles caros pero impersonales—todo comprado por decorador, nada con significado real. Yo tengo casi nada excepto los cuchillos japoneses y ropa.

"Podemos comprar cosas nuevas juntos," dice Rafael mientras empacamos. "Elegir muebles que sean nuestros, no solo míos o tuyos."

Suena romántico. Como pareja real haciendo cosas de pareja real.

Excepto que en el fondo de mi caja de zapatos viejos, envueltas en bolsa de plástico, hay tres ampollas de arsénico que también vienen conmigo al nuevo apartamento.

Las pongo en el estante más alto del armario compartido, detrás de ropa de invierno que rara vez usamos. Fuera de vista. Pero no desechadas.

Nunca desechadas.

Por si acaso.

El nuevo apartamento necesita trabajo. Pintura, muebles, hacer que se sienta como hogar en lugar de espacio vacío. Pasamos semanas eligiendo todo: color de las paredes (gris suave para el salón, blanco para el dormitorio), sofá (acordamos en uno moderno pero cómodo después de probar dos docenas), arte para las paredes (abstracto, nada demasiado literal).

Es extrañamente terapéutico. Como si cada decisión compartida fuera pequeña promesa: estamos construyendo esto juntos. Esto va a durar.

Rafael está feliz de una manera que no lo he visto antes. Más relajado, más presente. El proyecto Diagonal Mar está avanzando bien. Su salud es buena—los tratamientos de quelación eliminaron el arsénico de su sistema, sus análisis de sangre son normales otra vez.

Todo es perfecto.

Demasiado perfecto.

Y eso me pone nerviosa.

"¿En qué piensas?" Pregunta Rafael una noche. Estamos en nuestro nuevo sofá, mi cabeza en su regazo, él jugando con mi cabello mientras vemos película que ninguno está realmente mirando.

"En nada."

"Mentirosa. Tienes esa expresión."

"¿Qué expresión?"

"La que tienes cuando estás procesando algo pero no quieres compartir." Toca mi frente. "Puedo ver las ruedas girando."

Me siento, mirándolo directamente. "¿Eres feliz?"

"¿Qué tipo de pregunta es esa?"

"Una sincera. ¿Eres feliz? ¿Aquí, conmigo, en esta vida que estamos construyendo?"

"Elisa." Toma mi cara entre sus manos. "Soy más feliz de lo que he sido nunca. ¿Por qué preguntas?"

"Porque es demasiado bueno. Y tengo miedo de que..."

"¿De qué?"

"De que lo arruine. O de que cambies de opinión otra vez. O de que..." Mi voz se quiebra. "De que te des cuenta de que mereces mejor."

"Elisa." Su voz es firme. "Para. No voy a cambiar de opinión. No voy a dejarte. Estoy aquí, estoy comprometido, y lo digo en serio."

"¿Lo prometes?"

"Te lo prometo."

Hasta que la muerte nos separe, pienso pero no digo.

Lo beso en cambio, vertiendo toda mi inseguridad y miedo y amor oscuro en ese beso. Él responde con igual intensidad, y pronto estamos arrancando ropa, haciéndonos el amor en nuestro nuevo sofá como adolescentes desesperados.

Después, enredados en manta, sudorosos y satisfechos, Rafael dice: "¿Sabes qué deberíamos hacer?"

"¿Qué?"

"Casarnos. De verdad esta vez."

Mi corazón se detiene. "¿Qué?"

"Casarnos." Se sienta, mirándome con seriedad. "Sé que técnicamente ya estuvimos 'casados' durante el contrato. Pero eso fue falso. Actuación. Quiero hacerlo real. Quiero estar legalmente, oficialmente casado contigo."

"Rafael..."

"No tienes que responder ahora. Solo piénsalo. Pero Elisa..." Toma mi mano, la que alguna vez llevó su anillo. "Quiero que seas mi esposa. De verdad. Para siempre."

Para siempre.

Esa palabra hace eco en mi cabeza. Para siempre. Hasta que la muerte nos separe. Exactamente lo que quiero.

Exactamente lo que he estado manipulando para conseguir.

"Sí," digo antes de poder pensarlo demasiado. "Sí, me casaré contigo."

Su sonrisa es cegadora. "¿De verdad?"

"De verdad."

Me besa otra vez, celebratorio, y yo me permito sentir algo puro por un momento. Alegría sin complicaciones. Amor sin oscuridad.

Dura aproximadamente treinta segundos.

Porque entonces pienso: *Lo envenenaste. Manipulaste su regreso. Tienes veneno guardado en caso de que trate de irse otra vez. ¿Y ahora vas a casarte con él?*

Sí. Sí, voy a hacerlo.

Porque él me lo prometió primero. Él dijo esas palabras—hasta que la muerte nos separe—incluso si fue bajo contrato falso. Las palabras tienen poder. Las promesas importan.

Y yo voy a asegurarme de que se cumplan.

Diciembre llega con frío inusual para Barcelona. No nieve—nunca nieva en Barcelona—pero temperaturas que bajan a cinco grados por la noche, viento que corta a través de abrigos.

Empezamos a planear la boda. Nada grande—ninguno de nosotros quiere espectáculo. Algo pequeño, íntimo. Ayuntamiento, testigos, cena después en restaurante bonito.

"¿Quién va a ser tu testigo?" Pregunta Rafael mientras desayunamos en nuestra nueva cocina.

"Cristina, supongo. Es la única amiga cercana que tengo."

"¿Y tu familia?"

"No tengo familia. Ya lo sabes."

"¿Nadie? ¿Ni primos lejanos, tíos?"

"Hay tía en Galicia que no he visto en diez años. No creo que apruebe el matrimonio de su sobrina con..." Me detengo.

"¿Con qué?"

"Nada."

"Elisa." Su voz es suave. "Dilo."

"Con hombre que alguna vez me pagó por sexo." Las palabras salen crudas. "Así es como lo vería. Como todas las viejas de Galicia lo verían. 'Esa putilla finalmente atrapó hombre rico.' Ni siquiera importa que lo ame realmente. Para ellos siempre será transacción."

Rafael está silencioso. Luego: "¿Eso es lo que tú piensas? ¿Que esto es transacción?"

"No."

"¿Segura?"

"Sí." Y lo digo en serio. Esto no es transacción. Es mucho más complicado—y más oscuro—que eso.

"Bien." Bebe su café. "Porque para mí tampoco lo es. Eres la persona que elijo pasar mi vida. No porque me cuestas algo o me

debas algo. Sino porque eres tú."

Por alguna razón, eso me hace llorar. Lágrimas estúpidas, inesperadas, corriendo por mis mejillas.

"¿Elisa? ¿Qué pasa?"

"Nada. Solo..." Me limpio los ojos. "Nadie nunca me había dicho algo así antes. Que me eligieron. Que soy suficiente solo por ser yo."

Rafael se levanta, me abraza. "Eres más que suficiente. Eres todo."

Y en ese momento, sosteniéndolo, sintiendo su corazón latir contra mi oído, casi—casi—le cuento todo. Sobre el arsénico, sobre mi obsesión, sobre cómo no estoy segura de dónde termina amor y empieza locura.

Casi.

Pero no lo hago.

Porque si lo supiera, me dejaría. Y no puedo permitir eso.

No después de llegar tan lejos.

La cita para la boda se fija para 15 de enero. Un mes y medio. Tiempo suficiente para preparar, no tanto tiempo para que Rafael cambie de opinión.

(No va a cambiar de opinión. Lo prometió.)

(Pero por si acaso.)

Compramos anillos. Diferentes de los del contrato—estos son oro amarillo, más tradicionales. Grabamos fecha dentro: 15.01.2026. Evidencia permanente de nuestra promesa.

La madre de Rafael—si estuviera viva—habría querido boda en iglesia. Ceremonia católica completa. Pero ninguno de nosotros es religioso, y además, mi pasado probablemente haría que el cura se negara de todos modos.

("¿Ha sido bautizada, hija mía?" "Sí, padre." "¿Y su profesión?" "Era escort." "...Voy a necesitar consultar con el obispo sobre esto.")

Así que: ayuntamiento. Ceremonia civil. Simple, legal, válida.

Cristina es mi única invitada. Rafael invita a dos colegas de trabajo y su abogado—el mismo que preparó el contrato original. Hay ironía poética en eso.

"¿Estás segura de esto?" Pregunta Cristina cuando vamos a comprar mi vestido. Nada blanco—sería hipócrita. Algo en crema o champán.

"Completamente segura."

"Elisa, lo conozco desde hace seis meses. No has trabajado en ese tiempo. Has estado... no sé. Diferente."

"¿Diferente cómo?"

"Obsesionada." Me mira seriamente. "Con él. Todo es Rafael. Rafael dice, Rafael piensa, Rafael quiere. Como si no existieras fuera de él."

"Eso no es verdad."

"¿No? ¿Cuándo fue la última vez que hiciste algo por ti? ¿Que viste a alguien más que a él? ¿Que pensaste en tu propio futuro separado del suyo?"

No tengo respuesta.

"Elisa, el amor no debería consumirte así. No debería hacerte desaparecer."

"No estoy desapareciendo."

"¿No?" Cristina levanta vestido color champán. "Entonces dime: ¿quién eres sin Rafael?"

La pregunta me golpea como puñetazo.

¿Quién soy sin Rafael?

Elisa Varela. O Elisa García—ya ni siquiera sé qué nombre es real. Treinta años. Ex escort. Sin educación formal. Sin habilidades más allá de cocinar y fingir orgasmos.

Sin Rafael, no soy nada.

"Exactamente," dice Cristina suavemente, viendo mi expresión. "Elisa, ten cuidado. Cuando tu identidad completa está atada a otra persona, cuando pierdes todo lo que eres en ellos..."

"No lo voy a perder."

"Pero ¿y si lo haces? ¿Y si algo pasa? ¿Y si él..."

"No va a pasar nada." Mi voz es dura. "Rafael me ama. Nos vamos a casar. Vamos a estar juntos hasta que..."

Me detengo antes de decir "hasta que la muerte nos separe."

Cristina me mira extraño. "¿Hasta que qué?"

"Nada. Solo... vamos a estar bien."

Compramos el vestido. Champán, hasta la rodilla, elegante pero simple. Perfecto para boda de ayuntamiento. Perfecto para mujer que está tratando de empezar de nuevo pero que no puede escapar completamente su pasado.

En Nochebuena, Rafael me sorprende.

"Tengo regalo," dice después de cenar. Cocinamos juntos—cordero asado, su abuela lo habría aprobado—y ahora estamos en el sofá con vino y luces del árbol pequeño que pusimos en la esquina.

"Pensé que no íbamos a hacer regalos hasta Reyes." Tradición española: regalos el 6 de enero, no Navidad.

"Este no puede esperar." Saca caja pequeña de terciopelo azul. Demasiado grande para anillo.

La abro. Dentro: collar. El collar de su madre. El que me dio durante el contrato, que dejé cuando me fui.

"Pensé que lo querías de vuelta," digo, tocándolo con cuidado.

"No. Lo quiero contigo." Lo saca, lo pone alrededor de mi cuello. Sus dedos rozan mi nuca, exactamente como la primera vez. "Esto fue de mi madre. Antes de eso, de su madre. Cuatro generaciones de mujeres Mendoza lo han usado."

"Rafael, no puedo aceptar esto. Es reliquia familiar..."

"Y tú vas a ser familia. Oficialmente." Abrocha el cierre. "En tres semanas, serás Elisa Mendoza. Este collar te pertenece."

El peso de la plata contra mi garganta se siente como promesa y prisión a la vez.

"Gracias," susurro.

"Hay más." Saca papel doblado del bolsillo. "No es regalo envuelto pero es importante."

Lo abro. Es documento legal. Cambio de testamento.

"Te estoy poniendo como beneficiaria principal," explica. "Si algo me pasa—Dios no lo quiera, pero por si acaso—todo va a ti. El apartamento, los ahorros, inversiones, incluso mi parte de la compañía de construcción."

"Rafael, no tienes que..."

"Quiero hacerlo. Eres mi pareja. Pronto mi esposa. Quiero que estés protegida."

Leo el documento más cuidadosamente. No es solo herencia. Es también poder notarial médico: si él queda incapacitado, yo tomo decisiones sobre su cuidado. Control completo sobre su vida si no puede ejercerlo él mismo.

"Esto es... mucho."

"Es confianza." Toma mi mano. "Confío en ti completamente. Con mi vida, con mi muerte, con todo."

La ironía es tan espesa que casi me ahoga.

Él confía en mí. Con todo. Mientras en el armario, escondido detrás de ropa de invierno, hay tres ampollas de veneno que compré específicamente para usarlas contra él si alguna vez trata de dejarme.

Soy monstruo.

O soy mujer enamorada haciendo lo necesario para proteger esa relación.

La línea entre los dos se ha vuelto imposiblemente borrosa.

"Gracias," digo otra vez, porque ¿qué más puedo decir?
"Confío en ti también."

Mentira número mil y dos. Pero esta se siente más pesada que todas las otras.

Fin de año pasa en celebración tranquila. Solos en nuestro apartamento, viendo fuegos artificiales desde el balcón, besándonos a medianoche mientras Barcelona explota en luz y sonido alrededor de nosotros.

"Nuevo año," dice Rafael. "Nuevos comienzos."

"Nuevos comienzos," repito.

Él no sabe que yo paso los primeros minutos de 2026 pensando en las ampollas en el armario. En el collar alrededor de mi cuello. En el documento legal que me da control sobre su vida.

Él no sabe que cada regalo, cada muestra de confianza, cada paso hacia nuestro matrimonio, solo hace mi obsesión más fuerte.

Porque ahora no es solo sobre amarlo. Es sobre poseerlo. Completamente. Legalmente. Para siempre.

Y en tres semanas, lo haré.

En tres semanas, seré Elisa Mendoza.

En tres semanas, él será mío de manera que no puede deshacerse fácilmente.

Hasta que la muerte nos separe.

Y si alguna vez trata de romper esa promesa...

Bueno.

Tengo opciones.

Esa noche escribo en mi diario:

1 de enero, 2026, 2:47 AM

En tres semanas me caso con Rafael.

Debería estar feliz. Emocionada. Esto es lo que quería desde el principio, ¿no? Hacerlo real. Hacerlo permanente.

Entonces ¿por qué siento este vacío en mi pecho?

Cristina tiene razón. Me he perdido en él. No sé quién soy sin Rafael. Y eso debería asustarme.

¿Pero sabes qué me asusta más? Que no me importa.

Puedo vivir sin saber quién soy. No puedo vivir sin él.

Y haré lo que sea necesario para mantenerlo.

Lo que sea.

El collar de su madre está en mi cuello incluso ahora, mientras escribo. Peso de cuatro generaciones de mujeres que amaron a hombres Mendoza.

Me pregunto si alguna de ellas amó tan oscuramente como yo.

Me pregunto si alguna de ellas cruzó las líneas que yo he cruzado.

Probablemente no. Probablemente eran mujeres buenas. Mujeres normales. Mujeres que amaban sanamente.

Yo no soy ninguna de esas cosas.

Pero en tres semanas, seré esposa. Legalmente, oficialmente, permanentemente.

Y tal vez eso sea suficiente.

Tal vez una vez que sea oficial, una vez que tenga su nombre y su anillo y todo su poder legal...

Tal vez entonces pueda relajarme. Tal vez entonces el miedo parará.

O tal vez solo empeorará.

Solo el tiempo dirá.

Cierro el diario. Lo escondo. Vuelvo a la cama donde Rafael duerme, roncando suavemente.

Me acurruco contra él, mi mano en su pecho, sintiendo su corazón latir.

Mío, pienso. Mío para siempre.

Y si una parte pequeña de mí susurra que esto no es amor—que amor sano no requiere veneno de respaldo, no requiere obsesión que borra tu propio sentido de ser—empujo esa voz hacia abajo.

Profundo.

Donde no puede molestarme.

Donde no puede arruinar esto.

Porque en tres semanas me caso con él.

Y nada—nada—va a detenerme.

CAPÍTULO 13

LAS GRIETAS

Enero en Barcelona es el mes más honesto del año. No finge ser cálido como mayo ni romántico como octubre. Es frío, gris, despiadado. El tipo de mes que expone todas las grietas.

Y hay grietas.

No obvias. No el tipo de problemas que otras parejas tienen—discusiones sobre dinero o suegros o quién saca la basura. Nuestros problemas son más sutiles. Más profundos.

Como el hecho de que Rafael ha empezado a trabajar más. Mucho más. Sale a las siete de la mañana, regresa a las nueve de la noche. El proyecto Diagonal Mar está en fase crítica, dice. Necesita estar presente. Supervisar personalmente.

"Es solo temporal," promete, besándome rápidamente antes de salir. "Después de la boda, tomaré tiempo libre. Lo prometo."

Pero cada promesa se siente más hueca que la anterior.

Como el hecho de que cuando hace el amor conmigo ahora, a veces cierra los ojos. Y me pregunto qué está viendo en su mente. ¿A mí? ¿O a la versión de mí que conoció primero—la escort actuando amor por dinero?

Como el hecho de que encontré su teléfono desbloqueado la otra noche. Y vi mensajes con Ana. No coquetos exactamente, pero... familiares. Cómodos. El tipo de comodidad que viene de historia compartida, de entenderse sin esfuerzo.

"¿Cómo van los planes de boda?"

"Bien. Pequeña, simple. Como quería."

"¿Eres feliz?"

Larga pausa en los mensajes. Luego:

"Creo que sí."

Creo que sí.

No "sí." No "absolutamente." No "nunca he sido más feliz."

Creo que sí.

Cerré su teléfono antes de poder ver más. Antes de poder ver si Ana respondió. Antes de que mi rabia pudiera transformarse en algo que no podía controlar.

Nueve días antes de la boda, Rafael llega a casa temprano. Tres de la tarde, inusual para él últimamente.

"¿Todo bien?" Pregunto. Estoy cortando verduras para la cena —zanahorias, apio, cebolla. El cuchillo santoku hace trabajo preciso, rodajas uniformes cayendo en patrones perfectos.

"Necesitamos hablar."

El cuchillo se detiene. Esas cuatro palabras. Las peores palabras en cualquier relación.

"¿Sobre?"

Rafael se sienta en la mesa de la cocina. Se ve cansado. No físicamente—su salud sigue siendo buena. Sino exhausto de alguna manera más profunda.

"Sobre nosotros. Sobre la boda."

Mi mano aprieta el mango del cuchillo. "¿Qué sobre la boda?"

"¿Estamos haciendo lo correcto?"

El mundo se inclina ligeramente. "¿Qué significa eso?"

"Significa que..." Se frota la cara. "Significa que me voy a casar contigo en nueve días y ni siquiera estoy seguro de por qué."

El cuchillo corta aire. Podría cortarlo a él. Podría...

No. Respira. Mantén la calma.

"¿No sabes por qué te casas conmigo?" Mi voz suena extrañamente tranquila.

"No es eso. Te amo. Lo sabes. Pero últimamente he estado pensando sobre cómo llegamos aquí. Y Elisa... empezamos con mentira. Contrato. Actuación. ¿Cómo puedo estar seguro de que no seguimos actuando?"

"Ya hablamos de esto. En octubre. Decidiste que era real."

"Lo decidí porque estaba desesperado por creerlo. Porque quería tanto que fuera verdad que me convencí a mí mismo." Se levanta, camina hacia la ventana. "Pero ahora, con la boda tan cerca, con el hecho de que voy a hacer votos reales... Necesito estar seguro."

"¿Y no lo estás?"

"No lo sé."

Dejo el cuchillo en la tabla. Cuidadosamente. Porque si lo sostengo un segundo más, podría hacer algo que ambos lamentaríamos.

"Rafael, mírame."

Se gira.

"¿Qué necesitas? ¿Qué prueba necesitas de que esto es real?"

"No lo sé. Esa es la cuestión. No hay prueba. No hay manera de saber con certeza si lo que sentimos es amor real o..." Se detiene.

"¿O qué?"

"O si somos dos personas solitarias aferrándose a ilusión porque la alternativa es estar solos."

Las palabras cuelgan en el aire como veneno.

"Eso es lo que realmente piensas." No es pregunta. "Después de todo—después de octubre, noviembre, diciembre, después de mudarnos juntos, después de planear esta boda—todavía piensas que estoy actuando."

"No dije eso."

"Pero es lo que crees." Me acerco a él. "Dime, Rafael. ¿Qué tendría que hacer para probar que te amo? ¿Sangrar por ti? ¿Morir por ti? ¿Qué sacrificio sería suficiente?"

"Elisa..."

"Porque ya sacrifiqué todo. Mi carrera, mi independencia, mi sentido de quién soy más allá de ser tu pareja. Me he perdido completamente en ti. ¿Y todavía no es suficiente?"

"Ese es el problema." Su voz es suave pero implacable. "Que te perdiste en mí. Amor sano no debería hacer eso. No debería borrarte."

"Tal vez mi amor no es sano. ¿Consideraste eso? Tal vez te amo de manera obsesiva, consumidora, no del todo cuerda. Pero es real. Es lo más real que he sentido en mi vida."

"¿Pero es amor? ¿O es necesidad? ¿Dependencia?"

"¿Cuál es la diferencia?"

"Tiene que haber diferencia, Elisa. Amor te hace mejor. Dependencia te hace pequeña."

Las palabras golpean como bofetadas. Porque tiene razón. Lo sé en algún rincón racional de mi mente que está cada vez más pequeño. Me he vuelto pequeña. Toda mi vida gira alrededor de él.

Y si se va...

No puedo permitir que se vaya.

"¿Entonces qué?" Pregunto, mi voz peligrosamente tranquila. "¿Quieres cancelar la boda?"

"No. Tal vez. No lo sé." Vuelve a frotarse la cara. "Necesito tiempo para pensar."

"Ya tuviste tiempo. Tuviste dos meses en octubre y noviembre. No puedes seguir pidiendo más tiempo, Rafael. En algún momento tienes que decidir."

"Lo sé."

"Entonces decide. Ahora. Aquí." Me paro frente a él. "¿Me amas? ¿Quieres casarte conmigo? Sí o no. Simple."

"No es simple."

"Sí lo es. O me quieres o no. O crees en nosotros o no. Elige."

Rafael me mira por largo momento. Veo algo en sus ojos—miedo, tal vez. O reconocimiento de que esto es punto sin retorno.

"Te amo," dice finalmente. "Pero no sé si eso es suficiente."

"¿Qué más necesitas?"

"Necesito saber que no voy a despertarme en cinco años odiándote. Odiándome. Atrapado en matrimonio que construimos sobre base podrida."

"La base no está podrida."

"¿No?" Su voz sube. "Elisa, te pagué para fingir amarme. Esa es literalmente cómo empezamos. ¿Cómo construyes algo sano sobre eso?"

"Muchas relaciones empiezan de maneras extrañas. No importa cómo empezó, importa dónde estamos ahora."

"¿Y dónde estamos? Dímelo honestamente. Porque desde aquí, parece que estoy con mujer que ha perdido toda identidad propia. Que no existe fuera de mí. Que..." Se detiene.

"¿Qué qué?"

"Que podría ser peligrosa si alguna vez trato de irme."

El silencio es ensordecedor.

"¿Peligrosa?" Repito la palabra lentamente. "¿Piensas que soy peligrosa?"

"Pienso que eres intensa. Demasiado intensa. Y eso me asusta."

Debería negarlo. Debería reírme, hacer que suene ridículo.

En cambio digo: "Deberías estar asustado."

Rafael se queda congelado. "¿Qué?"

"Deberías estar asustado. Porque tienes razón. Me he perdido en ti. No sé quién soy sin ti. Y si tratas de irte ahora, nueve días antes de nuestra boda..." Me acerco más. "No voy a dejarte ir fácilmente."

"Elisa, me estás asustando."

"Bien. Porque estoy cansada de fingir. Estoy cansada de ser la novia cuerda y razonable. Quieres honestidad? Aquí está: te amo tanto que duele. Te amo tanto que a veces pienso en lastimarte solo para mantenerte cerca. Te amo tanto que la idea de perderte hace que quiera..." Me detengo.

"¿Qué? ¿Hace que quieras qué?"

"No importa."

"Importa. Dilo."

"Hace que quiera asegurarme de que nunca puedas dejarme. De cualquier manera necesaria."

Rafael retrocede. Literalmente retrocede, poniendo distancia entre nosotros.

"Jesús, Elisa."

"Me preguntaste por honestidad. Ahí la tienes."

"Eso no es amor. Eso es... no sé qué es eso, pero no es amor."

"¿No? ¿Entonces qué es amor, Rafael? ¿El tipo tibio y seguro que tienes con Ana? ¿Donde todo es cómodo y predecible y no requiere arriesgar nada?"

"Deja a Ana fuera de esto."

"¿Por qué? Ella está en esto. La tienes como respaldo, ¿verdad? La buena opción. La opción segura. Por si decides que yo soy demasiado complicada."

"No es verdad."

"¿No? Entonces por qué le preguntas si eres feliz en lugar de preguntarme a mí?"

Su expresión me dice todo. Vio que leí sus mensajes.

"Invadiste mi privacidad."

"Tu teléfono estaba desbloqueado en nuestro sofá. No es exactamente espionaje de la CIA."

"Aún así..."

"Aún así nada. Rafael, si vas a casarte conmigo, necesito saber que estás comprometido. Completamente. Sin respaldos. Sin opciones seguras esperando en las alas."

"No estoy... Ana es solo amiga."

"Amiga que te pregunta si eres feliz. Amiga a quien respondes 'creo que sí' en lugar de 'absolutamente.' Eso no suena a amistad. Suena a salida de emergencia."

Rafael se sienta pesadamente en el sofá. "Tal vez lo es. Tal vez necesito saber que hay salida si esto... si tú... si nosotros..."

"Si yo qué? ¿Me vuelvo loca? ¿Demasiado intensa? ¿Demasiado dependiente?"

"Sí." La palabra sale como derrota. "Sí, exactamente eso."

Debería estar devastada. Debería estar llorando.

En cambio me río. Risa dura, fea, nada divertida.

"Eso es gracioso. Porque ya estoy loca. Ya soy demasiado intensa. Ya soy demasiado dependiente. Y aún así pediste casarte conmigo. Así que ¿qué cambió?"

"Nada. Todo. Yo..." Se tapa la cara con las manos. "No lo sé. Ya no sé nada."

Me siento junto a él. No demasiado cerca—puedo sentir su necesidad de espacio. Pero cerca suficiente para que mi voz llegue clara cuando hablo.

"Rafael, escúchame. Te voy a decir algo y necesito que realmente lo escuches."

Baja las manos, me mira.

"Tienes razón sobre todo. Soy intensa. Soy dependiente. Me he perdido en ti de manera no saludable. Y sí, si tratas de irme, probablemente haría cosas que no son racionales." Pausa. "Pero aquí está la cosa: sabías todo eso cuando propusiste. Sabías quién soy. Qué soy. Y aún así lo pediste."

"Tal vez cometí error."

"Tal vez." Me encojo de hombros. "Pero ya lo pediste. Ya dijiste que me amabas. Ya firmaste papeles poniéndome como beneficiaria, dándome poder sobre tu vida. Ya comprometiste."

"Puedo deshacer esas cosas."

"¿Puedes?" Me inclino más cerca. "¿De verdad crees que puedes simplemente deshacer esto? ¿Deshacer nos?"

"Si tengo que hacerlo."

"No." Mi voz es suave pero absoluta. "No puedes. Porque Rafael, te amo. Y cuando amo, amo completamente. Sin salidas. Sin respaldos. Sin medias medidas."

"Eso me asusta."

"Lo sé. Debería asustarte." Toco su mejilla. "Pero también debería hacer que te sientas especial. Porque nadie—nadie—te va a

amar como yo. Nadie te va a elegir tan completamente. Tan absolutamente."

"¿Incluso si es poco sano?"

"Especialmente porque es poco sano." Sonríe, y sé que mi sonrisa es un poco loca. "El amor sano es aburrido, Rafael. Predecible. Seguro. Nosotros no somos eso. Nunca lo fuimos. Somos intensos y complicados y probablemente destinados a explotar espectacularmente."

"Eso no es exactamente argumento a favor del matrimonio."

"¿No? Yo creo que sí. Prefiero cinco años de intensidad ardiente que cincuenta años de tibieza cómoda. Prefiero amor que me consume completamente a amor que apenas me toca."

"¿Incluso si te destruye?"

"Especialmente si me destruye."

Rafael me mira por largo tiempo. Veo el momento exacto cuando decide. Cuando elige saltar en lugar de retroceder.

"Estás completamente loca," dice.

"Lo sé."

"Y esto probablemente va a terminar mal."

"Probablemente."

"Y me estoy casando contigo de todos modos."

"Sí." Beso suavemente. "Sí, lo estás."

Nos besamos, y hay desesperación en ello. Reconocimiento de que ambos estamos eligiendo camino que probablemente termina en desastre. Pero lo elegimos de todos modos.

Porque algunas personas están destinadas a destruirse entre sí.

Y nosotros somos esas personas.

Esa noche, después de que Rafael se duerme, voy al armario. Saco la caja de zapatos del estante alto. Desenvuelvo la bolsa de plástico.

Tres ampollas de arsénico brillan bajo la luz de la luna.

Por si acaso.

Pero ahora me doy cuenta: no hay "por si acaso." No hay escenario donde no las use. Porque Rafael tiene razón—soy intensa, obsesiva, peligrosa cuando se trata de él.

Y si alguna vez trata de irse...

Bueno.

Ya no estoy fingiendo que no haría lo necesario para mantenerlo.

Ya no estoy fingiendo que mi amor es sano o normal o seguro.

Es amor, sí. Pero es amor que podría matar.

Y la parte más aterradora es que ya no me importa.

Guardo las ampollas de vuelta. Escondidas. Esperando. Como yo.

Siempre esperando el momento en que sean necesarias.

Porque Rafael y yo vamos a casarnos en ocho días.

Y nada—absolutamente nada—va a detener eso.

Ni siquiera él.

CAPÍTULO 14

LA CUENTA REGRESIVA

Siete días antes de la boda, Ana llama a Rafael.

Lo sé porque estoy en la cocina cuando su teléfono suena. Lo dejó en la mesa mientras se ducha. Veo el nombre en la pantalla.

Ana Cortés

Mi mano se mueve sin pensar. Tomo el teléfono. Contesto.

"¿Hola?"

Silencio del otro lado. Luego: "¿Elisa?"

"La misma."

"Yo... estaba llamando a Rafael."

"Está ocupado. ¿Puedo tomar mensaje?" Mi voz es perfectamente cortés. Perfectamente fría.

"Solo... quería hablar con él. ¿Puedes decirle que llamé?"

"Claro. Aunque tal vez sea mejor que no."

"¿Perdón?"

"Ana." Me siento en la mesa, cruzando piernas. "Seamos honestas entre nosotras. Sé lo que estás haciendo."

"No estoy haciendo nada."

"Estás esperando. Esperando que él cambie de opinión. Esperando que esto explote para que puedas ser la buena amiga que lo recoge." Pausa. "¿Me equivoco?"

Silencio largo. Luego, sorprendentemente: "No."

La honestidad me desarma por un segundo.

"Al menos eres sincera," digo.

"Él merece mejor."

"¿Mejor que yo?"

"Mejor que mujer que lo hace sentir atrapado. Rafael me contó sobre su conversación de ayer. Sobre cómo le dijiste que eres 'peligrosa' si trata de irse."

Mierda. Compartió eso con ella.

"Estaba siendo dramática."

"¿De verdad? Porque sonó como amenaza."

"No fue amenaza. Fue honestidad. Algo que Rafael parece apreciar más que mentiras bonitas."

"Elisa, sé que lo amas. Pero amor no debería asustar a la otra persona. No debería hacer que se sientan atrapados."

"¿Y tú qué sabes sobre ello? Tú lo dejaste ir."

"Porque era lo correcto. Porque él no estaba listo para lo que yo necesitaba. Y en lugar de aferrarme y hacer miserable a ambos, dejé ir." Su voz se suaviza. "Eso es lo que haces cuando realmente amas a alguien. Los dejas ser libres."

"Qué noble. Qué aburrido."

"Tal vez. Pero al menos puedo dormir por la noche sabiendo que no obligué a nadie a quedarse conmigo por miedo."

Las palabras golpean duro porque son verdad. Rafael no está quedándose por amor—no completamente. Está quedándose porque tiene miedo de lo que pasaría si se va.

Y la parte horrible es que tiene razón de temer.

"Gracias por tu preocupación," digo fríamente. "Pero Rafael y yo estamos bien. Nos casamos en una semana. Él hizo su elección."

"¿La hizo? ¿O lo acorralaste hasta que sintió que no tenía opción?"

"Adiós, Ana."

Cuelgo antes de que pueda responder. Borro la llamada del registro. Pongo el teléfono exactamente donde estaba.

Rafael sale de la ducha cinco minutos después, toalla alrededor de cintura, cabello mojado.

"¿Alguien llamó?" Pregunta, viendo su teléfono.

"No. Todo tranquilo."

La mentira sale fácil. Como siempre.

Seis días antes de la boda, Cristina viene a visitarnos.

No la invité. Aparece sin avisar, tocando el timbre a las diez de la mañana con café y pasteles de pastelería del barrio.

"Sorpresa," dice cuando abro. "Pensé que necesitabas tiempo de chicas antes de la gran día."

Rafael está trabajando desde casa hoy—algo raro últimamente. Levanta vista desde su laptop en la mesa del comedor.

"Hola, Cristina. No te preocupes, me voy." Cierra laptop, me besa mejilla. "Necesito ir a oficina de todos modos. Revisar planes finales del proyecto."

"¿Otro día? Son las diez de la mañana."

"Mucho que hacer antes de tomarme tiempo libre para la boda." Otra sonrisa—esta forzada. "Las dejaré a las dos."

Sale rápido. Demasiado rápido. Como si agradeciera la excusa para irse.

Cristina lo nota. "¿Todo bien entre ustedes?"

"Perfecto. Solo nervios pre-boda normales."

"Elisa." Se sienta en sofá, palmea el espacio junto a ella. "Somos amigas desde hace diez años. No me mientas."

Me siento, bebiendo café que trajo. "Está teniendo dudas. Otra vez."

"¿Serías?"

"Lo suficientemente serias para asustarlo. No lo suficientemente serias para hacerlo huir." Todavía no, añadido mentalmente.

"¿Y tú? ¿Cómo estás manejándolo?"

"Cómo crees que lo estoy manejando?" Dejo el café bruscamente. "El hombre que amo, que me propuso matrimonio hace dos meses, ahora actúa como si estuviera caminando hacia ejecución en lugar de boda."

"Tal vez deberían posponerla. Darse más tiempo."

"No." La palabra sale demasiado fuerte. "No vamos a posponer. La boda es en seis días."

"Elisa..."

"Cristina, no." Me levanto, empiezo a caminar. "He esperado suficiente. He sido paciente suficiente. He dado suficiente tiempo. La boda pasa. Punto."

"¿Incluso si él no está seguro?"

"Especialmente si no está seguro. Porque si le doy más tiempo, solo va a encontrar más razones para dudar. Más excusas para posponer. Y eventualmente..." Me detengo.

"¿Eventualmente qué?"

"Eventualmente va a irse. Y no puedo dejar que eso pase."

Cristina me mira con algo que podría ser preocupación o miedo. "Elisa, ¿qué hiciste?"

"¿Qué?"

"Acabas de decir 'no puedo dejar que eso pase.' No 'espero que no pase' o 'trataré de prevenirlo.' Dijiste 'no puedo dejar.' Como

si tuvieras control sobre ello." Pausa. "¿Qué hiciste?"

"Nada."

"Mentira." Se levanta, camina hacia mí. "Te conozco. Conozco esa mirada. Es la misma que tenías cuando estabas planeando algo para cliente difícil. Cuando estabas calculando ángulos, buscando ventaja."

"No es lo mismo."

"¿No? Porque desde aquí parece exactamente lo mismo. Excepto que ahora no es trabajo. Es tu vida. Y la de él."

"Cristina, déjalo."

"No puedo dejarlo. Eres mi amiga. Y estás asustándome."

"¿Te estoy asustando?" Me río sin humor. "Únete al club. Aparentemente aterrizo a todos últimamente."

"Elisa..."

"¿Sabes qué? Tal vez debería dar miedo. Tal vez he sido demasiado suave, demasiado razonable. Dejé que Rafael tuviera sus dudas, su tiempo, su espacio. ¿Y qué conseguí? Un novio que todavía mensajea a su ex. Que todavía cuestiona si esto es real. Que todavía tiene un pie fuera de la puerta."

"Entonces tal vez no deberías casarte con él."

Las palabras cuelgan en aire como sentencia.

"Esa no es opción," digo lentamente.

"¿Por qué no?"

"Porque lo amo."

"El amor no debería hacerte actuar así. El amor no debería convertirte en persona que da miedo."

"Tal vez mi amor no es el tipo bonito y seguro. Tal vez es sucio y obsesivo y un poco loco. ¿Pero sabes qué? Es lo que tengo."

Es lo que soy." La miro directamente. "Y no voy a disculparme por ello."

Cristina me mira por largo momento. Luego saca su teléfono, escribe algo rápido.

"¿Qué estás haciendo?"

"Enviando mensaje a Rafael."

"¿Qué? ¡No!"

"Elisa, escúchame. Como tu amiga, como alguien que te quiere—necesitas ayuda profesional. Esto no es solo amor intenso. Esto es algo más. Algo que necesita terapia, no matrimonio."

Arrebato el teléfono de su mano antes de que pueda enviarlo. Leo el mensaje borrador:

"Rafael, necesitamos hablar sobre Elisa. Estoy preocupada por ella. Y por ti. Por favor llámame."

Borro el mensaje. Bloqueo su teléfono. Se lo devuelvo.

"No te atrevas," digo con voz peligrosamente tranquila. "No te atrevas a sabotear esto."

"No estoy sabotando. Estoy tratando de ayudar."

"No necesito tu ayuda."

"Sí la necesitas. Y Rafael necesita saber con quién se está casando realmente."

"Él sabe exactamente quién soy."

"¿De verdad? ¿Sabe sobre esto?" Hace gesto hacia mí. "¿Esta versión que está dispuesta a... qué exactamente? ¿Qué estás dispuesta a hacer para mantenerlo?"

No respondo. Porque no puedo decir la verdad. No puedo admitir que ya crucé líneas. Que hay veneno escondido en nuestro armario. Que he pensado exactamente qué hacer si él trata de irse.

"Eso pensé," dice Cristina suavemente. "Elisa, por favor. Busca ayuda. Pospón la boda. Date tiempo para averiguar quién eres sin él."

"No."

"¿Por qué eres tan terca?"

"¡Porque si lo pierdo, no soy nadie!" Las palabras explotan de mí. "¿Okay? ¿Eso es lo que querías escuchar? Sin Rafael no soy nada. No tengo carrera, no tengo familia, no tengo identidad propia. Él es todo lo que tengo. Todo lo que soy."

"Eso no es amor. Eso es dependencia."

"Llámallo como quieras. Es lo único que tengo."

Cristina recoge su bolso. "No puedo quedarme aquí y ver esto. Ver cómo te destruyes. Y potencialmente lo destruyes a él."

"¿Entonces te vas?"

"Sí. Y Elisa... no voy a tu boda."

Las palabras golpean como bofetada.

"¿Qué?"

"No puedo estar ahí. No puedo ser testigo de esto cuando sé que está mal. Cuando sé que vas a lastimar a alguien— probablemente a ti misma, posiblemente a él."

"Eres mi única amiga."

"Lo sé. Y por eso te digo esto: para. Busca ayuda. No te cases con él en seis días."

"Vete."

"Elisa..."

"VETE." Mi voz resuena en el apartamento. "Si no vas a apoyarme, si vas a juzgarme, entonces vete. No te necesito."

Cristina me mira con tristeza. "Espero que encuentres lo que estás buscando. Espero que valga la pena."

Sale. La puerta se cierra con clic suave.

Y de repente estoy sola en el apartamento, rodeada de planes de boda y vestido color champán colgando en armario y collar de su madre alrededor de mi cuello.

Sola.

Como siempre.

Cinco días antes de la boda, Rafael trabaja hasta las once de la noche.

Llega exhausto, apenas me saluda antes de ir directo a la ducha. Cuando sale, se mete en cama sin cenar.

"¿Estás bien?" Pregunto, acostándome junto a él.

"Solo cansado."

"¿O evitándome?"

Silencio. Luego: "Un poco de ambos."

Al menos es honesto.

"Rafael, si no quieres casarte..."

"No digas eso."

"Pero si es verdad..."

"No lo es. Yo... solo necesito que todo esto termine. El estrés, la planificación, las dudas. Necesito que sea el día 15 para que pueda dejar de pensar y solo... ser."

"¿Ser casado conmigo?"

"Sí."

"¿Felizmente casado?"

Pausa. "Espero que sí."

No es "sí absolutamente." Pero es lo mejor que voy a conseguir.

"Duerme," digo, besando su hombro. "Solo cinco días más."

Se duerme rápido. Yo me quedo despierta, mirando techo, contando.

Cinco días.

Ciento veinte horas.

Siete mil doscientos minutos.

Cada segundo sintiendo como eternidad.

Cuatro días antes de la boda, recibo email.

De Dr. Mora.

Asunto: Análisis de Seguimiento - Rafael Mendoza

Mi corazón se detiene. Abro el email con manos temblorosas.

Estimada Sra. Varela,

Como tiene poder notarial médico para el Sr. Mendoza, quería informarle que sus últimos análisis muestran niveles levemente elevados de metales pesados otra vez. No alarmante, pero preocupante dado el episodio previo.

Recomiendo que Rafael venga para análisis más completos. También sugiero consulta con toxicólogo para determinar fuente de exposición.

Por favor coordine cita a su conveniencia.

Atentamente,

Dr. Mora

Mierda.

Mierda mierda mierda.

Pero no he usado nada desde octubre. Hace tres meses. No puede ser de eso.

¿O sí?

Busco en internet otra vez. *"Arsénico niveles elevados meses después"*

Puede acumularse en cuerpo. Especialmente en personas con sistema comprometido de quimio previa. Pequeñas dosis repetidas pueden causar envenenamiento crónico.

Pero solo le di una dosis. Una vez. En octubre.

¿Verdad?

Pienso más cuidadosamente. Octubre. El arroz negro. Eso fue definitivo.

¿Pero hubo otras veces? Momentos donde estaba tan enojada, tan asustada de perderlo, que tal vez... tal vez añadí algo pequeño a su café? ¿A su sopa?

No. No lo hice.

¿Verdad?

Mierda, ya ni siquiera estoy segura.

Borro el email. Lo muevo a papelera. Vacío papelera.

No voy a decirle a Rafael. Cuatro días antes de la boda, no voy a darle otra razón para dudar.

Después de la boda, si todavía está teniendo síntomas, entonces veremos médico. Pero no antes.

No cuando estamos tan cerca.

Tres días antes de la boda, mi teléfono suena.

Número desconocido.

"¿Hola?"

"¿Elisa Varela?" Voz de mujer que no reconozco.

"¿Quién pregunta?"

"Me llamo Isabel. Soy prima de Rafael."

Pausa. "Rafael no tiene familia. Me lo dijo."

"Familia cercana, no. Pero tengo conexión familiar distante. Y acabo de enterarme de la boda." Pausa. "Necesito hablar contigo. En persona."

"¿Sobre?"

"Sobre Rafael. Sobre cosas que necesitas saber antes de casarte con él."

Cada instinto me grita que cuelgue. Que esto es trampa de algún tipo.

Pero curiosidad gana.

"¿Dónde?"

Nos encontramos en café en Gràcia. Isabel resulta ser mujer de cincuenta y tantos con cabello gris y ojos que recuerdan inquietantemente a Rafael.

"Gracias por venir," dice cuando me siento.

"¿Qué quieres?"

"Advertirte." Bebe café. "Conozco a Rafael desde que era niño. Nuestras familias eran cercanas antes de que su madre muriera."

"Okay..."

"Y necesito que sepas algo sobre los Mendoza. Sobre los hombres en esa familia específicamente."

"¿Qué sobre ellos?"

"Tienen patrón. Se enamoran intensamente, rápido. Hacen promesas grandes. Y luego..." Se detiene.

"¿Y luego qué?"

"Se van. Cuando las cosas se ponen difíciles, cuando la realidad no coincide con la fantasía—desaparecen."

"Rafael no es así."

"¿No? El padre de Rafael hizo lo mismo. Se enamoró de su madre, grandes promesas, boda rápida. Fueron felices cinco años. Luego la vida se puso difícil—ella enfermó, dinero era problema—y él comenzó a alejarse emocionalmente. Cuando ella murió, él duró tres años solo por culpa, no por amor."

"Eso no significa que Rafael..."

"El abuelo de Rafael también. Patrón familiar. Los hombres Mendoza aman la idea de amor más que la realidad." Me mira directamente. "Y Rafael ya está mostrando señales. Dudas, mensajes a ex, trabajando tarde para evitarte. He visto este patrón antes."

"¿Por qué me estás diciendo esto?"

"Porque pareces buena persona. Y no mereces ser abandonada después de que la fantasía se desvanezca."

"Rafael me ama."

"Tal vez. Por ahora. Pero ¿qué pasa en cinco años? ¿Diez? Cuando la intensidad se desvanezca y la vida real aparezca—¿seguirá ahí?"

No tengo respuesta para eso.

Isabel saca tarjeta de su bolso. "Si alguna vez necesitas hablar. O ayuda. Llámame."

Tomo la tarjeta automáticamente.

Sale dejándome con café frío y dudas calientes.

Dos días antes de la boda, Rafael no llega a casa.

Llama a las ocho. "Tengo que quedarme en oficina. Problema con proyecto. No me esperes despierta."

Cuelga antes de que pueda responder.

A las diez, reviso su ubicación en su teléfono. (Sí, tengo acceso. Él me lo dio voluntariamente hace semanas. "Para emergencias.")

No está en oficina.

Está en Gràcia. En calle residencial.

En calle donde vive Ana.

Mi mano aprieta el teléfono tan fuerte que la pantalla casi se rompe.

Podría llamarlo. Confrontarlo. Exigir explicación.

O podría ir allí.

Elijo la segunda opción.

Veinte minutos después estoy en calle de Ana. Veo el coche de Rafael estacionado afuera de su edificio.

Subo al tercer piso. Toco timbre de su apartamento.

Ana abre. Ve mi cara. Su expresión cambia de confusión a algo como miedo.

"Elisa..."

"¿Dónde está?"

"Está... hablando. Solo hablando."

"Déjame entrar."

"No creo que sea buena idea..."

Empujo la puerta, pasando junto a ella.

Rafael está en sofá de Ana, copa de vino en mano. Ve mi cara. Se levanta tan rápido que el vino casi se derrama.

"Elisa. ¿Qué haces aquí?"

"¿Qué estoy haciendo aquí? ¿QUÉ ESTÁS HACIENDO TÚ AQUÍ?" Mi voz sube. "Nos casamos en dos días y estás con tu ex bebiendo vino."

"No es lo que piensas..."

"¿No? Entonces dime. Ilumíname. ¿Qué exactamente es esto?"

"Necesitaba hablar con alguien. Alguien neutral."

"No es neutral. Es tu ex. Es mujer que está esperando que esto falle."

"Eso no es justo," dice Ana.

"Cállate. Tú no opinas."

"Elisa," dice Rafael, su voz de advertencia. "No le hables así."

"¿La estás defendiendo? ¿DOS DÍAS antes de nuestra boda estás defendiéndola a ELLA?"

"No es sobre defenderla. Es sobre que estás siendo irracional."

"¿Irracional? ¿IRRACIONAL?" Me río, y suena poco cuerda incluso a mis oídos. "Mi prometido está con otra mujer dos días antes de nuestra boda y yo soy la irracional."

"Elisa, respira. Hablemos afuera..."

"No. Vamos a hablar aquí. Frente a ella. Así puede ver exactamente qué tipo de situación está esperando heredar."

"¿Qué se supone que significa eso?"

"Significa que esto—" señalo entre nosotros "—es para siempre. Te casas conmigo en dos días. Te guste o no. Estés listo o no. Porque ya comprometiste."

"No puedes forzarme a casarme contigo."

"¿No puedo?" Sonrío, y sé que mi sonrisa es completamente desquiciada ahora. "Rafael, firmaste papeles. Me hiciste beneficiaria. Me diste poder sobre tu vida. ¿Realmente piensas que puedes simplemente irte?"

"Elisa, estás asustándome otra vez."

"Bien. Deberías estar asustado." Me acerco. "Porque esto pasa. Nuestra boda. En dos días. Y si intentas huir, si intentas cancelar..."

"¿Qué? ¿Qué vas a hacer?"

La pregunta cuelga en aire.

Y en ese momento, con Ana mirando con horror y Rafael mirando con algo entre miedo y fascinación, me doy cuenta: he llegado demasiado lejos.

He mostrado demasiado.

Esto no es amor que da miedo. Esto es amor que es peligroso.

Y lo acabo de admitir frente a testigo.

"Nada," digo finalmente, retrocediendo. "No voy a hacer nada. Porque me amas. Y vas a aparecer. Porque siempre lo haces."

Salgo del apartamento antes de que pueda ver mis lágrimas.

Antes de que puedan ver qué tan rota estoy realmente.

Esa noche, sola en nuestro apartamento, miro las ampollas otra vez.

Tres. Todavía tres.

Por si acaso.

Pero ahora me doy cuenta: ya pasó el punto de "por si acaso."

Esto termina de una manera o otra en dos días.

Ya sea con boda.

O con algo mucho más oscuro.

Y en este momento, no estoy segura de cuál prefiero.

CAPÍTULO 15

EL PUNTO DE QUIEBRE

Rafael no regresa esa noche.

Me quedo despierta hasta las tres de la madrugada, mirando la puerta, esperando escuchar su llave en la cerradura. Cada ruido del edificio—vecinos subiendo escaleras, gatos en el callejón, el viento contra las ventanas—hace que mi corazón salte.

Pero no viene.

A las cuatro, finalmente me rindo. Voy a la cocina—mi santuario, el único lugar que todavía tiene sentido—y saco el cuchillo chef. No para cocinar. Solo para sostenerlo.

El peso es reconfortante. El acero frío contra mi palma. El filo que podría cortar cualquier cosa si aplicas la presión correcta en el ángulo correcto.

Demasiada fuerza y lo arruinas.

¿Cuánta fuerza he aplicado ya? ¿Cuándo crucé de amor a obsesión a algo más oscuro?

Me siento en el suelo de la cocina con el cuchillo en mi regazo. Así es como Rafael me encuentra cuando finalmente llega a las cinco de la mañana.

"Elisa." Su voz es cuidadosa. Como si estuviera hablando con animal salvaje. "¿Qué estás haciendo?"

"Pensando."

"¿Con un cuchillo?"

"Me ayuda a pensar. Los cuchillos son honestos. Hacen exactamente lo que se supone que hagan." Lo levanto, dejando que la luz temprana se refleje en el acero. "No como las personas. Las personas mienten. Prometen cosas que no van a cumplir."

Rafael se sienta lentamente en el suelo frente a mí. Deja un metro de distancia entre nosotros. Distancia de seguridad.

"Elisa, necesitamos hablar."

"¿Sobre cómo pasaste la noche con Ana?"

"No pasé la noche con ella. Me quedé en hotel. Necesitaba espacio para pensar."

"Pensar sobre qué? Sobre cómo cancelar nuestra boda que es en..." miro el reloj, "treinta y siete horas?"

"Sobre si estamos cometiendo error enorme."

Ahí está. Finalmente lo dice en voz alta.

"¿Entonces vas a cancelar?" Mi voz suena extrañamente calmada.

"No lo sé. Anoche me asustaste, Elisa. Realmente me asustaste. La manera en que hablaste, la manera en que me miraste... Era como si no te conociera."

"Me conoces perfectamente."

"¿De verdad? Porque la mujer de anoche—la que irrumpió en el apartamento de Ana, que hizo amenazas veladas, que actuó como si yo le perteneciera—esa no es la mujer de la que me enamoré."

"Sí lo es." Bajo el cuchillo. "Siempre he sido así. Solo que antes estaba actuando. Fingiendo ser la novia cuerda y razonable. Pero esto—" señalo hacia mí "—esto es lo real. Esto es lo que soy cuando no estoy actuando."

"¿Y qué eres?"

"Alguien que te ama tanto que duele. Alguien que haría cualquier cosa para mantenerte. Cualquier cosa." Pausa. "¿Eso te

asusta?"

"Sí."

"Bien. Porque debería asustarte. Porque Rafael, cuando te cases conmigo mañana—y te vas a casar conmigo—necesitas entender algo: no hay salidas. No hay planes de respaldo. No hay Ana esperando en las alas. Serás mío. Completamente."

"Eso no es amor. Eso es posesión."

"¿Cuál es la diferencia?"

Rafael me mira por largo tiempo. Veo algo cruzar su cara—horror, reconocimiento, tal vez incluso fascinación.

"¿Sabes qué es lo más jodido?" Dice finalmente. "Que parte de mí lo encuentra excitante. Esa intensidad. Esa devoción absoluta."

"¿Solo parte de ti?"

"La otra parte está aterrada. Porque sé que esto no es sano. Sé que vamos a destruirnos mutuamente."

"Probablemente." Me levanto, todavía sosteniendo el cuchillo. Voy al fregadero, lo lavo cuidadosamente, lo seco, lo regreso a su soporte magnético. "Pero ¿sabes qué descubrí? Prefiero destrucción contigo a supervivencia sin ti."

"Elisa..."

"No." Me giro hacia él. "No más dudas. No más 'necesito tiempo.' No más visitas a Ana. Mañana—hoy, técnicamente—es nuestro último día antes de la boda. Y vamos a pasarlo juntos. Y mañana por la noche, vas a aparecer en el ayuntamiento a las seis. Y te vas a casar conmigo."

"¿O qué?"

La pregunta cuelga entre nosotros.

Y por primera vez, no tengo respuesta. Porque he jugado todas mis cartas. He mostrado todas mis armas. Ya no hay

sorpresas, no hay misterio.

Solo verdad cruda y aterradora de cuánto lo necesito.

"O nada," digo finalmente. "No hay 'o qué.' Solo... por favor. Por favor no me dejes."

Las palabras salen rotas. Ya no soy mujer peligrosa con cuchillo. Solo soy mujer desesperada rogando.

Y algo en la cara de Rafael cambia.

"Ven aquí," dice suavemente.

Me acerco. Él me abraza, y empiezo a llorar. Sollozos feos, desesperados, meses de tensión y miedo vertidos contra su pecho.

"Lo siento," murmuro entre lágrimas. "Lo siento por ser tan intensa, tan obsesiva, tan jodidamente loca..."

"Shh." Besa mi cabeza. "No te disculpes por amar demasiado. Discúlpate por no confiar en que yo también te amo."

"¿Me amas? ¿De verdad?"

"Sí. Incluso cuando me asustas. Especialmente cuando me asustas." Me aleja lo suficiente para mirarme. "Porque significa que te importa. Que esto importa."

"¿Entonces vas a aparecer? ¿Mañana?"

"Voy a aparecer."

"¿Lo prometes?"

"Te lo prometo. Hasta que la muerte nos separe, ¿recuerdas?"

Las palabras—las mismas que he estado obsesionando durante meses—finalmente suenan como promesa en lugar de amenaza.

Nos besamos, y sabe como alivio y desesperación y amor roto pero real.

El último día antes de la boda pasa en extraña calma.

Rafael se toma el día libre. Yo también—no es como si tuviera trabajo del cual tomar tiempo, pero la intención está ahí.

Desayunamos tarde. Café y tostadas y silencio cómodo. Como si ambos hubiéramos decidido tácitamente no hablar sobre anoche. Sobre las grietas en nuestra relación que apenas estamos tapando con promesas y esperanza.

"¿Qué quieres hacer hoy?" Pregunta Rafael.

"No lo sé. ¿Qué hace la gente el día antes de su boda?"

"Probablemente pánico y preparativos de última hora."

"Ya estamos haciendo pánico. Los preparativos están hechos. Ceremonia a las seis, cena después. Simple."

"Simple," repite. "Nada sobre nosotros es simple."

"No. Pero tal vez la boda puede serlo."

Decidimos caminar. Sin destino particular, solo vagando por Barcelona. Es enero pero el día es sorprendentemente cálido—catorce grados, sol brillante. Como si el universo estuviera dándonos permiso para esto.

Terminamos en Barceloneta, en la playa. Fuera de temporada está vacía—algunos corredores, parejas de ancianos, gaviotas gritando sobre el Mediterráneo.

Nos sentamos en la arena, mis piernas contra las suyas, su brazo alrededor de mis hombros.

"¿Te arrepientes?" Pregunto de repente.

"¿De qué?"

"De todo. De contratarme. De enamorarte de mí. De proponer matrimonio."

Rafael piensa cuidadosamente antes de responder. "No me arrepiento de conocerte. O de amarte. Pero me pregunto... ¿qué habríamos sido si hubiéramos empezado normalmente? Sin contrato, sin actuación, sin todo el equipaje."

"Probablemente nunca nos habríamos conocido."

"Verdad." Besa mi sien. "Así que supongo que no me arrepiento de cómo empezamos. Solo desearía que fuera menos complicado."

"La vida es complicada. Las personas son complicadas. Al menos somos honestamente complicados ahora."

"¿Honestamente?" Me mira. "Elisa, ¿hay algo que no me hayas dicho? ¿Algo que deba saber antes de casarme contigo?"

Mi mente va inmediatamente a las ampollas en el armario. Al veneno que usé una vez y que he considerado usar otra vez. A mi obsesión que cruza la línea a locura.

"No," miento. "No hay secretos."

Y esa mentira—esa última, crucial mentira—será la que lo mate.

O lo salve.

Todavía no estoy segura de cuál.

Esa noche cocinamos juntos. La última cena antes de ser marido y mujer. Decidimos hacer algo especial: pulpo a la gallega, en honor a mi abuela, a mi Galicia.

Rafael hierva el pulpo mientras yo preparo las patatas. El cuchillo chef corta a través de ellas con precisión satisfactoria.

"¿Nerviosa?" Pregunta.

"Aterrada."

"¿De la boda?"

"De todo lo que viene después. De ser esposa. De construir vida juntos. De..." Me detengo.

"¿De qué?"

"De arruinarlo. De que mi intensidad finalmente te ahogue. De que en cinco años me odies."

"No te voy a odiar."

"No puedes prometer eso."

"No." Saca el pulpo del agua, empieza a cortarlo. "Pero puedo prometer intentarlo. Intentar amarte incluso cuando es difícil. Incluso cuando me asustas. Incluso cuando yo te decepciono."

"Eso es todo lo que podemos prometer, ¿verdad? Intentar."

"Sí."

Comemos en nuestra pequeña mesa. El pulpo está perfecto—tierno, con el toque exacto de pimentón y aceite de oliva. Sabor de hogar, de infancia, de algo simple y honesto.

"Esto es bueno," dice Rafael. "Tu abuela estaría orgullosa."

"No lo sé. Probablemente estaría horrorizada de que me caso con hombre que alguna vez me pagó por sexo."

"Probablemente. Pero también estaría contenta de que eres feliz. ¿Eres feliz?"

La pregunta me detiene.

"¿Soy feliz?"

Lo pienso honestamente. Felicidad implica paz, contentamiento. Yo no siento eso. Siento intensidad, obsesión, amor tan fuerte que duele. Siento miedo constante de perderlo mezclado con certeza feroz de que es mío.

"No creo que 'feliz' sea la palabra correcta," digo finalmente. "Pero estoy... viva. Más viva de lo que he estado nunca. Incluso cuando duele."

"Eso es suficiente?"

"Tiene que serlo."

Terminamos la cena. Lavamos los platos juntos—él lava, yo seco. El ritual doméstico se siente como ensayo para matrimonio.

Para todos los días y noches ordinarios que vendrán después del extraordinario mañana.

"¿Quieres que duerma en la otra habitación?" Pregunta Rafael. "Tradición dice que novio y novia no deberían verse antes de la boda."

"Joder la tradición. Duerme conmigo."

Y lo hace.

Hacemos el amor esa noche—lento, gentil, como si fuera primera vez en lugar de cientos. Cada toque deliberado, significativo. Mañana todo cambia. Esta es última noche como simplemente nosotros, sin títulos legales ni papeles oficiales.

"Te amo," susurra Rafael contra mi piel.

"Te amo," respondo.

Y por esta noche, es suficiente.

Me despierto a las tres de la madrugada. Rafael duerme profundamente a mi lado, roncando suavemente.

No puedo dormir. Demasiados pensamientos, demasiadas emociones.

Voy a la cocina. Enciendo luz suave sobre la estufa. Miro los cuchillos en su soporte magnético.

Luego voy al armario. Saco la caja de zapatos. Desenvuelvo las ampollas.

Tres. Todavía tres.

¿Por qué las sigo teniendo? La boda es en quince horas. Él dijo que aparecerá. Lo prometió.

Pero ¿y si no lo hace?

¿Y si despierta mañana y decide que esto es demasiado?
¿Que yo soy demasiado?

¿Y si me deja parada en el ayuntamiento con vestido color champán y corazón roto?

Las ampollas brillan bajo la luz tenue.

Por si acaso.

Podría ponerlas en su café mañana. Solo un poco. Suficiente para enfermarlo—no peligrosamente, solo suficiente para que no pueda salir. Para que necesite que yo cuide de él. Para que recuerde que me necesita.

Mi mano se mueve hacia ellas.

"Elisa?"

Me congelo. Rafael está en la puerta del armario, medio dormido, confundido.

"¿Qué estás haciendo?"

Escondo rápidamente las ampollas detrás de mi espalda.
"Nada. No podía dormir. Buscando... algo para dormir."

"En el armario?"

"Pensé que guardé pastillas aquí."

Él se acerca. "¿Qué tienes en la mano?"

"Nada."

"Elisa." Su voz es firme. "Muéstrame."

Larga pausa. Luego, lentamente, saco las ampollas.

Rafael las mira. Confusión cruza su cara. "¿Qué es eso?"

"Solo... vitaminas viejas."

"¿Vitaminas en ampollas de vidrio no etiquetadas?" Toma una, la sostiene a la luz. "Elisa, ¿qué es esto realmente?"

Mi mente corre. Podría mentir. Podría decir que es medicina, algo inocente.

O podría decir la verdad.

Y en ese momento, a las tres de la mañana, quince horas antes de nuestra boda, estoy demasiado cansada para mentir más.

"Arsénico," digo en voz baja.

El silencio es absoluto.

"¿Qué?" Su voz apenas audible.

"Arsénico. Lo compré en octubre. Después de que entraste en remisión. Después de que empezaste a dudar otra vez."

"¿Para qué?"

"Por si acaso."

"¿Por si acaso qué, Elisa?"

"Por si acaso trataste de irte." Las palabras salen planas. Sin emoción. Como si estuviera discutiendo el clima. "Por si acaso necesitaba recordarte que me necesitas. Que sin mí, las cosas no van bien."

Rafael retrocede. Las ampollas caen de su mano, una se rompe en el suelo de madera. El líquido se esparce como lágrimas.

"Dios mío." Su voz tiembla. "¿Me envenenaste?"

"Una vez. Solo una vez. En octubre. El arroz negro."

"¿La noche que me enfermé? ¿La noche que el Dr. Mora dijo que era envenenamiento por metales pesados?"

"Sí."

"¿Y planeabas hacerlo otra vez?"

"Solo si intentabas cancelar la boda."

Rafael se sienta pesadamente en la cama. Su cara ha perdido todo color.

"No puedo... no puedo procesar esto."

"Lo sé. Lo siento. Yo..." ¿Qué puedo decir? No hay disculpa suficiente.

"¿Cuánto?" Su voz es mecánica. "¿Cuánto me diste?"

"Muy poco. Suficiente para enfermarte pero no para... no para matarte. Nunca para matarte."

"¡AH, BUENO, GRACIAS POR ESO!" Explota, su voz subiendo. "Gracias por solo envenenarme un poco en lugar de matarme. Qué considerado."

"Rafael..."

"No." Se levanta. "No. Esto es... esto cruza todas las líneas. TODO."

"Lo sé."

"¿Entonces por qué? ¿POR QUÉ LO HICISTE?"

"¡PORQUE ESTABA ASUSTADA!" Grito de vuelta. "Estaba aterrada de perderte. Acababa de admitir que te amaba y estabas empezando a alejarte otra vez. Y yo... perdí la cabeza. No estaba pensando claramente."

"¿Y ahora? ¿Estás pensando claramente ahora?"

Miro las dos ampollas restantes en el piso. El líquido de la rota está siendo absorbido lentamente por la madera.

"No," admito. "No, creo que no he estado pensando claramente en meses."

Rafael camina hacia su ropa. Empieza a vestirse.

"¿Qué estás haciendo?" Pánico sube en mi garganta.

"Me voy."

"¿A dónde?"

"No lo sé. A cualquier lugar. Lejos de ti."

"Rafael, por favor..."

"Elisa, acabas de admitir que me envenenaste. Que estabas dispuesta a hacerlo otra vez. ¿Cómo esperas que me quede?"

"Porque me amas."

"Amor no es suficiente. No cuando incluye literalmente envenenamiento."

Tiene razón. Lo sé. Cualquier persona cuerda se iría. Llamaría a policía. Me haría arrestar.

Pero tampoco puedo dejarlo ir.

"Si te vas ahora," digo lentamente, "no habrá boda. No habrá nosotros. Se acaba."

"Ya se acabó." Él se pone zapatos.

"Rafael, espera. Solo... espera. Dame un minuto para explicar."

"¿Explicar qué? ¿Cómo justificas envenenamiento?"

"No lo justifico. Fue horrible. Estuvo mal. Pero Rafael... necesito que entiendas cuán desesperada estaba. Cuán aterrada. Construí toda mi identidad alrededor de ti. Sin ti no soy nada. Y cuando empezaste a alejarte..."

"Entonces trabajas en ti misma. Vas a terapia. No recurras a envenenamiento."

"Lo sé. Tienes razón. Pero no estaba pensando racionalmente. Estaba pensando como persona ahogándose. Y personas ahogándose hacen cosas terribles para sobrevivir."

Rafael se detiene en la puerta. No se gira.

"¿Sabes qué es lo más jodido?" Dice. "Que parte de mí todavía quiere quedarse. Parte de mí todavía te ama. Incluso después de esto."

"¿Entonces quédate."

"No puedo. Porque si me quedo, si me caso contigo mañana sabiendo esto... ¿qué dice eso de mí?"

"Dice que el amor no es siempre bonito. Que a veces es oscuro y retorcido y aterrador. Pero es real."

"Esto no es amor. Esto es obsesión."

"¿Cuál es la diferencia?"

Rafael finalmente se gira. Hay lágrimas en sus ojos.

"La diferencia es que amor te hace mejor. Obsesión te destruye." Abre la puerta. "Y Elisa... creo que ya nos destruimos mutuamente."

Sale.

La puerta se cierra.

Y me quedo sola en el apartamento a las tres y media de la madrugada, doce horas antes de mi boda, con veneno derramado en el suelo y corazón rompiéndose en mi pecho.

Limpio el veneno meticulosamente. Las dos ampollas restantes las envuelvo en toallas de papel, las meto en bolsa de plástico, bajo al callejón, las tiro en contenedor público tres cuadras de distancia.

Evidencia desaparecida.

Pero el daño está hecho.

Vuelvo al apartamento. Me siento en sofá. Miro el reloj.

4:17 AM.

En trece horas y cuarenta y tres minutos, se supone que debo estar en ayuntamiento. Vestida de champán, collar de su madre, anillo en mano.

Esperando marido que probablemente no va a aparecer.

Porque le dije la verdad.

Porque finalmente fui honesta.

Y la honestidad nos destruyó.

Mi teléfono vibra. Mensaje de Rafael.

"Necesito tiempo para pensar. No me contactes. Por favor."

No hay "te amo." No hay "habla después." Solo pedido de espacio.

Y por primera vez en meses, no sé qué hacer.

No puedo forzarlo. No puedo manipularlo. No puedo envenenarlo otra vez.

Todo lo que puedo hacer es esperar.

Y ver si aparece.

O si finalmente encontré límite.

La línea que incluso mi amor oscuro no puede cruzar.

Escribo en mi diario por última vez:

15 de enero, 2026, 5:03 AM

Mi boda es en trece horas.

O no lo es.

Le dije la verdad. Todo. El veneno, la obsesión, cuán lejos estaba dispuesta a ir.

Y se fue.

No lo culpo. Yo me iría también si pudiera. Pero no puedo irme de mí misma. Estoy atrapada en esta piel, en esta mente, en este amor que se convirtió en algo monstruoso.

Cristina tenía razón. Me perdí en él. Dejé que amor me consumiera hasta que no quedó nada de mí.

Isabel tenía razón. Los hombres Mendoza se van cuando las cosas se ponen difíciles.

Ana tenía razón. Debería dejarlo ir.

Todos tenían razón.

Excepto que no puedo. Incluso ahora, sabiendo que probablemente no va a aparecer, no puedo dejar de esperar.

Voy a ponerme ese vestido champán.

Voy a ir al ayuntamiento.

Y voy a esperar.

Porque eso es lo que hace amor obsesivo.

Espera.

Incluso cuando esperanza es irracional.

Incluso cuando debería soltarlo.

Espera.

Hasta que la muerte nos separe.

O hasta que uno de nosotros finalmente se rompa completamente.

Lo que venga primero.

Cierro el diario. Lo dejo en mesa.

Y empiezo a prepararme para boda que probablemente nunca sucederá.

Porque incluso en destrucción, incluso en final, necesito hacer esto bien.

Necesito aparecer.

Aunque él no lo haga.

CAPÍTULO 16

HASTA QUE LA MUERTE NOS SEPARE

El vestido color champán cuelga del armario como fantasma.

Son las once de la mañana. Siete horas hasta la ceremonia. No he dormido. No he comido. Solo me he sentado en el sofá, mirando mi teléfono, esperando.

Nada.

Ningún mensaje de Rafael. Ninguna llamada. Solo silencio.

Cristina tampoco ha contactado. No espero que lo haga después de nuestra última conversación. Mi única amiga, perdida. Mi futuro esposo, desaparecido. Estoy completamente sola.

Como siempre.

A las doce, finalmente me ducho. El agua está demasiado caliente, casi quemando, pero no me importa. El dolor físico es preferible al emocional que está desgarrando mi pecho.

Me siento en la bañera, dejando que el agua caiga sobre mí, y finalmente—finalmente—lloro de verdad. No sollozos controlados sino llanto feo, desesperado, el tipo que sale de algún lugar profundo y roto.

Lloré cuando murió mi madre. Lloré cuando llegué a Barcelona sin dinero ni futuro. Lloré la primera vez que un cliente me trató como objeto en lugar de persona.

Pero esto es peor. Esto es pérdida de algo que casi tuve. Casi.

A la una, empiezo a vestirme.

Quizás es masoquismo. Quizás es negación. Pero voy a hacer esto. Voy a ponerme ese vestido, el collar de su madre, el maquillaje perfecto. Voy a aparecer en el ayuntamiento a las seis.

Porque si no aparezco, si me rindo, entonces todo—todo el dolor, toda la obsesión, todo el amor oscuro—fue por nada.

Y no puedo aceptar eso.

El vestido se desliza sobre mi piel como promesa rota. El collar—ese maldito collar de cuatro generaciones de mujeres Mendoza—pesa en mi cuello como condena.

Me miro en el espejo. La mujer que me devuelve la mirada es hermosa de manera hueca. Todo correcto por fuera: cabello perfecto, maquillaje impecable, vestido elegante.

Pero los ojos están muertos.

A las tres, mi teléfono suena.

Número desconocido.

"¿Hola?"

"¿Elisa Varela?" Voz de hombre que no reconozco.

"Sí."

"Soy el abogado de Rafael Mendoza. El Dr. Suárez. Nos conocimos brevemente cuando firmó el contrato original."

Mi corazón se hunde. Si está llamando el abogado...

"¿Qué quiere?"

"El Sr. Mendoza me pidió contactarla. Hay algunos documentos que necesita firmar."

"¿Qué tipo de documentos?"

"Relacionados con... la disolución de ciertos acuerdos. Si pudiera venir a mi oficina..."

"Dígamelo ahora. ¿Qué tipo de disolución?"

Pausa. "El Sr. Mendoza está revocando el poder notarial médico que le otorgó. Y modificando su testamento para remover su nombre como beneficiaria."

Las palabras golpean como puñetazos físicos.

"Entiendo."

"También hay cuestión del apartamento. Como ambos están en el contrato de alquiler, necesitamos..."

"Me iré. Dele una semana para empacar."

"¿Y la boda?"

"¿Qué sobre ella?"

"¿Debo entender que está... cancelada?"

La pregunta cuelga en el aire. Todavía son tres horas antes de la ceremonia. Técnicamente, todavía podría suceder.

Pero sabemos ambos que no va a pasar.

"Sí," digo con voz muerta. "Está cancelada."

"Lo siento mucho, señorita Varela."

"Yo también."

Cuelgo.

Me siento en la cama con vestido champán y collar de plata y corazón completamente destruido.

Acabó. Realmente acabó.

No hay boda. No hay futuro. No hay nada.

Solo yo, sola otra vez, en ciudad que nunca me quiso realmente.

Debería quitarme el vestido. Debería aceptar que terminó.

Pero en cambio, me quedo sentada. Esperando. Porque estúpidamente, irracionalmente, todavía hay parte de mí que piensa que tal vez—tal vez—él aparecerá de todos modos.

Que el amor es más fuerte que el miedo.

Que las promesas importan.

Pero a las cinco y media, todavía no hay señales de Rafael.

Y tengo que aceptar la verdad: él no viene.

Voy al ayuntamiento de todos modos.

Es masoquismo puro. No hay otra explicación. Pero necesito verlo. Necesito estar en ese lugar, en ese momento, solo para cerrar el círculo.

El edificio es hermoso en luz dorada de enero. Otras parejas están llegando—novias con vestidos blancos, novios nerviosos, familias sonrientes. Vida continuando. Amor siendo celebrado.

Solo yo estoy sola.

Me siento en banco fuera del edificio. Son las seis menos diez. La ceremonia debería empezar en diez minutos.

Miro mi teléfono. Nada.

Seis menos cinco.

Nada.

Seis en punto.

Todavía nada.

A las seis y cinco, acepto finalmente: él no viene.

Me levanto para irme. Y entonces—

"¿Elisa?"

Me giro.

Rafael está ahí.

Lleva traje—el mismo azul marino que usó cuando nos conocimos. Se ve terrible. Ojos rojos, sin afeitarse, como si tampoco hubiera dormido.

Pero está aquí.

"Viniste," susurro.

"Casi no lo hago." Se acerca lentamente. "Pasé todo el día conduciendo. A la playa, a las montañas, a cualquier lugar. Tratando de decidir."

"¿Y?"

"Y me di cuenta de algo." Se detiene a un metro de distancia. "Que tienes razón. Esto no es sano. No es normal. Probablemente vamos a destruirnos mutuamente."

"¿Entonces por qué estás aquí?"

"Porque prefiero cinco años contigo que cincuenta años sin ti. Incluso si es intenso. Incluso si es oscuro. Incluso si..."

"¿Incluso si me envenenaste?"

"Incluso eso." Me mira directamente. "Porque Elisa, me mostraste quién eres realmente. La parte oscura, la obsesiva, la peligrosa. Y la cosa es... yo también soy oscuro. También soy obsesivo. Solo lo escondía mejor."

"¿Qué significa eso?"

"Significa que te contraté para fingir amarme porque no podía manejar intimidad real. Significa que incluso cuando te amaba, estaba planeando salidas. Significa que soy igual de jodido que tú, solo de manera diferente."

"Eso no es lo mismo que envenenar a alguien."

"No. Pero es su propio tipo de violencia. Violencia emocional en lugar de física." Da otro paso. "Así que aquí está mi oferta: nos casamos. Ahora. Hoy. Pero con condiciones."

"¿Qué condiciones?"

"Primero: terapia. Ambos. Individual y de pareja. Todas las semanas. Sin excusas."

"De acuerdo."

"Segundo: honestidad total. Sin más secretos. Sin más mentiras. Incluso cuando la verdad es fea."

"De acuerdo."

"Tercero: si alguna vez—alguna vez—vuelves a intentar lastimarme físicamente, se acabó. Inmediatamente. Sin discusión."

"Nunca lo haré otra vez. Lo prometo."

"¿Y puedo confiar en esa promesa?"

"No lo sé. Espero que sí."

Al menos es honesta.

Rafael me mira por largo tiempo. Veo todo cruzar su cara—amor, miedo, duda, determinación.

"Está bien," dice finalmente. "Hagámoslo."

"¿De verdad?"

"De verdad. Pero Elisa..." Toma mis manos. "Necesito que entiendas algo. Esto no es final feliz. Esto es dos personas rotas eligiendo ser rotas juntas. Va a ser difícil. Va a doler. Y podría no funcionar."

"Lo sé."

"¿Y todavía lo quieres?"

"Más que nada."

"Entonces vamos." Me ofrece su brazo. "Antes de que ambos recuperemos el sentido común."

Entramos al ayuntamiento juntos. Llegamos quince minutos tarde pero el funcionario todavía está esperando. (Rafael probablemente pagó extra para que esperara. El dinero soluciona muchos problemas.)

La ceremonia es breve. Mecánica, incluso. Votos estándar, intercambio de anillos, firma de documentos.

Cuando el funcionario dice "puede besar a la novia," Rafael me besa. Y sabe como alivio y tristeza y algo que podría ser amor o podría ser resignación.

Probablemente ambos.

"Los declaro marido y mujer," dice el funcionario con sonrisa profesional.

Y así, oficialmente, nos convertimos en lo que siempre fingimos ser.

Elisa y Rafael Mendoza.

Hasta que la muerte nos separe.

No hay cena de celebración. No hay champán. No hay fiesta.

Solo volvemos al apartamento en silencio.

Rafael afloja su corbata. "¿Entonces esto es matrimonio?"

"Supongo que sí."

"Se siente... anticlimático."

"La mayoría de las cosas lo son."

Nos cambiamos en silencio. Yo cuelgo el vestido champán cuidadosamente—evidencia de día más extraño de mi vida. Rafael se pone ropa cómoda.

Nos sentamos en el sofá, espacio entre nosotros. No tocándonos. Solo... existiendo.

"¿Qué hacemos ahora?" Pregunto.

"No lo sé. Supongo que intentamos ser casados."

"¿Eso incluye sexo de noche de bodas?"

Rafael me mira. "¿Tú quieres?"

"No lo sé. ¿Tú?"

"Honestamente, estoy demasiado exhausto emocionalmente."

"Yo también."

Así que nos quedamos en el sofá. Eventualmente su mano encuentra la mía. Nuestros dedos se entrelazan.

"¿Crees que vamos a estar bien?" Pregunto.

"Define 'bien.'"

"No sé. Felices. Funcionales. No destruidos."

"Probablemente no." Aprieta mi mano. "Pero tal vez podemos ser no-destruidos juntos. Eso es algo."

"Es algo," concuerdo.

Esa noche, escribo entrada final en mi diario:

15 de enero, 2026, 11:47 PM

Me casé hoy.

Después de todo—después del veneno, la obsesión, las mentiras, el pánico—realmente lo hice.

Rafael apareció. Tuvo toda razón de no hacerlo. Cualquier persona cuerda habría huido.

Pero apareció.

No porque me ama sin condiciones. No porque piensa que esto va a funcionar. Sino porque somos igualmente rotos. Igualmente oscuros. Igualmente incapaces de soltar.

Cristina dirá que es codependencia. Los terapeutas dirán que es poco sano. Probablemente todos tienen razón.

Pero es lo que tenemos.

Dos personas que se encontraron en circunstancias más extrañas, que construyeron algo sobre fundación de mentiras, que casi se destruyeron mutuamente—y que eligieron quedarse de todos modos.

No es historia de amor que le cuentas a tus nietos.

Pero es nuestra.

'Hasta que la muerte nos separe,' dijimos.

Y esta vez, sin contrato, sin actuación, sin escape—es real.

Eso me aterra más que cualquier otra cosa.

Porque ahora no hay límite de tiempo. No hay fecha de expiración. Esto es para siempre.

O hasta que uno de nosotros finalmente se rompa completamente.

Lo que venga primero.

Cierro el diario por última vez.

En el dormitorio, Rafael ya está dormido. Roncando suavemente, su brazo extendido hacia mi lado de la cama.

Me acuesto junto a él. Su brazo se envuelve alrededor de mí automáticamente, incluso en sueño.

"Te amo," susurro en la oscuridad.

No responde. Pero su agarre se aprieta un poco.

Y eso, por ahora, es suficiente.

EPÍLOGO

Seis Meses Después

El terapeuta nos mira con expresión cuidadosamente neutral.

"¿Entonces cómo describirían su matrimonio ahora?"

Rafael y yo intercambiamos mirada. Después de seis meses de terapia semanal, hemos desarrollado comunicación casi telepática.

"Complicado," digo finalmente.

"Pero funcional," añade Rafael.

"¿Funcional cómo?" Pregunta Dr. Vidal—nuestro terapeuta de pareja, hombre de sesenta con paciencia de santo.

"Bueno, Elisa no me ha envenenado otra vez," dice Rafael con humor negro que hemos desarrollado como mecanismo de defensa.

"Eso es bajo el estándar para relación sana," observa Dr. Vidal secamente.

"Todas nuestras estándares son bajas," digo. "Pero las estamos cumpliendo."

Es verdad. Los últimos seis meses han sido... intensos. Pero sobrevivimos.

Terapia individual dos veces por semana. Terapia de pareja una vez por semana. Medicación para mí (antidepresivos, ansiolíticos). Límites establecidos y respetados (mayormente).

He empezado a trabajar otra vez—no como escort. Esos días terminaron. En cambio, trabajo en restaurante en Gràcia. Cocina,

donde mis cuchillos japoneses finalmente sirven propósito legítimo. El salario es terrible comparado con antes, pero es honesto. Es mío.

Rafael terminó el proyecto Diagonal Mar. Fue éxito enorme. Pero decidió trabajar menos. Dice que la vida es demasiado corta—incluso cuando no estás muriendo—para pasarla solo en oficina.

Cenamos juntos todas las noches. Hablamos. Realmente hablamos, no solo intercambio superficial. Sobre nuestros miedos, nuestras necesidades, nuestros patrones poco saludables.

Y sí, todavía peleamos. A veces intensamente. Mi obsesión no desapareció mágicamente. Sus dudas no se evaporaron.

Pero ya no estamos pretendiendo. Ya no estamos actuando.

Esto es real—disfuncional, complicado, imperfecto. Pero real.

"¿Han discutido tener hijos?" Pregunta Dr. Vidal.

Rafael y yo nos miramos otra vez.

"Absolutamente no," decimos al unísono.

"Al menos están de acuerdo en algo," observa el terapeuta.

Porque aquí está la verdad: no deberíamos tener hijos. No deberíamos traer vida inocente a nuestro desastre. Apenas podemos manejarnos mutuamente.

Pero como pareja—como dos adultos rotos tratando de no romperse más—estamos manejando.

Día por día.

Sesión de terapia por sesión de terapia.

No es final de cuento de hadas.

Pero para nosotros, es suficiente.

Esa noche, cocinamos juntos. Pulpo otra vez—se ha vuelto nuestra tradición. El plato que preparé la noche antes de nuestra casi-boda.

"¿Recuerdas hace seis meses?" Pregunto Rafael mientras corto verduras.

"Cada detalle aterrador."

"¿Te arrepientes?"

La pregunta que hace cada pocas semanas. Como si necesitara reconfirmación constante.

"No me arrepiento de casarme contigo," digo honestamente. "Me arrepiento de cómo llegamos aquí. De las cosas que hice. Pero el resultado—" señalo entre nosotros "—no me arrepiento de esto."

"¿Incluso cuando es difícil?"

"Especialmente cuando es difícil. Fácil es aburrido."

"Nunca seremos aburridos," dice con sonrisa.

"Nunca," concuerdo.

Comemos en nuestra pequeña mesa. El pulpo está perfecto, como siempre. Alguna consistencia en vida caótica.

Después de cenar, Rafael lava mientras yo seco. El ritual nos calma a ambos.

"Elisa," dice mientras enjuaga último plato.

"¿Sí?"

"Te amo."

Las palabras todavía suenan como sorpresa. Como si no pudiera creer que son verdad.

"Yo también te amo."

"¿Incluso conociendo todo? Lo oscuro, lo roto, lo..."

"Especialmente conociendo todo eso." Seco el plato, lo guardo. "Porque Rafael, si te amara solo por las partes buenas—eso sería fácil. Cualquiera puede hacer eso. Pero amarte conociendo las partes oscuras, eligiendo quedarse de todos modos—eso es real."

"¿Eso es amor sano?"

"Probablemente no. Pero es nuestro amor. Y voy a tomarlo."

Nos besamos sobre fregadero de cocina, con manos mojadas y promesas rotas que estamos tratando de reparar.

No es perfecto.

Pero es real.

Y después de meses de actuación y mentiras y veneno literal —lo real es todo lo que necesitamos.

Mucho más tarde, en cama, justo antes de dormir, Rafael dice:

"¿Sabes qué es gracioso?"

"¿Qué?"

"Que casi muero de cáncer. Sobreviví eso. Y luego casi muero de tu amor."

"Demasiado pronto," digo, pero estoy sonriendo en la oscuridad.

"Y aún así, aquí estoy. Sobreviviendo ambos."

"Aquí estás."

"Aquí estamos," corrige.

"Aquí estamos," concuerdo.

Y mientras me duermo en sus brazos, rodeada por el peso de collar de su madre y anillo de boda y amor que casi nos mata pero que elegimos de todos modos—

Me doy cuenta de que Isabel tenía razón sobre los hombres Mendoza. Que Cristina tenía razón sobre obsesión. Que Ana tenía razón sobre dejar ir.

Todos tenían razón.

Pero a veces, la elección correcta es la equivocada.

A veces, la relación poco saludable es la que te hace sentir más viva.

A veces, amor que podría destruirte es mejor que no amor en absoluto.

Y a veces—solo a veces—dos personas rotas pueden hacer algo casi completo.

No perfecto.

Nunca perfecto.

Pero suficiente.

Hasta que la muerte nos separe.

O hasta que no lo haga.
